¡Apruébame, por favor!

Esther Quesada

Capítulo 1

¡Apruébame, por favor!

Esther Quesada

1

Hacía un día precioso y las puertas del instituto estaban llenas de alumnos que, como siempre, se tomaban su tiempo antes de entrar a clase. Quizás, lo único que había de extraordinario era el espléndido sol, pero para Maya Lozano era mucho más. Aquel día estaba bien señalado en su calendario, pues comenzaba no sólo un nuevo trimestre sino también una asignatura que había estado esperado durante mucho tiempo. ¿Cuál? Literatura del mundo medieval. Algo que siempre la había fascinado desde pequeña; y no sólo por haber descubierto El Señor de los Anillos. Su padre era muy aficionado a la épica de la edad media y hasta coleccionaba miniaturas en plomo de personajes y bestias fantásticas como los dragones o el mismísimo Rey Arturo. Ya por aquel entonces, le había contagiado su gusto por la antigüedad, y al saber que tendría la oportunidad de elegir una optativa con semejante nombre, no había podido evitar emocionarse.
Además, le habían llegado incluso rumores de que el profesor era nuevo... y muy guapo. Aunque no tuviera precisamente intenciones de tirarle los tejos a alguien con semejante diferencia de edad, sin duda sería un "plus". ¿Qué más podía pedir?
—¡Maya! —Lara, su vecina y amiga, le sonrió desde el otro lado de la puerta. —¿Qué? ¿Lista para empezar?
—¡Claro que sí!
—¿Cuándo te toca? —Le preguntó.
—Esta tarde, después de comer.
—Genial. Yo empezaré a segunda hora. —Lara apretó la carpeta contra el pecho con una sonrisa de oreja a oreja. —Estoy segura de que la clase de Técnicas del discurso será muy emocionante.
—Sí, seguro... —Maya puso los ojos en blanco. —Oye, ¿cómo es que llevas la carpeta tan llena?
La otra se ajustó las gafas antes de responder.
—Es... trabajo extra.
—Ya... —A Maya se le escapó la risa. —Otra vez Josh, ¿verdad?
Su amiga la miró con fuego en los ojos.
—¡Te prohíbo que vuelvas a mencionar ese nombre!
—Vale, vale, pero... de todos modos, no vas a poder evitarlo todo el día. —Señaló al frente y Lara se tensó.
Josh Shain estaba apoyado en la puerta de la clase, rodeado, como no, de todas sus admiradoras.

—Maldito sea... —Murmuró entre dientes.
—Buena suerte. —Le desó Maya, antes de partir.
Lara se abrió paso entre las mariposillas que revoloteaban alrededor del cardo borriquero disfrazado de rosa y la otra sonrió al ver que Josh perseguía a su compañera, posiblemente para ver si le había hecho los deberes. Las otras lo siguieron como un rebaño de ovejas.
"Vaya grupo." Pensó con sorna. "Podrían montar un circo."
Cuando todo quedó tranquilo, Maya retomó su camino hacia la clase de inglés. En breve, alguien pasó zumbando por su lado en el pasillo y casi la hizo caer. De hecho, si no llega a ser por la pared, se habría derrumbado en el suelo.
—¡Eh!
El causante del incidente ya había avanzado bastante y ni siquiera se dio la vuelta para mirarla. Aunque estaba segura de no conocerlo, supo que era un profesor por su atuendo y los libros en mano. —Profes. —Murmuró, reincorporándose. —Y luego nos hablan de ser educados.
Aparte de esa quebradura en la perfección del día, el resto de las clases transcurrieron con normalidad y bastante rápido. De hecho, la profesora de la última materia estaba ausente debido a un catarro muy fuerte, así que los alumnos disfrutaron de una hora libre.
La mayoría la aprovecharon en los bancos del patio, hablando o jugando a fútbol en la pista. Maya, sin embargo, se propuso algo más productivo. Como que todavía no sabía el aula en la que le tocaría la asignatura nueva, se dedicó a buscarla para no perder el tiempo y se recorrió prácticamente las tres plantas del edificio hasta que la localizó en la segunda. Estaba vacía, pero era espaciosa y fresquita.
Entró, escogió un sitio estratégico en el centro y se sentó en silencio, disfrutando de la suave brisa primaveral que entraba por la ventana. Era tan agradable que hasta podría haberse echado una siestecita, pero la calma quedó repentinamente interrumpida por unas voces que llegaban del otro lado de la pared de enfrente.
Se levantó y salió, guiada por la curiosidad. Avanzó hasta la entrada del aula contigua y asomó la cabeza por el cristal en vertical que había al lado de la puerta. Una cuadrilla de alumnos muy callados estaban escuchando la exposición de unos compañeros. El profesor estaba sentado de lado, prestándoles la mayor atención.
De repente, sus ojos se toparon con los de Maya, que retiró la cabeza al instante. Quizá pensó que estaba a salvo fuera del aula, pero la sorprendió cuando éste salió a llamarle la atención. La pilló tan desprevenida que apenas tuvo tiempo de reaccionar.
—¿Qué hace aquí fuera? —Le preguntó con seriedad.
—Yo... esto... —La muchacha se dio cuenta de que era el mismo tipo que había estado a punto de hacerla caer en el pasillo y, aunque eso no le despertó simpatía alguna por él, lo estudió con disimulo mientras intentaba encontrar una excusa válida.
El susodicho era alto y algo imponente, y no sólo físicamente. No había duda de que era apuesto, pero la fiereza en sus facciones sobrepasaba su encanto masculino. No obstante, era joven. Habría sido una buena pieza

de no ser por su... digamos, carácter.
—No puede rondar por los pasillos a su antojo. Anda, lárguese. Venga, a la sala de guardia. —Le dijo a la chica, señalando la dirección opuesta.
—No, si yo sólo...
—¿Que no me ha oído? —Insistió. —Le he dicho que se vaya. Ya me ha hecho perder bastante tiempo. La próxima vez llegue más puntual a clase.
—Pero si yo no voy a su clase. —Respondió ella, intentando controlar las formas.
Él se sorprendió.
—¿Entonces... qué demonios hace aquí? —El tono de su voz rozó el desprecio y ya fue demasiado para Maya.
Observada por los otros alumnos, no quiso aguantar más la humillación y dejó que su boca le devolviera una réplica a su mismo nivel, adoptando una teatral pose de "pensadora".
—¿Que qué hago aquí? No sé... déjeme pensar... ¿curiosear, por ejemplo? ¿Es que está mal interesarse por lo que hacen en otras clases?
El profesor captó enseguida el desafío en sus ojos. Veterano en tratar con ese tipo de graciosillos, se limitó a sonreír friamente, manteniendo la compostura y dirigiéndole las últimas palabras entre dientes.
—Lárguese antes de que la envíe a dirección.
Dicho esto, entró de nuevo en la clase y cerró de un portazo; uno que casi hizo saltar a los chavales de sus silla.
Maya se quedó de pie, en silencio y sin mover un músculo durante al menos treinta segundos. Aquel hombre había conseguido helarle la sangre sólo con esa sonrisa. No imaginaba lo que podría hacer con sus manos. Suerte que eran buenos tiempos contra el abuso físico.
Después de soportar un horripilante escalofrío que le recorrió toda la columna, regresó finalmente a la otra clase, se sentó y se mantuvo en silencio lo que quedaba de hora.
Veinticinco minutos después sonó el timbre y los pasillos se llenaron otra vez de estudiantes. Maya vio a los alumnos de al lado pasar por delante de la puerta y también al maldito profesor. Suspiró aliviada por no tener que dirigirle más la palabra y siguió esperando hasta que llegaron los de su grupo. Bien, ahora todo sería perfecto. Ya nada ni nadie podría estropearle lo que quedaba de día. Se relajó, dejó la libreta para los apuntes encima del pupitre y esperó impaciente a que llegara el momento que tanto deseaba: la llegada del nuevo profesor y algo útil que aprender.
Sólo transcurrieron cinco minutos hasta que llegaron todos los alumnos, pero se le hicieron eternos. Entonces, finalmente, el profesor entró por la puerta...
Sí, era guapo, y habría sido gratificante para la vista de no ser porque Maya ya conocía a ese lobo con piel de cordero. Es posible que fuera obra de la ley de Murphy... o quizás obra del diablo.
—Buenas tardes. —Dijo él mientras dejaba las pertenencias en su mesa.
—Soy Dimitri de la Vega y desde hoy voy a enseñarles Literatura y cultura medievales. Espero que sepan aprovechar mis lecciones y aprueben la

asignatura con nota. —Se dio la vuelta un momento para tomar una lista y volvió a mirar a los alumnos. —Bien, empezaremos con las presentaciones... —En cuanto sus miradas se cruzaron, al profesor se le escapó una sonrisa. —Vaya, una cara conocida.
Maya se quedó sin palabras, con el cuerpo rígido y las uñas a punto de perforar la madera del pupitre.
—¿Su nombre? —Preguntó él sin apagar su diabólica expresión.
—Ma... Maya. —Logró responder.
—Maya... ¿qué más?
—Lo... zano. —El aire no le llegaba a los pulmones.
—Bien, Maya Lozano. —La apuntó en la lista y le dedicó una última sonrisa. —Un placer.
Ella no dijo nada y se hundió todavía más en el asiento mientras el resto continuaban presentándose. Y pasado el primer mal trago, la clase comenzó oficialmente.
Aunque resultó interesante en contenido, nuestra pobre protagonista no pudo disfrutar para nada de la lección; y no por falta de ganas. Sin embargo, era imposible concentrarse con los ojos del profesor siempre clavados en los suyos. Y no era para menos; delante, en un asiento estratégicamente escogido para enterarse de todo, estaba completamente expuesta a él y sin escapatoria posible...
Bueno, en realidad sí habría podido huir. De hecho, aunque estaba apuntada a la clase, el período de cambio no había terminado. Al tratarse de una optativa, aún quedaba una semana para que los alumnos decidieran si permanecían en la asignatura o se cambiaban a otra. Sin embargo, estaba tan nerviosa que su cerebro no reaccionaba. Cuando se dio cuenta ya faltaban cinco minutos para que terminara la sesión.
No deseaba tener que encararse al profesor al salir, así que comenzó a recoger de inmediato. Cuando llegó el momento, se levantó más rápido que nadie y se dispuso a largarse. Sin embargo, la voz de Vega la obligó a detenerse.
—No tan deprisa, señorita Lozano. Tenemos que hablar un momento. —Éste miró a sus alumnos. —Los demás, acordáos de que la semana que viene quiero que tengáis preparado el tema que vais a desarrollar en el trabajo que os he mandado. Nos vemos entonces.
Todos recogieron y Maya tuvo que permanecer al lado de la puerta, viendo como se iban y la dejaban completamente sola ante el peligro. Tenía que huir. Si se escabullía entre sus compañeros y empezaba a correr quizás aún estaría a tiempo de desaparecer antes de que él la alcanzara... pero no, no pudo hacerlo. Es más, el otro cerró la puerta en cuanto el último alumno salió.
—Bueno, bueno, bueno... —Sonrió, cruzándose de brazos en frente de ella. —Quién lo iba a decir... nuestro segundo encuentro y en el mismo día.
—Tercero. —Añadió ella con los nervios a flor de piel, sin saber cómo había podido articular palabra.
—Ah si... el pasillo. —Recordó él, un detalle que la sorprendió. ¿De verdad se había fijado en ella a la velocidad que iba?

Se mantuvieron en silencio un rato hasta que la chica se atrevió a mirarlo a la cara.
—¿Va a dejar que me vaya o pretende retenerme aquí más tiempo?
—Hum... —Él se lo pensó un instante. —Bueno, teniendo en cuenta que no le he impuesto un castigo por su comportamiento de antes...
—Oiga, un momento. —Se apresuró a decir ella. —Yo no estaba en su clase y en ningún momento he molestado a nadie. Ni siquiera sabía que tendría que encontrarme con usted otra vez, y además...
—Pero ahora eres alumna mía, Maya. —La cortó.
Ella se ruborizó por alguna razón desconocida. ¿Dónde había ido a parar el trato de "usted" de hacía dos segundos?
—Mira, chica, voy a dejar las cosas claras. —Prosiguió de la Vega. —Puedo ser muy bueno, pero también un maldito destroza vidas. Y tu, querida, cumples todos los requisitos para ser mi víctima, fíjate. —Sonrió al ver que ella tragaba saliva y se agachó para mantener los ojos a la altura de los suyos. — Sin embargo, me siento generoso, así que te daré una advertencia. Si intentas pasarte de lista conmigo haré que esta clase sea un infierno para ti. ¿Te ha quedado claro?
Directo y sin tapujos.
"Más claro que el agua de un maldito manantial." Esas fueron las palabras que resonaron en la mente de Maya, aunque no abrió la boca.
—Repito —dijo él sin levantar la voz —; ¿te ha quedado claro o no?
—Maya asintió lentamente con la cabeza y él sonrió nuevamente, satisfecho. —Perfecto. —Abrió la puerta y la invitó a salir. —Entonces, nos vemos el miércoles, señorita Lozano.
Ella salió escopeteada, sin mirar atrás y con el miedo en el cuerpo.
—Increhíble... —murmuraba entre dientes —in-cre-hí-ble...

Capítulo 2

2

La semana pasó rápido. Quizás demasiado.
Maya no había podido quitarse al dichoso profesor de la cabeza; o mejor dicho, sus palabras. Se había planteado durante toda la semana el anular esa asignatura pero, si cambiaba ahora, no le quedaba mucho que elegir: Dibujo técnico o Historia contemporánea. La verdad, ninguna de las dos le llamaba demasiado la atención.
Para empezar, Dibujo eran todo líneas y redondeles, pero se necesitaba cierto... talento para aprobar con nota.
¿Historia contemporánea entonces? ¡Puf! ¡Demasiada política y fechas! No, lo que realmente quería era la cultura y el conocimiento sobre la Edad Medieval, esa gran musa que tanto despertaba su imaginación. ¡Por dios, había estado esperando esa clase desde cuarto! ¿Y ahora iba a dejarla por un maldito profesor que se creía el rey del mambo? ¡Ni hablar! Tenía que aguantar fuera como fuera...
No podía darlo todo por perdido sin haberlo intentado primero. Era absurdo; y además, seguro que ese desgraciado no era más que un fantasma. No podía ser tan duro aprobar una asignatura de segundo de Bachillerato aunque tuviera un profesor difícil, y menos aún cuando se había informado sobre el tema más que cualquiera de los otros alumnos.
En fin, el caso es que ya era miércoles de nuevo y Maya decidió poner en marcha un pequeño plan.
Si había empezado con mal pie, tal vez haciéndole un poquito la pelota le ayudaría a recuperar algo de confianza con él. Si es que eso era posible...
No obstante, poco se imaginaba ella lo que iba a pasar por querer caerle bien.
La clase se llenó como la semana anterior y Dimitri de la Vega llegó igual de puntual. Esta vez, sin embargo, estaba preparada. Cambió de sitio y se colocó en una de las esquinas en vez de quedarse en el centro. Desde ahí, por lo menos, no estaría tan expuesta a su mirada y podría escucharlo perfectamente.
Dimitri no tardó en detectarla, pero se limitó a sonreír como si todo estuviera en su sitio.
—Bien, señores y señoritas... —se organizó los apuntes y se apoyó en su mesa de cara a los demás —como dije la semana pasada vamos a comentar los temas a los que van a dedicar sus trabajos. Obviamente, girarán en torno a la Edad Media y sus personajes más importantes. Pueden elegir entre el Rey Arturo, Lanzarote, Galván o Percival entre otros. También pueden hablar de personajes más bien legendarios como Merlín o Morgana, y quizás sobre la búsqueda del Grial o las tradiciones de la época, los torneos, la vida del pueblo y de los trovadores... Ya ven que tienen mucho donde elegir y hay obras muy interesantes que pueden leer como guía. No obstante, si a alguien se le ocurre una idea mejor, que venga y me lo comente. —Anotó algo en sus apuntes. —¿Bien, quién

quiere ser el primero? —No desperdició la oportunidad y miró a Maya.
—¿Señorita Lozano? —Sonrió con malicia. —¿Qué tema ha escogido?
Ella se lo pensó un instante. Había estado tan ocupada aumentando su autoestima para no perder el control de sus emociones que se había olvidado por completo de que tenía que buscar uno. No obstante, acudió a su memoria el recuerdo fugaz de una novela típica de literatura que se había leído tiempo atrás. Fue la única idea que tuvo, así que, sintiéndose observada por todos, dejó que las palabras fluyeran de su boca.
—Em... Erec y Enid.
Dimitri acentuó la sonrisa.
—Ah, muy interesante. Supongo que pretenderá analizar una parte de la obra. ¿Cuál?
—Pues... pensaba en... em... —¡Maldición! ¡No podía pensar en ninguna de las partes ahora mismo!
—Por cierto —la interrumpió de nuevo —¿quién es el autor de Erec y Enid? ¿Lo sabe?
—¿Eh? —¡Doble maldición! —Sí, claro, es... era... Chre... no, Chris... em... Cra...
—Chrètien de Troyes, señorita Lozano. —Completó él. —¿Y sabe por qué tenía ese nombre? —Ella no dijo ni pio. —Porque no era realmente cristiano. —El profesor miró a los alumnos. —De hecho, se cree que podría haber sido judío. —Redirigió los ojos hacia Maya. —Dígame, ¿si no conoce al autor cómo pretende analizar su obra? No le bastará con leerla para entenderla, así que le aconsejo que busque algo de bibliografía sobre él primero. Le será útil.
Parecía que ya se había quedado satisfecho con su aportación a la humillación que ella estaba sufriendo, pero no se contentó con eso y atacó una última vez.
—Y ya que estamos, como deduzco que se la ha leído, ¿por qué no nos hace un breve resumen de la obra para ver si alguien más se anima?
—¿Un... un resumen? —¡Dios!, ¡¿quién se acordaría de algo que leyó dos años atrás?!
—Sí. —Él volvió a sonreír. —Anda, venga aquí y explíqueles a sus compañeros en que consiste.
"Maldito hijo de..."
Lo maldijo llena de frustración y se levantó con timidez. Obligada por la situación, se plantó en frente de toda la clase mientras Dimitri la miraba divertido, desde su escritorio.
El silencio restó intacto durante varios segundos. Maya le pidió con todas las fuerzas a su cerebro que recordara de qué iba la historia completa. No surtió el efecto esperado pero, por lo menos, no se quedó muda ante los demás.
—Bueno, Erec era un caballero en la corte del rey Arturo... uno de los mejores. Lo... todos lo admiraban mucho y... bueno, un día en que el rey quiere ir a cazar un ciervo... salen todos los caballeros y... esto, Erec se queda con la Reina Ginebra...
—¿También se la pasa por la piedra como Lancelot? —Preguntó uno de los chicos, riendo.

—¡No, claro que no! —Maya se ruborizó al darse cuenta de su propio grito. —Erec sólo la acompañaba para que no fuera sola...
—Vamos, que sí se la tira. —Concluyó el otro, haciendo reír a los demás.
—Basta, González. —Murmuró Dimitri con una sonrisa algo menos marcada. —Continúe, Lozano.
—Em... pues Erec va con la reina y se encuentran con un caballero. La reina le quiere preguntar su nombre y... hay un enano...
—¿El de Blancanieves? —Preguntó de nuevo el implacable bocazas.
—No, no es el de Blancanieves. —Maya ya empezaba a cansarse de que se rieran en su cara. —Y más vale que te calles y dejes que me concentre.
—Vaya rollo.
—¿Ah si? —Su paciencia se agotó. —Pues si tan rollo te parece, ¿por qué no sales tú aquí y la explicas?
—¿Yo? —Hector rió. —No, aquí la pringada eres tú. —Los otros le rieron la gracia.
—Exacto. —Dijo el profesor con una reforzada sonrisa. —La que pringa en este momento es usted, señorita, así que acabe de una vez o nos van a dar las uvas. Eso si realmente se ha leído le libro, porque si tanto le cuesta explicar el primer capítulo, tengo serias dudas de que pueda contarnos el resto. —Maya abrió la boca para rechistar, pero no llegó a hacerlo. —Anda, siéntese. —Le indicó él finalmente. —Y la próxima vez prepárese bien el tema o será la primera en estrenar los negativos.
La pobre chica le dirigió una mirada de indignación. ¿Se atrevía a dejarla todavía más en ridículo y, encima, siendo cómplice de los malditos cachondeos de Héctor?
Aguantó la vergüenza tanto como pudo, temblando mientras los otros cuchicheaban entre risitas y burlas, pero al sentir el cosquilleo en los ojos decidió que ya había tenido suficiente y salió de clase a grandes zancadas, obviando completamente la mirada sorprendida que le dirigió Dimitri.
Los demás se callaron de golpe, pero eso Maya no pudo percibirlo, porque ya corría en dirección a los lavabos para encerrarse en uno de los compartimentos. En cuanto estuvo sentada en uno de los inodoros, estalló en llanto.
Nunca. Jamás. En toda su vida no se había sentido tan despreciada y humillada como esa vez. De la Vega era un bastardo, un miserable, o como había dicho él claramente, un destroza vidas que no tenía compasión por los alumnos que no le caían bien. Y, por desgracia, ella había tenido el privilegio, o más bien la maldición, de ser la elegida.
Cuando sonó el timbre, esperó un poco más hasta que se vaciaron los pasillos para salir y recoger sus pertenencias, intactas en su pupitre.
Al llegar a casa, apenas saludó a sus padres para que no vieran la rojez en sus ojos y subió directa a su habitación.
Habría querido echarse en la cama y hundir la cabeza bajo la almohada para lamentarse de nuevo por su mala suerte pero, cuando dejó la mochila en el suelo y vio el ordenador, cambió de idea.
Minutos después, con el aparato ya en marcha y con el wi-fi encendido, entró en su cuenta de chat favorito para ver si Lara estaba conectada. No

lo estaba; y estaba segura de que tampoco recibiría mensajes en el Whats. Últimamente, estaba más ocupada que nadie.
Suspiró con decepción. Necesitaba alguien con quien hablar para poder desahogarse... aunque, a aquella hora, muchos aún estaban merendando o en actividades extra escolares, y los pocos conectados parecían ocupados o, al menos, eso decían sus iconos. Y la verdad, sabía que sus quejas no serían más que una molestia.
Dejó caer la cabeza encima de los brazos sobre el escritorio, enfadada, y en breve una campanilla resonó en sus oídos.
Al levantar la vista, percibió a su salvador. CaballeroV, con "V" de valiente. Se habían conocido tiempo atrás en un foro sobre juegos de rol y videojuegos, cuando ella buscaba la nueva versión del Age of Kingdoms, y siempre mantenían conversaciones muy interesantes sobre todo lo relacionado con lo medieval.
Aunque su frustración no viniera técnicamente por el tema en cuestión, Maya decidió que podría intentarlo. Empezó con un saludo, luego el típico "¿cómo te va?" y, finalmente, cuando él respondió y le preguntó lo mismo, abordó el problema.
"Hoy me ha pasado algo horrible". Escribió. "No te lo había contado pero escogí una clase de literatura y cultura medievales en mi instituto como optativa".
"¿Y qué tiene eso de malo?" Preguntó él.
"El profe". Respondió Maya. "Es un desgraciado".
"¿Por qué? ¿Qué te ha hecho?"
"Me ha dejado en ridículo". Respiró hondo y continuó tecleando.
"Teníamos que elegir un tema para un trabajo que nos ha puesto... y no se me ha ocurrido otra cosa que mencionarle Erec y Enid".
Esperó a que él dijera algo, pero tardó un poco en responder.
"Ya veo. Es una buena historia. Se me ocurren algunas cosas que podrías analizar en tu trabajo".
"No importa". Contestó ella. "El muy miserable ya se ha encargado de hacérmela aborrecer. Me ha hecho unas preguntas a traición y luego me ha obligado a salir delante de los demás para explicarles de que iba el libro. Hace dos años que me leí la puñetera historia y sólo me acordaba de algunas partes, pero lo peor es que luego me ha dejado completamente en evidencia, diciendo que no me la había leído". Y finalmente acabó con la frase que tanto ansiaba decir: "Me tiene manía, no hay duda".
"Estoy seguro de que lo estás malinterpretando".
Respondió él con un emoticono sonriente de dientes blancos.
"Posiblemente sólo quiere que no te duermas en los laureles y que te esfuerces por aprobar. No creo que exista un profesor tan cruel".
Al leer eso, Maya dio un respingo.
"¿Se puede saber en qué mundo vives, tú?"
"En el mismo que tú". Otro emoticono de sonrisa perfecta.
"Lo dudo, pero te aseguro que si te hubiera tocado un profesor como el mío estarías despotricando contra él ahora mismo." Replicó ella. "Créeme; ese maldito de la Vega es un canalla".
CaballeroV tardó un poco más en contestar.

“¿Es así como se llama tu profesor?”
“Sí” Tecleó Maya, asqueada. “De hecho, se llama Dimitri, aunque no parece ruso...” Musitó, recordando la película de Anastasia, la emperatriz rusa.
“...” No hubo respuesta durante al menos diez segundos. “Bueno... en realidad el nombre viene del Griego; Demeter, por lo de la diosa y tal... Por cierto, ¿has probado a hablar con él del asunto?”
“¡¿Estás loco?!” Se escandalizó ella. “No puedo ni toserle. De hecho, el primer día ya me dijo que si él quería podía fastidiarme la asignatura; ¡y si suspendo jamás podré quitarme esa mancha del expediente!”
“¿Por una clase te pones así?
“¡Sí, por una clase! Y apuesto a que esta noche tendré pesadillas”. Añadió el emoticono de ojos al acecho. “Ya verás, se me aparecerá vestido como esos ogros tan malos de las novelas y dirá: —¡Estás suspendida! ¡Estás suspendida!”
Él insertó un emoticono que reía.
“Bueno, por lo menos no será tan grave como el real”. Otro guiñando un ojo. “En fin, abejita, me tengo que ir.”
Abejita. Maya sonrió. La referencia a los dibujos animados de su infancia siempre le sonsacaba una sonrisa, pero más si era él quien la llamaba así. En el fondo, le habría encantado conocerlo en persona. Parecía tan maduro...
“Te deseo suerte con tu nueva clase. Ya nos veremos”. Concluyó él, añadiendo una rosa roja a modo de despedida.
“Cuídate y gracias por escucharme.” Respondió ella.
Maya volvió a quedarse sola pero, por lo menos, ya estaba desahogada. Habiendo puesto verde al profesor la había dejado satisfecha, aunque esperaba que las sombras de su subconsciente no la acecharan esa noche. Necesitaba dormir y recuperar su autoestima. Se lo debía a sí misma.

Capítulo 3

3

Era duro intentar concienciarse durante toda la semana hasta la llegada del miércoles.
Maya no podía concentrarse en las otras asignaturas y sólo pensaba en las fanfarronadas que tendría que aguantar en clase. Sin embargo, tras mucho pensar, había decidido adoptar una táctica defensiva.
No iba a permitir que el profesor la volviera a ridiculizar. Aprobaría con el trabajo que tenía que presentar y se esforzaría al máximo, pero no se molestraía en mantener una actitud pasiva frente a Vega. Si era necesario, se encararía a él, aunque le costara una expulsión de clase. Eso ya no le importaba.
Se había propuesto hacer el mejor trabajo de todos y estaba segura de que a éste no le quedaría otra que aprobarla por narices.
****

Llegó puntual, como siempre, pero se sorprendió de no encontrar a nadie en clase.
Sentada, esperó un rato, pero no apareció ni un alma. Para ser sincera, el instituto parecía mucho más silencioso que de costumbre.
Al ojear el reloj se dio cuenta de que eran casi las cuatro de la tarde. La mayoría de estudiantes ya habrían tenido que terminar las clases. ¿Dónde estaba todo el mundo?
Así, pensando que nadie iba a venir, Maya se levantó, cogió su mochila y se dispuso a salir... pero se topó precisamente con la persona que menos deseaba ver.
—¿A dónde va? —Dimitri le impidió el paso en la puerta y ella tardó un poco en reaccionar.
Se tambaleó patosamente hacia atrás y a punto estuvo de perder el equilibrio. No obstante, no se dejó intimidar y le respondió con toda la naturalidad posible.
—Nadie ha venido todavía, así que iba a ver si...
—La clase se ha cancelado. —Él acaparó todo el marco de la puerta y avanzó, haciéndola retroceder de nuevo.
—¿Cancelado? —Maya se sintió amenazada nuevamente, aunque no sabría decir la razón exacta. —Pe-pero si no lo ponía en ningún sitio. ¿Cómo se han enterado los demás...?
—No lo sé. —El profesor se encogió de hombros y siguió avanzando.
—Huelga de alumnos, supongo.
—¿Huelga? —Maya pudo sentir una alarma en su interior. —¿Desde cuándo? No he visto ningún aviso de huelga...
—Y yo qué sé. —Él sonrió, regodeándose en su confusión. —El caso es que no hay nadie más aquí... aparte de nosotros dos.
Por suerte para Maya, una mesa en el camino le sirvió temporalmente de escudo. Se colocó detrás sin apartar la mirada de aquellas frías pupilas y

él apoyó las manos encima de la superficie.
—Si no hay clase... —dijo ella, intentando que no viera el miedo en su rostro —será mejor que me vaya. —Dio unos pasitos vacilantes para escabullirse pero él volvió a interponerse en su camino.
—¿Por qué tanta prisa, Lozano? —Una sonrisa maliciosa se curvó en sus labios. —Ya que estás aquí podríamos aprovechar para charlar un ratito. ¿No te parece?
—¡Ni hablar!
Maya echó a correr hacia la puerta, temiendo lo peor, pero no llegó a salir porque Dimitri la atrapó antes.
Del estirón en su ropa, la tiró al suelo e intentó inmovilizarla para que no pudiera escapar. Ella luchó por zafarse de sus garras y logró arrastrarse apenas un metro, pero él la agarró de los pies y la atrajo hacia sí nuevamente, bloqueándola por completo con su cuerpo y cubriéndola con su sombra.
Sintiéndose como la presa cazada, Maya gritó, pero no sirvió de nada.
—Has cometido un grave error, amiga mía. —Murmuró él, sonriendo. —Y sólo por esto ya has perdido dos puntos en la nota final.
—¡Suéltame! —Ella pataleaba desesperada.
—No voy a dejar que apruebes, Maya. —La amenazó él. —Voy a hacer de tu vida un infierno. No llegarás a la universidad y te quedarás aquí siempre, conmigo.
—¡No! ¡Déjame! ¡No! —Notaba como el cuerpo de él la aplastaba por momentos. —¡Basta!
Su malvada carcajada se unió a su llanto y entonces... sonó el timbre del instituto.
****

Maya se incorporó sobresaltada.
El despertador estaba sonando en su mesita y transcurrieron varios segundos hasta que lo apagó y retomó conciencia de que todo había sido un sueño. O mejor dicho, una pesadilla.
Y ahora comprendía la sensación de asfixia. Tenía las sábanas completamente enroscadas al cuerpo y se preguntaba cómo había podido dormir así.
Giró la cabeza para ojear el calendario que colgaba de la pared y su alivio se transformó en tensión. Por desgracia para ella... volvía a ser miércoles.
****

Las clases transcurrieron sin novedad hasta la hora de Literatura medieval. Maya dudó entre ir o dejarse vencer por la tentación de hacer campana, pero su remordimiento de conciencia pudo más que el miedo. Sin embargo, se prometió a sí misma que limitaría el intercambio de palabras con Dimitri.
Llegó con el tiempo justo y se quedó parada al no ver a los demás al entrar. Con cinco minutos de margen para que comenzara, la clase ya debería estar llena.

Se permitió el lujo de esperar unos segundos más, sentada en una de las mesas sin quitarse siquiera la mochila, pero nadie apareció. Al recordar de repente su pesadilla, tuvo un mal presentimiento y decidió que no valía la pena arriesgarse. Se dirigió hacia la puerta a paso rápido... y casi se da de bruces con él.
—Vaya, ¿a quién tenemos aquí?
Maya saltó hacia atrás del susto. No creía poseer poderes adivinatorios, pero el encuentro le resultaba peligrosamente familiar.
—¿Dónde están los otros alumnos? —Se apresuró a preguntarle antes de que él volviera a hablar.
—Trabajando en el proyecto, se supone.
—¿Proyecto?
Dimitri alzó el mentón y sonrió.
—Ah, claro... había olvidado que tú te marchaste antes de que lo dijera.
—¿Decir el qué? —Replicó ella, lista para correr si hacía falta.
—Que hoy os dejaba la hora libre para buscar información —su sonrisa se acentuó —y que yo me quedaría aquí en clase por si teníais alguna duda. Aunque no esperaba encontrarme a la oveja negra del rebaño.
Maya contuvo su reacción al comentario, pensando que era mejor no darle cuerda, y retomó un poco de su serenidad, colocándose bien la mochila; aunque siempre alerta.
—Bueno, en ese caso... será mejor que yo también me vaya a buscar información.
Iba a salir pero él interpuso el brazo, apoyándose en el marco de la puerta.
—No tan rápido, Lozano. —Murmuró, clavándole los ojos. —Ya que estás aquí aprovecharemos para hablar. Tienes que aclararme algunas cosas.
Maya tragó saliva inconscientemente. Demasiadas coincidencias; ya temía que terminaran efectivamente en el suelo.
—No tengo que hablar de nada contigo. —Le espetó, haciéndose la valiente para que no se diera cuenta de que le temblaban las piernas.
—Oh, yo creo que sí. —Insistió él. —Y más te vale hacerme caso. —Con un gesto de cabeza le indicó la mesa del profesor. —Siéntate, vamos a charlar un rato.
—Prefiero quedarme de pie. —Ella no tenía intención de dejarse acorralar, pero Dimitri no se andaba con chiquitas.
Atrapándola de los hombros, prácticamente la arrastró hacia la mesa y le sacó el bulto de la espalda antes de obligarla a caer en la silla.
Sucedió tan rápido que la muchacha no pudo ni pensar. No obstante, con la fuerza que tenía tampoco podría haber opuesto resistencia.
Una vez sentada, se lo quedó mirando con sorpresa. ¿No podía considerarse eso un tipo de violencia?
Dimitri se limitó a observarla en silencio durante algunos segundos, enfrentándose a sus ojos y, muy posiblemente, cavilando la forma de iniciar la conversación.
—Veamos, Lozano... —comenzó a decir con su característica sonrisa —ya empezamos con mal pie cuando nos conocimos, pero eso no debería ser un obstáculo para tus notas, ¿verdad?

A ella se le tensaron los hombros, reconociendo el peso de aquellas palabras.
—No. —Pudo pronunciar.
—Bien, me alegra que lo tengas tan claro. —El profesor apoyó los codos en la mesa sin cambiar su expresión. —Verás... soy el tipo de persona que juzga a los demás por instinto. —Confesó. —Quizás demasiado. Sin embargo... —se acercó unos centímetros para más efecto —lo que pasa en mi clase, se queda en mi clase. No sé si me explico. —Maya no entendía a qué venía eso, pero no le hizo falta decírselo para que él se expresara mejor. —En otras palabras, si algún alumno me da por saco, es asunto mío; no tengo por qué implicar a nadie más, ¿no crees?
—Em... supongo... —ella frunció el ceño en un intento por comprender sus intenciones. ¿Acaso se refería a lo que había pasado con Héctor? ¿Estaría intentando pedirle perdón...?
—Bueno —Dimitri se incorporó —si lo has entendido, entonces podrás aclararme una duda. Han llegado a mis oídos ciertos rumores y me gustaría saber hasta qué punto son ciertos.
—¿Rumores? —Maya se extrañó con aquel cambio de dirección.
Él sonrió de nuevo y se colocó detrás de ella, apoyando las manos en la silla y acercándole los labios al oído, hecho que le aceleró el corazón repentinamente.
—Según tengo entendido —le susurró el profesor —crees que soy un monstruo. Para ser preciso, y cito oralmente, me tienes como un desgraciado, miserable y canalla. ¿Es cierto?
Maya sintió que se le secaba la boca. Sólo recordaba haberse referido a él con esas mismas palabras una sola vez... y de eso hacía ya una semana.
—¿Es cierto o no? —Repitió él, haciendo girar de repente la silla para que lo enfrentara.
—...no. —Se apresuró a decir, aterrorizada.
—No me mientas, Lozano. —Sus ojos la atravesaron, consiguiendo que tragara saliva otra vez.
Los labios le temblaban cuando logró decir la verdad.
—S... Sí.
—Sí. —Repitió él, satisfecho. —Bien, aprecio tu sinceridad. —Se alejó un poco y Maya dejó escapar el aire contenido como un globo desinflado.
—¿Qui... quién te lo ha dicho? —Apenas pudo pronunciar la pregunta.
—¿No te lo imaginas? —Él se sentó en una de las mesas de los alumnos y se sonrió nuevamente.
—Sólo he hablado de eso con una persona... —Ella luchó por parecer firme. —Sería demasiada casualidad que...
—Sí, es mucha casualidad sin duda —respondió él —, pero si piensas un poco te darás cuenta de que tiene su lógica. Al fin y al cabo, el mundo es un pañuelo... abejita.
Maya abrió unos ojos como platos y su cuerpo se despegó de la silla como si ésta quemara.
—¡Tú eres CaballeroV! —Gritó.
—Con todas las letras. —El profesor le mostró los dientes, complacido.
—No puede ser... —Maya se dejó caer de nuevo, atónita. —¡No, no puede

ser!
—También fue un duro golpe para mí, créeme. —Se mofó él. —Pero ahora, por lo menos, ya he confirmado mis sospechas respecto a ti. Vas de víctima y me pones verde a mis espaldas. —Negó con la cabeza. —A eso se le llama ser falsa, cariño.
—¡Mira quién fue a hablar! —Ella estalló con rabia. —¡Tú eres un maldito embustero por no haberme dicho la verdad desde el principio! —Cuando se dio cuenta de que se había dejado llevar por las emociones, quiso morderse la lengua. Por mucho que lo mereciera, levantarle la voz a un profesor era una falta bastante grave que él podría usar a su favor.
—¿Embustero? —Dimitri perdió cualquier atisbo de diversión en su rostro y la acorraló de nuevo en la silla, manteniéndo sus feroces ojos a la altura de los de ella. —¿Te atreves a insultarme, Lozano? ¿Quién es más embustero de los dos? Vas de niña buena pero tienes una lengua muy larga; ya te he calado. Vas a tener que trabajártelo mucho, mona, porque no pienso aprobarte por tu cara bonita. Y si estás pensando en denunciarme, no te cortes, aunque no he hecho nada que pueda ser de interés a las autoridades. Ni siquiera a este centro.
—L-la cuenta de... —musitó ella, intentando pensar.
—Oh, no te preocupes por eso. —Le respondió él, con un brillo astuto en los ojos. —Me aseguraré de eliminarte de mi lista de contactos. No querría que nuestras inocentes conversaciones provocaran malentendidos. ¿Tú sí?
Maya recobró algo de valor al darse cuenta de lo manipulador que podía llegar a ser.
—N-nuestras conversaciones... tengo una copia de seguridad en mi...
—Es tan fácil como eliminar mi cuenta. —Replicó él, tan tranquilo. —De hecho, ese correo lo utilizo sólo para tonterías y no uso ni mi nombre real. Sin la cuenta o información originales, ¿de verdad crées que podrías demostrar algo? Además, si intentas jugar sucio conmigo, lo lamentarás, créeme.
La chica se quedó muda, consciente de que había agotado su única defensa y se hundió irremediablemente en la silla, perdiendo todo rastro de esperanza. Ni siquiera tenía el móvil a mano... que habría podido usar para grabar la conversación. ¿De verdad tenía tan pocos recursos?
Dimitri, por su parte, le mantuvo la mirada con malévolo deleite, pero no tardó mucho en aceptar que ya se había divertido bastante. Había conseguido hacerla palidecer de miedo y con eso ya debería darse por satisfecho. Además, sus rostros estaban demasiado cerca; sería mejor separarse antes de que alguien viniera y malinterpretara la escena.
—En fin, tú decides. —Se incorporó y dio un paso atrás para dejarle algo de espacio. —Aunque, si eres lista, te decantarás por otra asignatura y no volverás a poner un pie en mi clase. Es lo que haría yo en tu lugar. —Se dirigió hacia la puerta y añadió: —Díselo al jefe de estudios cuanto antes y haznos un favor a los dos, anda. Vete ya.
Maya tardó en reaccionar, pero cuando finalmente fue capaz de mover los músculos, recogió su mochila del suelo y caminó hacia la puerta, sintiéndose una perdedora.

Al pasar junto a él no levantó la cabeza pero sintió su mirada en ella. Un escalofrío le recorrió todo el cuerpo y, curiosamente, no supo si era de miedo o de rabia.
Cuando ya estaba a cierta distancia en el pasillo, oyó el chasquido de la puerta y viró un instante para comprobar que la había cerrado.
Apretó los puños, que sujetaban los arneses de la mochila, y reparó en que éste era uno de esos momentos decisivos en su vida.
De haber sido más valiente, habría podido entrar de nuevo en clase y decirle que no iba a rendirse, que lo intentaría de todas formas, aunque le resultara una tortura... pero no; no se veía capaz y tenía demasiado que perder.
Por otro lado, si él creía que había logrado convencerla de abandonar, estaba muy equivocado. Sí, había pasado mucho miedo; pero tenía su orgullo y no iba a darle la satisfacción de verla tirar la toalla. Además, Dimitri podía amenazarla todo lo que quisiera, pero sabía que no era tonto; no se arriesgaría a traspasar la línea sabiendo que ella era menor de edad y que podría meterse en un buen marrón aún sin pruebas. Hoy en día, cualquier mentira podía volverse una realidad con los recursos adecuados.
Inspiró profundamente y continuó caminando, pero no hacia el despacho del jefe de estudios. Tenía que aprender a dominar la situación y mejorar su estrategia antes del siguiente miércoles. Era la única manera de encararse a Dimitri y no morir en el intento.
Si más no, ahora ya sabía quien era CaballeroV. Y aunque la decepción de su idealizado caballero fuera una realidad, no iba a destruir también su pasión por aquello en lo que creía merecer. A este juego... también podía jugar ella.

Capítulo 4

4

Fue difícil.
Maya se pasaba tardes enteras frente al espejo de su habitación, intentando aumentar su autoestima y representando las posibles situaciones a las que tendría que enfrentarse con Dimitri. El trabajo, sin duda, era uno de los problemas principales. Si quería aprobar tenía que demostrarle que conocía el tema incluso más que él.
Se releyó Erec y Enid el jueves, en menos de dos horas, y hasta tuvo tiempo de informarse sobre algunos puntos oscuros de la obra. Luego repasó también los apuntes de historia que tenía de cursos anteriores, donde se trataba un poco la cultura de la época.
No contenta con eso, en sus horas nocturnas también pagaba el pato, ya que a veces no lograba conciliar el sueño y luego se despertaba varias veces en la misma noche.
Tal era el caso que, por las mañanas, necesitaba programar tres despertadores. Y aunque intentaba no perder el ritmo, a veces le costaba concentrarse en las otras clases. Suerte que existía el fin de semana y que Lara no tenía reparo en prestarle apuntes.
Sin embargo, todo ese esfuerzo valió la pena.
El miércoles regresó a Literatura medieval para pasar finalmente la prueba de fuego. No tenía miedo y estaba preparada. Esta vez no se dejaría avergonzar.
****

Dimitri no esperaba verla; lo supo cuando sus miradas se cruzaron, pero no dijo nada y depositó tranquilamente sus bártulos sobre la mesa.
—Bueno, me alegra ver que hoy no falta nadie. —Maya reconoció el sarcasmo en sus palabras pero no se inmutó. —Supongo que todos aprovecharon bien el tiempo extra que les di. De todos modos, tengo una noticia que les gustará. —Anunció el profesor. —Hace unos días estuve hablando con un buen amigo mío, que es el conservador de un Museo, y le propuse programar una visita en grupo la semana que viene, ya que coincide con el mercado medieval que hacen todos los años en su pueblo. Ya de paso, echaremos un vistazo al castillo y se empaparán un poco de la arquitectura del siglo catorce-quince. Puede que les sea de utilidad para sus trabajos. —Haciendo caso omiso de los murmullos animados de los estudiantes, sacó un fajo de documentos de la carpeta y se los entregó al primero para que los fuera pasando a sus compañeros. —Sé que son ustedes mayorcitos, pero igualmente necesitaré la autorización firmada de sus padres antes del martes o no hay excursión. Si no me la entregan en mano, déjenla en mi buzón. —Miró a Maya con cierto recelo y comentó: —Y si alguien no quiere venir, no está obligado a hacerlo, aunque no lo libraré de severos deberes. —Y se sentó. —En fin, empecemos. —Atrapó sus apuntes y volvió a levantarse para escribir el nombre en la pizarra.

—Hace ya unas semanas estuvimos hablando de Chrètien de Troyes. ¿Alguien recuerda lo que dijimos?
Maya vio la oportunidad perfecta para ponerse a prueba. Levantó la mano, aprovechando que nadie parecía dispuesto a responder, y reprimió una sonrisa cuando el profesor la miró con una ceja arqueada.
—¿Si, Lozano?
—Usted dijo que posiblemente no era realmente cristiano, sino judío. De hecho, era extraño que se llamara Chrètien, ya que no era muy usual en la época, pero le resultaba más útil que su verdadero nombre, pues nadie habría leído sus obras de no ser por ello. Y Troyes —añadió —se debía posiblemente a su origen francés, puesto que esa era una de las ciudades más importantes del país. Aemás, sonaba como Troies —lo pronunció con su mejor acento francés —, que guarda referencia con la épica clásica. Así mataba dos pájaros de un tiro. —Finalizó la explicación con una sonrisa de oreja a oreja, satisfecha de su discurso.
Los chavales se quedaron callados, pero el objetivo a sorprender no cedió. Dimitri se mantuvo impasible, aunque en el fondo le divirtió su intento por impresionarlo.
—Vaya, ha estudiado usted el tema. —Se llevó las manos a los bolsillos. —Aunque... la vida de Chrètien —usó también su acento francés —no se basa sólo en su nombre. Sus obras también son importantes. —Miró a los otros alumnos, esperando encontrar a uno que pudiera superar a Maya. —Por ejemplo, tenemos el Caballero de la carreta, el Caballero del león, o incluso el Cuento del Grial, también conocido como Percival, que es uno de sus personajes más famosos. O hasta...
—Erec y Enid. —Se adelantó Maya.
—Sí... Erec y Enid.
Dimitri le dirigió una mirada de reproche. Si bien no le importaba tenerla todavía en clase, le fastidiaba que se hiciera la sabelotodo cuando no había leído ni la mitad de lo que él había estudiado, así que decidió atacarla.
—Ya que está tan entusiasta hoy, ¿por qué no acaba de contarnos la historia?
—Eso si no sale corriendo otra vez. —Héctor hizo detonar unas cuantas risas de fondo, pero Maya ya estaba curada de espanto.
Obviando su impertinente comentario, le respondió con una sonrisa confiada.
—Ahora que lo mencionas, sé de algo que a ti sí te haría correr.
—¿Ah si? ¿Qué? —Se burló el otro.
—La chancla de tu madre.
Héctor se enserió de golpe mientras los otros se carcajeaban.
—Vete a la m...
—Basta. —La voz de Dimitri sonó firme, acallando a todo el mundo, y aunque la primera provocación no hubiera sido de Maya, le dirigió una mirada feroz. —No voy a tolerar tonterías en mi clase. El próximo que la arme va derecho a la sala de guardia. ¿Entendido?
Ella le mantuvo la mirada sin miedo y se atrevió incluso a mencionar las últimas palabras.

—¿Todavía quiere que acabe de explicar Erec y Enid?
Dimitri habría podido expulsarla de clase sólo por su arrogante expresión, pero temía que le plantara cara y no quería montar un numerito ni perder los papeles delante de los demás. Con ello también le perderían el respeto, así que, en vez de permitir que la rabia lo dominara, le devolvió una sonrisa de dientes apretados a Maya.
—No será necesario. —Y añadió: —Espérese al final de la clase. Tengo que hablar con usted.
Ignorando la sonrisa triunfal de Héctor, Maya no añadió nada más. Durante los tres cuartos de hora siguientes, la clase transcurrió con toda normalidad, aunque notaba que los movimientos del profesor no eran tan espontáneos como de costumbre. Quizás hasta un poco forzados, pero aguardó con paciencia a que terminara la lección, tomando apuntes como cualquiera de sus compañeros.
En cuanto sonó el timbre, recogió las cosas pero no se movió del sitio, esperando a que él se acercara; y cuando por fin se quedaron solos, Dimitri dejó de fingir y se plantó frente a su mesa con los brazos cruzados.
—¿Qué pretendías demostrar?
—Que no te tengo miedo —contestó ella, segura de sí misma —; y que pienso aprobar esta asignatura, te guste o no.
—Que hayas sido capaz de responder a una maldita pregunta no significa que vayas a pasar, Lozano. —Se apoyó en la madera. —Y si vuelves a revolucionarme la clase...
—Sabes muy bien que ha empezado Héctor. —Le contestó, eludiendo su amenaza. —Tengo derecho a defenderme, ¿no? En vez de alargarme el sermón, ¿por qué no le paras los pies la próxima vez? Así no tendrás que preocuparte por mí.
Él sonrió sin humor.
—¿No has oído nunca eso de "dos no se pelean si uno no quiere"?
—¿Qué quieres decir, que tú y yo sí queremos pelearnos? —La pregunta era inocente pero, por alguna razón, abarcó más de lo que ella pretendía.

Sin embargo, él reaccionó antes.
—No te creas que eres tan importante para mí, Lozano. Te aseguro que no voy a perder más tiempo contigo. Si vuelves a liarla no me quedará más remedio que expulsarte de clase de una patada.
—¿Oh, es que te atreverías a tocarme? —Sus ojos se volvieron desafiantes. Se sentía más valiente que nunca. —Si me pones una mano encima me encargaré de que lo sepa todo el instituto. Veremos entonces quién expulsa a quién.
Dimitri entornó los ojos y le agarró la nuca con cierta fuerza, obligándola a mirarlo directamente a los ojos sin herirla. Su otro brazo la acorraló contra la silla en una situación que le provocó un déjà-vu y su voz se volvió más grave de lo que pretendía.
—Mira, abejita... —sus labios se curvaron en una sonrisa feroz —aquí soy yo el que manda y no necesito tocarte para arruinarte la vida. ¿A quién pinesas que creerán los profesores? ¿A uno de los suyos o a una

estudiante problemática?
—La mayoría me conocen y saben que soy una alumna ejemplar. —Se defendió Maya, sin dejarse intimidar. —No podrás suspenderme a menos que saque malas notas, y pienso entregarte un trabajo de matrícula. Y en cuanto al examen —añadió —, si es necesario iré a pedir una segunda revisión. Si quieres guerra, la tendrás.
Dimitri se la quedó mirando un instante y terminó liberando una pequeña carcajada.
—¿Crées que eso es lo peor que puedo hacerte? ¿Suspenderte?
Maya notó que sus dedos presionaban algo más su nuca, pero apenas le importó. De hecho, estaba más pendiente de sus ojos. Hasta ahora no se había fijado en ellos, a pesar de que habían librado varias batallas visuales; pero justo se daba cuenta de que eran verdes. Un verde oscuro, muy intenso...
—Te avisaré por última vez. —Su voz la devolvió repentinamente a la realidad. —Abandona ahora o atente a las consecuencias.
Ella se humedeció los labios y se acercó un poco más a él para susurrarle las siguientes palabras: —Como me llamo Maya Lozano... que pienso aprobar tu asignatura, aunque sea lo último que haga.
A Dimitri se le escapó el aliento sin darse cuenta. Pareció dudar un instante, sin saber muy bien lo que pretendía, y su respiración se agitó levemente, algo que a ella no le pasó desapercibido.
Sin embargo, la situación resultaba tan extraña que uno de los dos tenía que poner fin a la discusión; y fue él quien cedió primero, liberándola por fin y recuperando las distancias.
Alterado, recogió sus cosas del escritorio y se dirigió hacia la puerta a grandes zancadas. Sólo antes de salir, se dio una última vez la vuelta.
—Tendrás que trabajártelo... listilla.
Desapareció por el pasillo como alma que lleva el diablo y Maya se quedó sentada, sin mover un músculo pero con una sonrisa incrédula en la boca. ¿Había ganado? ¿De verdad lo había dejado sin más opción que tomar la retirada?
Inspiró hondo y calmó su entusiasmo. Sí, había ganado... pero sólo una pequeña batalla. No podía confiarse. Ahora, probablemente, las cosas se volverían incluso más serias y debería usar todo su potencial para ganar definitivamente la guerra de pocos meses que iba a librar... más no podía, sin embargo, dejar de pensar en lo que había ocurrido en apenas unos segundos. Recordaba todavía esos ojos, grabados en su mente como fuego... y aunque no encontraba palabras para describirlo... algo estaba claro: el juego... se había vuelto peligroso.

Capítulo 5

5

Maya se pasó toda la semana recordando esa última discusión, enorgulleciéndose cada vez más por haber logrado "derrotar" a Dimitri; o, al menos, conseguir que no la dejara nuevamente en ridículo. No obstante, se acercaba otra vez el miércoles y estaba segura de que el profesor vendría con las pilas recargadas, más cuando la clase tendría lugar fuera a causa de la excursión.
De todos modos, no creía que tuvieran tiempo de enfrentarse esta vez. Y menos aún si se encontraban en territorio neutral. Estaba segura de que de la Vega no se arriesgaría a quedar mal delante de terceras personas.
Cuando llegó, todos los alumnos se encontraron fuera del instituto para esperar a los mayores. Dimitri apareció enseguida con otra profesora que había decidido añadirse en el último momento pero a nadie le importó.
El viajecito en autobús fue bastante tranquilo, aunque la mayoría iban incluso emocionados por saltarse las clases... sin recordar que tendrían que recuperar la lección más tarde, acuerdo que el profesor había pactado con los afectados, incluída la que viajaría con ellos.
El tiempo no acompañaba demasiado, pero los chicos se mantenían positivos, incluso teniendo que visitar el "aburrido" museo.
Los dos docentes iban delante, justo detrás del conductor, pero Maya había preferido mantenerse a cierta distancia, aprovechando que había muchos asientos libres para ella solita.
Por otro lado, tampoco tenía mucho en común con el resto de viajeros, y es que sus compañeros de clase venían de varios grupos. Y aquellos con los que compartía la mayoría de asignaturas tampoco eran lo que se dice amigos suyos. No obstante, agradeció la calma durante el viaje.
****
Aparcar fue fácil para el autobús, quedándose a las afueras, pero el caminito a pie hasta el museo resultó algo más dificultoso debido a las considerables pendientes que formaban parte de las calles. Allá, todos se encontraron finalmente con Mario Herrera, el presunto amigo del profesor.
La visita guiada comenzó sin embargo por los alrededores del castillo, de la mano del mismo Herrera, ya que no había persona más indicada, Y con razón; se conocía la historia del pueblo como la palma de su mano.
Fue interesante, aunque no pudieron pasar la muralla porque la fortaleza se encontraba en obras.
De vuelta al museo, se recorrieron todas y cada una de las salas. No obstante, la mayoría de los presentes no apreciaban lo que se les mostraba. Les importaban poco los murales románicos o los pedazos de muralla que adornaban el patio interior del edificio. De hecho, aún aparentando que escuchaban, pasaban olímpicamente de todo: las reliquias, los libros antiguos expuestos en las vitrinas, las herramientas de la época e incluso las fotografías de los últimos descubrimientos

arqueológicos colgadas en la pared. Ni siquiera se interesaron por la maqueta que reconstruía uno de los monasterios más famosos de la comarca.
Lo único que pareció llamar mínimamente su atención, y quizá porque eran hijos de la era tecnológica, fue el documental audiovisual que Herrera les puso al final.
Durante la ronda de preguntas pocos hablaron, y los que lo hicieron fue más por decir algo que otra cosa.
Maya, aunque encontraba el museo más atractivo que sus compañeros, tampoco estaba satisfecha del todo. Habría preferido entrar realmente en el castillo o el monasterio, contemplar sus muros, tocarlos, pasearse por el claustro y dejarse seducir por los aromas del jardín, aunque éste último se hubiese modificado casi a inicios del Renacimiento, bien entrado el siglo XV o incluso el XVI.
Dimitri también sabía que los alumnos no iban a permanecer todo el día en el museo tal y como él habría hecho en sus días de universidad, así que les planteó una alternativa que Herrera también apreció.
—Bueno, es casi la hora de comer y todos sabemos que los museos no son un patio de recreo, así que les propongo un trato. Como les dije la semana pasada, las calles acogen estos días la feria medieval del pueblo, con paraditas y espectáculos, así que pueden comer lo que quieran. —Miró su reloj. —Sin embargo, a las cuatro los quiero a todos aquí de nuevo. ¿Conformes? —Todos lo estuvieron; y más que nunca. —Perfecto. Y acuérdense también de tomar fotografías e informarse sobre los oficios de la época. Estoy seguro de que muchos de los artesanos les echarán una mano, pero el trabajo no se hará solo.
Dicho y hecho, los chicos se dispersaron enseguida por las calles, dispuestos a perderse entre la multitud, y Maya accedió a imitarlos por una vez.
Como que Dimitri no parecía tener ganas de batallar aquel día, decidió bajar un poco la guardia y divertirse.
Era bonito de ver tanto ambiente. Las calles estaban vestidas de todos los colores: verde, rojo, azul, amarillo, violeta... y las paraditas tenían un buen surtido de productos. Había donde se preparaban jabones o dulces variados y típicos del pueblo. Otros se limitaban a lo más popular, como la miel o los embutidos, pasando por la tarta de manzana o los caramelos; y también había carpas que cubrían filas y filas de mesas y taburetes, formando un gran comedor al aire libre.
Por otro lado, algunos tenderetes también vendían juguetes artesanales, esculpidos en madera y pintados a mano, como los caballitos de palo, ballestas de ventosa, arcos y diferentes tipos de rompecabezas. No sobraban, sin embargo, las piezas de coleccionista, como las espadas de acero , escudos y tal...
Y finalmente, cabía mencionar los espectáculos. Decenas de personas disfrazadas se paseaban arriba y abajo por las calles, entreteniendo a los turistas con sus trucos y malabarismos. Desde bufones hasta caballeros, pasando por los típicos trotamundos, las damas y no tan damas.
En un escampado se habían dispuesto tarimas y banderas, aprovechando

la muralla del castillo, que le daba un toque mucho más real al escenario. En medio se había instalado una barrera de paja que separaba ambos lados de la arena, como en un auténtico campo de justas medievales. Los actores montaban a caballo y fingían golpearse con lanzas de goma-espuma. Al otro lado de la pista, se habían instalado dianas para un pequeño taller de tiro al arco y un recinto donde practicar la lucha de espadas; también de goma-espuma para los pequeños, y con las de madera para los mayores.

Maya disfrutó mucho con todo cuanto alcanzaban sus ojos y con los perfumes que danzaban en el aire, incluso si el cielo amenazaba con descargar lluvia. La hierba del campo desprendía ese olor tan característico que le gustaba, pero su estómago le estaba recordando ya que debía escoger dónde incar el diente, así que se dejó guiar por los aromas de una barbacoa hasta el gran comedor junto a las justas y allí se quedó.

Disfrutando de la fiesta a su alrededor, se permitió también el capricho de comprar un dulce como postre. El pastel de queso le pareció la opción más ligera y deliciosa. Después continuó paseando, parándose de vez en cuando a mirar algunas de las actuaciones o los collares de las paradas. Y fue en ese momento que su suerte se fue al carajo.

Mientras manejaba una pequeña pulsera de plata, no se dio cuenta de que un renacuajo se le acercaba por detrás. Fue visto y no visto. Maya sólo notó un tirón, pero cuando se dio la vuelta ya era tarde. El ladrón ya estaba corriendo con su monedero.

Tardó unos segundos en reaccionar, pero se lanzó a la carrera tras él, gritando para ver si alguien le paraba los pies. Sin embargo, el escurridizo ladrón era muy rápido y hábil.

Aunque no tuviera una fortuna dentro del monedero, no quiso darse por vencida cuando lo vio desvanecerse entre la multitud.

Intentando adivinar el camino que había tomado, viró en la siguiente esquina y se topó de cara con otra persona, chocando inevitablemente y terminando en el suelo.

No se hizo mucho daño, pero sí le dolió en el orgullo. El sinvergüenza había conseguido escapar con el botín. Lo maldijo en voz baja y levantó la vista para ver quién había detenido la persecución. Se arrepintió enseguida.

—¿Lozano, qué narices haces? ¿Quieres matar a alguien?

—Casi. —Ella se levantó, se sacudió los pantalones y le dirigió una mirada airada al profesor. —Por tu culpa ya no puedo recuperar mi monedero.

—¿Perdona? —Dimitri no aceptó la acusación, aunque no supiera de qué iba la cosa. —¿Mi culpa?

—¡Sí, tu culpa! —Le gritó ella. —¡Por ponerte en medio! ¡Estaba a punto de alcanzar a ese mal nacido y has tenido que aparecer!

—Heh; si hubiera sabido que venías por aquí me habría ido en dirección contraria. —Le espetó.

—Pues la próxima vez lo haces.

—Cuidado no vayas a darte contra un muro, también —murmuró él, alejándose.

Maya se sintió aliviada, en parte, de que Dimitri no tuviera ganas de iniciar otra ronda de intercambios sarcástico-verbales. Bastante frustrada se sentía ya por lo sucedido. No en vano tendría que perder un fin de semana para ir a renovar su carnet de identidad, que también se había esfumado con su monedero.
No obstante, no se privó de mirarlo una última vez antes de marcharse. Él, por su parte, respetó unos minutos de márgen y también devolvió la vista al punto exacto para ver si su patosa contrincante seguía ahí, dejando escapar el aire en un sosegado suspiro cuando no la vio.
Esa chica era un mundo aparte. No llegaría a entenderla jamás; ni aunque hubieran estado viviendo bajo el mismo techo durante siglos. Se imaginó un instante la escena y se le escapó la risa. Sería como las canciones de los hermanos Pimpinela. Imposible vivir con esa criatura.
Evadiendo finalmente los pensamientos de su cabeza, continuó su paseo, saludando a los alumnos con los que se encontraba y mirando souvenirs en las paraditas.
Tal fue su divertimento que no se dio cuenta de que el cielo se había cubierto ya del todo y que empezaría a descargar en cualquier momento. Sólo cuando empezaron a caer las primeras gotas, se planteó regresar, acorde con los pobres artesanos que recogían las tiendas a toda prisa.
El problema de aquel pueblo eran los portales de las casas; demasiado pequeños como para proteger siquiera de cuatro gotas.
Dimitri se sacó la chaqueta y se la colocó por encima de la cabeza para aguantar el chaparrón que se le venía encima mientras buscaba desesperadamente un lugar donde protegerse, pues no había tiempo de correr hacia al museo o terminaría empapado antes de llegar.
****
A Maya también le pilló la lluvia pero, en su caso, no llevaba ni siquiera un pañuelo.
Se puso a correr sin recordar el camino de vuelta debido a toda la confusión de gente y terminó en un amplio callejón sin salida, maldiciendo su mala suerte por enésima vez.
No obstante, al fondo localizó un hueco bien seco, formado por el sobresaliente de una roca enorme en el muro natural de la colina donde se alzaba el castillo. El ayuntamiento había transformado esa esquina en un pequeño y silencioso retiro con banco y fuente incluídos.
Sin pensárselo dos veces, se apresuró bajo cubierto y se sacudió el pelo empapado, haciendo lo posible por no despeinarse demasiado.
—¡Buf! —Resopló. —Ya podría haberme traído un paraguas, maldita sea...
—Idem. —Respondió una voz a sus espaldas.
Se dio la vuelta, rezando para que sus orejas la engañaran y confirmó, con fastidio, que la había acertado.
—¡Tu! —Lo señaló con un dedo acusador. —¿Es que me estás siguiendo?
—¿Seguirte? Dios me libre. —Respondió él, escurriendo su chorreante chaqueta en la fuente. —Bastante tengo con soportarte en clase.
—¿Qué haces aquí? —Maya hizo caso omiso de su comentario.
—¿No es evidente?

La muchacha observó la prenda un segundo y sonrió, adoptando voz de pija.
—Con esas arrugas te quedará divina de la muerte, o sea.
Él se carcajeó sin humor.
—Muy graciosa, Lozano. —Sacudió la mano para aliviar un poco el resentimiento en la palma. —¿Sabes? Me he encontrado con una amiga tuya hace un rato. Necesita que le devuelvas la escoba y el caldero.
Maya puso morros mientras él se regodeaba con su talento para replicarla y, aunque habría podido limitarse a no hablarle hasta que la lluvia cesara, no quiso permanecer allí ni un minuto más.
Decidida, giró sobre sus talones y se aventuró bajo la lluvia.

Capítulo 6

6

—¿A dónde vas? —Dimitri dejó su chaqueta apoyada en la piedra de la fuente.
—¡Dónde sea, lejos de ti! —Le respondió la chica sin ni siquiera mirarlo.
—¡Te estás mojando, estúpida! —Se burló él. —¡Con la que está cayendo acabarás empapada hasta los huesos antes de llegar a la esquina!
—¡Me importa un pimiento!
Dimitri perdió por un instante su expresión burlona y elevó la voz lo suficiente como para que lo oyera.
—¡Cobarde!
Maya se detuvo en seco de repente y se dio la vuelta, clavándole una mirada incrédula bajo el aguacero.
—¿Qué me has llamado?
—Cobarde. —Repitió él, cruzándose de brazos. —Ni siquiera tienes agallas para encararme. Y eres tan patética que casi me das pena. —Y añadió, con una sonrisa. —Casi.
Quizás fuera el efecto boomerang o, tal vez, simplemente le hubiera herido en el pundonor, pero el caso es que Maya regresó bajo la roca y se plantó frente a él con el rostro goteando.
—¡¿Yo soy la cobarde?! ¡¿Y tú qué, de la Vega?! ¡Usas a Héctor para que me insulte y luego me amenazas cuando estamos solos! ¡Te aprovechas de tu condición para jorobarme el curso y sólo porque no te caigo bien! ¿Quién es más cobarde de los dos? ¡Yo, al menos, te digo las cosas a la cara! ¿Agallas? ¡Tengo más que tú!
Cuando terminó su monólogo, jadeando de rabia, no sabía exactamente lo que esperaba de él. Quizás una simple réplica de su arrogante lengua, una burla; puede que hasta una reprimenda... pero no; no pasó nada de eso.
Dimitri no respondió directamente. Se hurgó el bolsillo del pantalón, sacó un paquete de pañuelos de papel y extrajo uno. Acto seguido se lo pasó por la cara, secándole los restos de agua, y la dejó con un palmo de narices.
No contento con eso, le abrió el puño y depositó el paquete abierto en su mano congelada antes de añadir: —Sécate un poco el pelo, anda. Si pescas un catarro aún me lo contagiarás.
Y dándole la espalda, caminó tranquilamente hacia al banco y se sentó para reposar un rato la cabeza.
Maya pestañeó y permaneció de pie más de un minuto, intentando comprender a dónde había ido a parar la discusión. A decir verdad, había perdido hasta la fuerza de sus emociones.
No muy segura de si podía fiarse de la extraña calma que reinaba ahora, admitió que la humedad comenzaba a calarle los huesos. Hacía bastante fresco y los pañuelos, aunque no suficientes, le resultaron útiles para eliminar gran parte de la humedad en su piel y su cabello. Sin embargo, tuvo que escurrir también su ropa lo mejor que pudo sin quitársela.

Le habría encantado tener una estufita bien calentita a mano, pero la única otra fuente de calor alrededor era humana y no estaba dispuesta a confraternizar con el enemigo.
Sin ánimos ya de salir huyendo, se sentó en la otra punta del banco sin que él se moviera un centímetro.
Lo observó de reojo. Tenía la cabeza hacia atrás con los párpados cerrados y los brazos apoyados en el respaldo del asiento. Respiraba plácidamente mientras la brisa le rozaba un poco algunos mechones del pelo y, visto así, no parecía el ogro que ella conocía.
Se mantuvo en silencio un buen rato, oyendo caer la lluvia sin fin y con una sensación extraña en el estómago.
Volvió a mirarlo, suponiendo que se había quedado sopa y se acercó cautelosamente para pasarle una mano por delante de la cara. Efectivamente, se había quedado dormido.
La lluvia continuaba cayendo y Maya consultó su móvil, afortunadamente seco gracias a su funda protectora.
Eran las tres y media. Demasiado pronto para regresar al museo pero un tanto justo como para realajarse. Sopesó sus opciones. Se había perdido en su camino hacia la fuente, por lo que desconocía cuánto tardaría en orientarse otra vez; y más ahora que ya habían recogido las paradas. Aunque media hora no, seguro; el pueblo no era tan grande. No obstante, no quería regresar con Dimitri y arriesgarse a que Héctor se burlara de ella con algo como "¡Qué pringada! ¡Seguro que se ha perdido y ha tenido que ir a buscarla el profe!"
Miró una vez más al "caballero" durmiente y tomó una decisión. Regresaría al punto de encuentro sola, resguardándose de balcón en balcón como si se tratara del juego de la oca, y esperaría con los demás hasta que éste apareciera. Sabía que le caería una buena después por haberse esfumado sin despertarlo, pero no era su responsabilidad. El profesor tenía que dar ejemplo; no esperar a que su alumna le hiciera de secretaria.
Se levantó sin hacer ruido y pasó por delante suyo con la misma cautela. Sin embargo, apenas logró alejarse unos centímetros que sintió un tirón en el brazo.
Se dio la vuelta sorprendida y descubrió que Dimitri la tenía asida por la muñeca izquierda.
—¿A dónde crées que vas? —Le preguntó desde el banco.
Maya no podía creer su mala suerte, pero prefirió ser diplomática por una vez, aunque supiera que él no se lo tragaría.
—Sólo quería acercarme al cruce, a ver si veía a alguno de los demás. Falta poco para las cuatro.
—¿Me tomas por idiota? —Se mofó él, sonriéndole sin humor. —Te querías escabullir y dejarme durmiendo la mona.
¿Para qué mentir? Total, era inútil. Éste se las sabía todas.
Suspiró y le devolvió una sonrisa despectiva.
—Sí, eso es exactamente lo que iba a hacer. —Se encogió de hombros.
—Supongo que no se puede engañar al demonio.
El profesor se levantó sin dejarla ir y tiró de ella para obligarla a mirarlo

de frente.
—Tienes una lengua muy punzante, abejita. Más que un aguijón.
Maya intentó zafarse de su mano pero él le agarró también el otro brazo.
—Suéltame. —Le ordenó.
—A un foso de leones. Ahí es donde debería soltarte. —Rebatió él, clavando los pies en el suelo mojado. —Es lo que se hacía antes con los traidores.
—¿Traidores? —Se mofó ella estirando hacia atrás. —¡Ja! ¡Yo no te debo nada! —Forcejó con movimientos cada vez más violentos sin lograr que la soltara. —¡Y estoy harta de tí! ¡Un día de estos voy a-aaaaah...¡ —El resbalón que se metió desequilibró también a Dimitri, arrastrándolo con ella al suelo y a punto estuvo de golpearse la sien contra el adoquinado.
Pasaron algunos segundos.
Tras el susto, Maya abrió los ojos. Sorprendida, se percató de que Dimiri la tenía protegida entre sus brazos y que la había salvado de abrirse la cabeza.
No sabía cómo había llegado hasta ahí, pero no movió ni un músculo por si acaso.
Dimitri había actuado por instinto, pero era consciente de que Maya estaba presa contra su pecho y la situación se había vuelto nuevamente extraña; tanto que hasta dudaba si el porrazo no se lo habría pegado él y estaría alucinando. De hecho, tenía los brazos doloridos.
Con calma, aflojó la presión y ella apoyó las manos en su pecho para incorporarse un poco. Sus ojos se encontraron y el profesor contuvo inconscientemente la respiración.
Era la primera vez que lo miraba así. Parecía asombrada... quizás confusa; pero en sus pupilas brillaba un destello de luz, un cálido sentimiento que lo desconcertó por un instante.
Se quedaron en silencio, fijos uno en el otro, sincronizando la respiración y dejando pasar los segundos. Finalmente, los labios de Maya se atrevieron a susurrar las siete letras.
—Dimitri...
Fue suficiente para hacerlo reaccionar. Se había quedado mirándola como un bobo y ya era hora de recomponerse.
—¿Ahora me llamas por mi nombre? —Le sonrió, esforzándose por recuperar el porte. —No deberías darte esas confianzas.
—Es así como te llamas, ¿no? —Maya también recobró su temperamento habitual y le replicó a la defensiva. —¿O es que prefieres que te llame como siempre, de la Vega?
Él le sacó la lengua en un acto infantil y ella frunció el entrecejo.
—En el fondo no eres más que un crío. —Le espetó.
—Y tú una bocazas. —Contestó él, reteniéndola todavía. —Debería cerrarte esa boquita de piñón ahora mismo para terminar bien el día.
—¿Y por qué no lo haces?
La pregunta le salió sin otro propósito que el de contestarle, pero no de la manera en que él la interpretó.
Dimitri se enserió de golpe. Había querido desviar la atención, pero era inútil. Estaba de nuevo mirándola, posándose en sus labios con peligroso

silencio. ¿Hacerla callar? ¿Era eso lo que realmente estaba pensando?
El ambiente se cargó entonces de una extraña energía que ambos pudieron percibir.
El profesor elevó su mano desde la cintura hasta el rostro de la muchacha para acariciar el femenino arco de Cupido y descendió lentamente con el pulgar al labio inferior en acatado silencio.
Maya le dejó hacer sin saber por qué. Su cuerpo no le respondía y volvía a estar hipnotizada como una tonta por su mirada.
El verde en sus ojos le parecía más bonito que nunca; vivo como el pasto de los Pirineos, intenso, atrayente... sintió que tenía que decirlo en voz alta, pero cuando entreabrió la boca, sus palabras quedaron ahogadas con la de Dimitri.
Fue toda una sorpresa para sus sentidos y en especial para el común. Jamás lo habría creído posible. Si alguien le hubiera dicho que esto pasaría, lo habría mandado a freír espárragos antes que aceptar semejante destino. Sin embargo, estaba sucediendo. Dimitri la estaba besando; y aunque habría podido apartarlo, no se resistió.
El misterioso efecto que había estado experimentando en el estómago trepó por sus venas hasta el pecho, esparciéndose por todo su cuerpo y llenándola de una cálida sensación que le provocó un cosquilleo más abajo en la cintura.
Cerró los ojos, dejándose seducir por su boca, permitiéndole juguetear un poco con la lengua y descubrió, con gran fascinación, que le estaba gustando.
Dimitri deslizó la mano hasta su nuca y la atrajo más hacia él, ayudándose de la que tenía en la cadera. Sus labios continuaron explorando los de Maya mientras la acariciaba con suavidad, sintiendo el tacto de sus brazos desnudos bajo la palma de las manos y regresando a la espalda cuando ella los subió hasta su cuello para magrearle el pelo con desesperación.
De repente, la oyó gemir y recobró conciencia de lo que estaba haciendo. Retrocedió lentamente, atrapando el labio inferior de su doncella con los dientes antes de dejarlo ir por completo y se le escapó el aliento al contemplarla. Sus ojos continuaban cerrados, pero su dulce boca se había teñido de un tono carmesí, al igual que sus mejillas. Subía y bajaba el pecho a un ritmo vertiginoso y habría jurado que temblaba, pero no de frío porque sus brazos se habían vuelto cálidos como el fuego.
El también estaba acalorado; más que ella posiblemente, y lo notaba... ¡por supuesto que lo notaba!
Tragó saliva, haciendo un esfuerzo por despegar las manos de su alumna y ella abrió los ojos. El corazón se le detuvo un instante y apretó los labios, cerrando el acceso a su garganta para evitar que se escapara el gato.
Maya se llevó una mano a la boca, tragando igualmente lo que quedaba de su sabor y bajó la mirada con vergüenza, un gesto que le pareció encantadoramente inoportuno; y aunque habría podido besarla otra vez, la interrumpió cuando ella intentó mencionar nuevamente su nombre.
—Di...
—La lluvia ha parado. —Dimitri se echó hacia atrás y retiró su brazo

adormecido. Acto seguido, se levantó tan rápido como pudo y fue a recoger su chaqueta como si nada hubiera pasado. —Deberíamos regresar con los demás... o empezarán a preocuparse. —No miró a Maya cuando comenzó a caminar pero tuvo que darse la vuelta a los pocos metros, consciente de que ella no lo seguía. En efecto, se había quedado mirándolo desde el suelo, incapaz de reaccionar.
Se prohibió a sí mismo acortar las distancias y la azuzó con palabras.
—Venga, levántate. Ya deben estar todos esperando.
Aguardó unos segundos hasta que la vio parpadear y supo que había regresado por fin a la realidad. Reanudó el paso y suspiró de alivio cuando la escuchó marchar a sus espaldas.
****
Maya se mantuvo unos metros por detrás de él durante la pateada de vuelta, con la cabeza gacha y llena de incógnitas. Sentía las palpitaciones desbocadas de su corazón y respiraba con dificultad, repitiendo la escena una y otra vez en su mente y levantando levemente la vista de vez en cuando para observar la espalda rígida de Dimitri a medida que se acercaban al destino.
Cuando alcanzaron el museo, el profesor se excusó por llegar tarde y Héctor reparó en su compañera de clase, interpretando su vergüenza de manera errónea.
—¡Ja! ¡Menudas pintas, tía! —Se mofó. —¿Te has caído al río o...?
—¡González, cierra el pico! —La amonestación del profesor no sólo dejó al muchacho mudo, sino que consiguió acallar las voces de fondo de todos los demás hasta que éste se despidió de Mario Herrera con agradecimiento por su colaboración y los guió a todos de vuelta al autobús.
Esta vez, Maya fue directa a los asientos del final, lo más lejos posible de Dimitri, quien la observaba disimuladamente a través del retrovisor del conductor.
Cuando llegaron al instituto, la despedida fue rápida. Todo el mundo se fue a su casa y el profesor y la alumna no volvieron a intercambiar palabra en lo que quedaba de semana.

Capítulo 7

7

Era lunes y Maya volvía de la cantina, donde había ido a comprar el almuerzo por no habérselo preparado cuando tocaba.
Casi sin darse cuenta, sus pies la condujeron hacia la biblioteca para evitar el pasillo central. Detenida frente a la doble puerta, supuso que Lara estaría ahí dentro, ya que llevaba semanas rodeándose de libros en cada recreo en vez de salir a tomar el aire. Maya sabía que no era saludable, pero cualquiera le llevaba la contraria al ratoncito de biblioteca. Últimamente estaba de bastante mal humor.
A decir verdad, apenas habían podido intercambiar palabra durante toda la semana. Lara no se conectaba al chat y ella... tampoco. Seguía teniendo a CavalleroV agregado en su lista y tenía miedo de enfrentarse a una conversación con él; sobretodo tras lo sucedido el miércoles anterior.

Sin embargo, como buena amiga, y aprovechando que había comprado dos doughnuts por la mitad de precio, Maya decidió que compartiría uno con ella. Un dulce era la excusa perfecta para pausar el trabajo, charlar un rato y desahogarse... Quizás ambas lo necesitaban.
Ya dentro, fue directa a la zona de lectura, con las mesas y algún que otro estudiante; como Eric Banir, uno de los veteranos más brillantes del instituto. Era un año mayor que ella y parecía bastante ocupado, así que no se detuvo a saludarlo para no molestar.
Echó un vistazo rápido sin localizar a Lara y se preguntó si no estaría en el compartimento de las fotocopias o consultando los catálogos en algún ordenador.
Retrocedió unos pasos y se coló por el largo pasillo lleno de estanterías que finalizaba su recorrido en uno de los extremos de la biblioteca. No encontró ni rastro de su amiga en la escasa cola para la máquina fotocopiadora ni tampoco en los ordenadores.
Cuando ya iba a darse por vencida, decidió realizar un último intento, recorriendo de nuevo el pasillo hasta la otra punta para comprobar si no estaría en lo que llamaban familiarmente “la cueva”. Se trataba de un rinconcito que, a causa de la distribución de la biblioteca, formaba una península cuadrada y aislada del conjunto principal, rodeada de estanterías con una mesa en medio. Sin duda, era el lugar más tranquilo de aquel laberinto y también el más apartado. Francamente, el escondite perfecto para deborar una deliciosa berlina sin que les llamaran la atención.
Giró la esquina con una sonrisa, esperando encontrarse con su amiga, mientras sujetaba la bolsa en mano... y se detuvo en seco, dejándola caer sin querer.
Dimitri levantó la vista del libro que tenía sobre la mesa y sus pupilas verdes divisaron las de Maya a través de sus gafas de lectura. Por un instante, el silencio reinó incómodo y sus cuerpos se negaron a

reaccionar; hasta que ella recobró algo de control y se dio la vuelta como alma que lleva el diablo. Apenas pudo dar un paso que él se levantó.
—Lozano...
La muchacha se quedó quieta, clavada en el suelo como una estaca y con la boca más seca que un bastoncillo de pan.
Habria dado lo que fuera por desaparecer, quizás dejar que se la tragara la tierra... pero no se veía preparada para encararlo. Todavía era pronto.
Dimitri, por otro lado, no se movió del sitio; tal vez, para no asustarla más, aunque no se abstuvo de comunicarse con ella.
—Tenemos... que hablar. —Su voz vibró ligeramente, pero Maya ni siquiera se dio cuenta; estaba demasiado absorta intentando pensar en una excusa para escabullirse.
Sin darse ni siquiera la vuelta, le respondió: —T-tengo que irme; m-mi amiga me... me está esperando. —Lo intentó por segunda vez, pero no hubo suerte. Él la detuvo nuevamente con su voz.
—Quiero dejar las cosas claras. —Y como ella se negó a mirarlo, prosiguió.
—Lo que pasó durante la excursión... no pasó.
Maya pestañeó con el ceño fruncido, ¿Que no pasó? ¿Se refería al beso? Algo en ella se molestó. ¿Cómo que no pasó? ¡Por supuesto que pasó! ¡Y precisamente por eso no había podido pegar ojo en toda la semana! Se pasaba las noches rebobinando y dándole al play en su cabeza, repitiendo la escena una y otra vez, abrazando la almohada mientras intentaba entender la angustiosa presión que le oprimía el pecho cada vez que se acordaba de aquellos ojos verde selva... ¡¿Y decía que no había pasado?!
Un extraño valor la instó a darse por fin la vuelta y enfrentarlo. En aquel momento, su miedo se transformó increhíblemente en confianza y vomitó la pregunta.
—¿Por qué lo hiciste?
Dimitri se permitió una pausa de dos segundos antes de responderle con otra.
—¿Has comenzado ya tu trabajo?
Ella no aceptó su intento por desviar el tema.
—¿POR QUÉ lo hiciste? —Repitió con voz más grave.
El profesor se lamió los labios con incomodidad, sabiendo que no saldría ileso de la situación. Ni siquiera podría huir ahora que su alumna bloqueaba la salida de aquella madriguera literaria.
Su única escapatoria era el sarcasmo. Si la provocaba lo suficiente, tal vez se largaría.
Sonrió, simulando indiferencia, y se encogió de hombros.
—Me provocaste tú, ¿no lo recuerdas? Me desafiaste a que cerrara tu boca y eso es lo que hice. Sencillo.
Ella enarcó una ceja y no se dejó convencer.
—No necesitabas hacerlo con la tuya...
—Tenía las manos bloqueadas. —Se defendió él, desviando la mirada.
—Además, creo... —sus labios se tornaron en una mueca, como si pensara —sí; creo que había bebido hidromiel aquella tarde... puede que se me subiera a la cabeza. —Y añadió con aire teatral: —Todo es tan confuso...
—No olías ni sabías a alcohol. —Insistió ella, apretando los puños mientras

recordaba su sabor.
—¿Estás segura? —Le cuestionó, devolviéndole una sonrisa de dientes blancos.
Dimitri se estaba haciendo el longuis expresamente y Maya lo sabía. Ahora se daba cuenta de lo estúpida que había sido al temer por su reencuentro. El profesor se lavaba las manos, como si el incidente hubiera sido una broma sin importancia; y eso la ponía de más mal humor. Apretó los labios y respiró hondo una vez para no dejarse llevar por las emociones. Luego se cruzó de brazos con determinación. No se iría de allí hasta que consiguiera una respuesta convincente; y se lo remarcó.
—Tengo todo el recreo y no me importa saltarme la clase de Mates. —Lo desafió. —No pienso moverme hasta que me digas por qué me besaste.
Él echó la cabeza hacia atrás y suspiró con desgana, dándose tiempo para pensar en una réplica, pero al final optó por la directa.
—No significó nada. —Su expresión se tornó seria.
—Nada. —Ella sonrió sin humor. —¿Y ya está? ¿Te piensas que me conformaré con eso? Mójate un poco más. —Le reclamó. —No creo que vayas repartiendo besos por vicio.
Él negó con la cabeza y se quitó de una vez las gafas para masajearse el puente de la nariz.
—Vamos a ver, Lozano... yo te he dado mi respuesta. —La volvió a mirar. —La tomas o la dejas. Así de simple. Y no te ofendas, pero estás paranoica si crees que podría tener algún interés en ti. Para empezar, no eres mi tipo.
Maya se ofendió, pero no se lo demostró.
—¿Y tú qué? ¿Crées que me importas? —Le espetó. —No te hagas ilusiones, de la Vega; tengo el listín bastante más alto.
Él sonrió, complacido por la oportunidad.
—En ese caso, no veo por qué insistes en recordar lo que "no" pasó. ¿No sería mejor que lo dejáramos en el olvido y nos hiciéramos un favor mutuamente?
Touché. Maya reprimió un gemido de fastidio. Tenía razón, habría sido más fácil hacer borrón y cuenta nueva, pero se sentía ultrajada. Dimitri se había apropiado de su boca y de su orgullo. Por fortuna, no del primer beso, ya que lo había compartido con cierta persona en primaria... pero eso no era digno ni de recordar.
En fin, no podía hacer como si nada. Su profesor no tenía derecho a jugar con ella de ese modo... y al pensar eso, se le ocurrió algo.
—Podría denunciarte.
Dimitri elevó las cejas en una confusa expresión, pero sus ojos se achinaron enseguida y sus labios se arquearon con malícia.
—Adelante, hazlo. —La retó. —No he hecho nada malo.
—Te aprovechaste de...
—Y me dejaste hacerlo. —La cortó, haciéndola callar. —¿En serio me quieres cargar el muerto, Lozano? Tú tampoco hiciste nada por impedirlo, ¿me equivoco?
Maya abrió la boca pero tuvo que volver a cerrarla. No podía negarlo. Desvió la mirada con vergüenza, asumiendo su parte de culpa por haber

aceptado el beso. Aunque la carcomiera por dentro, tenía que admitirlo: Dimitri no había usado la fuerza bruta en ningún momento. Ni falta que le hacía. Ella solita se había dejado encandilar. Y lo peor era... que la experiencia le había resultado hasta gratificante en su momento.
Él suspiró de nuevo y apoyó las manos encima de la mesa, cansado ya de tanto batallar.
—Mira... voy a serte sincero. No lo sé. —Confesó. —No sé por qué lo hice y me parece una estupidez. ¿Tanto importa? Ni siquiera nos gustamos. Y te aseguro que no sentí nada de nada —añadió.
Maya levantó la mirada con decepción; un sentimiento que no pasó desapercibido a los ojos del profesor. ¿Acaso... había tocado una tecla que no debía?
Cuando ella se percató también de su propia reacción, comenzó a boquear, incapaz de articular palabra.
Dimitri, aunque sorprendido, decidió poner fin a la situación antes de que empeorara. Arriesgándose a abandonar la protección de su mesa, recogió los dos libros que tenía y se dispuso a realizar una salida de emergencia. Aprovechando que Maya no estaba del todo atenta, viró ligeramente hacia su derecha, avanzando con cautela mientras le hablaba.
—Hazme caso; será mejor que demos por zanjado el tema. —Y pasando por su lado, murmuró: —Nos vemos el miércoles.
Maya sintió un nudo en el estómago y el pánico la invadió. No podía dejar que se fuera tan tranquilo; ella no lo estaba. Quería que supiera lo que había conseguido por culpa de aquella "estupidez", como él la llamaba. Necesitaba... no; exigía que lo entendiera.
Se dio la vuelta como un rayo y agarró el brazo de su profesor con cierta desesperación.
Dimitri le devolvió la mirada en cuanto sintió el tirón y ella quiso decírselo; quiso gritar, enfadarse, echarle en cara su pésimo tacto, abofetearlo e insultarlo... pero no hizo nada de eso.
Su cuerpo se inclinó un instante, poniéndose de puntillas, y sus brazos atraparon los hombros de aquel canalla para guiarla hacia su boca.
La unión de sus labios fue dulce, como el roce de una pluma sobre la piel. Un cálido contacto, deliciosamente húmedo y breve que consiguió hacerla temblar.
Dimitri dejó caer los libros sin darse cuenta, perdido por un segundo en aquel regalo que estaba recibiendo, totalmente desprevenido.
Abrió la boca un poco más, pero Maya retrocedió y se separó de él, dejándolo sin aliento.
Apenas reparó en lo que había hecho, a ella sólo se le ocurrió una réplica.

—Ahora estamos en paz.
Y salió disparada, rauda como una centella.
Dimitri la oyó alejarse con la mirada completamente perdida. Cuando logró reaccionar, se asomó al pasillo con el corazón a mil, pero ya se había esfumado.
Apoyó la espalda en la estantería, recuperándose de la impresión y sintiéndose como un imbécil. Ahora lo entendía. Conocía la razón de aquel

beso bajo la lluvia; y aunque no quisiera admitir lo que se le estaba pasando por la cabeza... tuvo que hacerlo, porque ese beso... le había gustado. Mucho. Demasiado.
—No... —gimió, llevándose las manos a la cara. —Esto no...
****

Maya, por su parte, continuó corriendo como si estuviera en una maratón; como si se jugara la vida a cada paso, alejándose de él y lista para explotar. El corazón le latía con implacable fuerza y sentía los espasmos de todo su sistema nervioso. Tenía ganas de gritar, de reír y llorar al mismo tiempo, de saltar, de seguir corriendo y no regresar... y cuando llegó al final del pasillo de aulas, cuando logró detenerse... se desplomó en el suelo con lágrimas en los ojos.
No comprendía por qué lo había hecho. No entendía su cuerpo ni sus deseos. Estaba desorientada y temblaba como una hoja con una sola pregunta en mente: ¿cómo podría mirarlo a la cara de nuevo?

Capítulo 8

8

Cuarenta y ocho horas. Ese era el límite hasta el inevitable reencuentro; y ni siquiera las vió pasar.
Los alumnos asistieron a la clase como siempre, ajenos a lo sucedido y a toda la tensión que reinaba en el aula ahora que ambos estaban presentes.
Maya había llegado puntual como de costumbre y con la mente despejada para variar. Se había pasado los dos días pensando y pensando. Varios dolores de cabeza y un pequeño ataque emocional después, había llegado a una conclusión bastante razonable... aunque no fácil de aceptar.
Le atraía su profesor; quizás más de lo que lograba admitir. Y aunque había decidido actuar con naturalidad en medio de sus compañeros, le estaba costando respirar.
Por otro lado, Dimitri había llegado con su cara de siempre y sin reacción alguna hacia Maya. Ni una mísera palabra. De hecho, al pasar lista, la había mirado como si nada, cuan mueble en una habitación. Ningún interés, ni siquiera un pestañeo y la muchacha ya estaba mordiéndose las uñas.
¿Iba en serio? ¿Tan poca importancia le daba al "roce" que habían sufrido a solas? Al fin y al cabo, él se lo había dejado bastante claro desde el principio: "lo que pasó durante la excursión... no pasó". Claaaaro, como si fuera tan fácil de ignorar.
A pesar de todo, Maya no podía lidiar con él en clase, de modo que aguardó pacientemente, ayudando a que la lección transcurriera sin percances. Curiosamente, hasta Héctor se comportó.
Cuando llegó el momento, la paciente Ginebra esperó su turno para intentar un nuevo preámbulo en privado con su Lancelot. Tenía intención de sincerarse, aunque conociera el riesgo y, muy probablemente, las burlas que vendrían después.
Sin embargo, cuando comenzó a recoger las cosas para disimular, se percató de la rapidez con que él guardaba las suyas. No cabía duda; el muy cobarde tenía intención de huir.
Apenas logró meter la carpeta en la mochila que Dimitri ya estaba saliendo por la puerta.
Con el estuche en mano y el saco medio cerrado, corrió tras él, siguiéndolo a través del pasillo de las taquillas y en dirección a la sala de profesores. Si el susodicho lograba colarse por la puerta le haría falta una buena excusa para hacerlo salir y no la tenía preparada.
Por suerte para ella, el director, Manuel Pizarro, salió de la sala y lo detuvo a dos pasos del objetivo, dándole tiempo también para terminar de guardar sus cosas.
Dimitri supo de la presencia de Maya a sus espaldas sin necesidad de mirar y dejó escapar el aire contenido por la nariz, disimulando mientras el director le comentaba el cambio de hora para la reunión que tendrían

aquella tarde.
En cuanto Pizarro se fue, alargó la mano hacia al pomo de la puerta, pero Maya puso la suya encima para detenerlo.
—Tengo que hablar contigo. —Le dijo con firmeza.
—No hay nada que hablar. —Y ni corto ni perezoso le apartó los dedos, pero la muchacha insistió, agarrándole la camisa.
—Dimitri, por favor...
La puerta se abrió de nuevo para dejar salir a dos docentes y Maya tuvo que soltarlo para no llamar la atención. Sin embargo, y aunque el timbre ya había sonado, el profesor desistió.
Ambos permanecieron estáticos, esperando a que los pasillos se vaciaran mientras los últimos maestros salían en dirección a sus clases y saludaban a Vega sin reparar en su alumna.
Cuando todo el piso quedó en silencio, Dimitri se puso por fin en acción, tomándose la situación por su mano y agarrando a Maya del brazo para arrastrarla hasta los lavabos, por si acaso. Una vez dentro, la soltó.
—Te doy sesenta segundos para que digas lo que tengas que decir. —Le advirtió. —Canta.
—¿Eh? —Ella pestañeó. —Oye, un momento. Necesito...
—Cincuenta y cinco segundos. —Replicó él, golpeando el suelo con la planta del pie.
—Vale, vale... —Maya se puso nerviosa. —Esto... —No sabía por dónde empezar.
—Cincuenta. —Insistió Dimitri.
—¡Argh! ¡Para ya! —Se quejó la pobre. —¡Ni siquiera me estás tomando en serio!
—¿Debería?
—Sí. —La muchacha dejó escapar el aire de sus pulmones con rabia.
—Deberías. Para empezar, si no me hubieras besado no...
—Te repito que fue una estupidez. —La interrumpió. —¿Por qué carajos no lo olvidas ya?
—¡Porque no puedo! —Gritó ella. —¡Me gustaría, pero no puedo! ¡Llevo una semana comiéndome el tarro por culpa de lo que pasó; y en la biblioteca...! —sintió que se le formaba un nudo en la garganta y reprimió un gemido, llevándose las manos a la cara con vergüenza.
¿Qué pretendía decirle? ¿Que se había quedado prendada de él con un simple beso? Eso sí era una estupidez. Sabía que la tomaría por inocentona; una patética cría que se dejaba seducir fácilmente. Y le dolía; le dolía como si la atravesaran con una lanza porque, en el fondo, había terminado suspirando por aquel al que más odiaba. ¡¿Cómo era posible?!
Dimitri aguardó en silencio con mucha paciencia, pero su cronómetro interno ya estaba llegando al límite. Harto de perder el tiempo, decidió ponérselo fácil.
—Quieres aprobar mi asignatura, ¿cierto?
Aquella pregunta la sorprendió. Levantó la vista y se dio cuenta de que él había tomado una decisión que, aunque no guardara relación con su verdadero propósito, si podía ponerla entre la espada y la pared.
Su vocecilla consiguió pronunciar un —Sí, pero...

—Hagamos un trato entonces. —Le dijo él. —No voy a darte un aprobado por la cara pero, con un mínimo de esfuerzo, prometo no suspenderte y... darte puntos extra si te olvidas finalmente de toda esta tontería y volvemos al punto de partida. Creo que es una buena oferta.
Maya se quedó sin habla. ¿Lo había oído bien? ¿La estaba comprando con sus notas?
Su orgullo se desinfló. Ese era el precio que él consideraba justo por su silencio. Un mísero aprobado... bueno, quizás un bien o un notable... pero un simple ajuste de cuentas al fin y al cabo. Ni siquiera le importaban sus sentimientos. Era un caradura que prefería deshacerse del problema antes que encararlo.
¿Ese era el hombre al que intentaba declararse? ¿Un vanidoso que pasaba olimpicamente de ella y que le haría daño en cuanto soltara prenda?
Su corazón se llenó de tristeza y sintió de nuevo esa lanza atravesándola, desgarrándola por dentro y haciéndola sentir como una hormiguita frente a una enorme y amenazante zapatilla.
Los ojos se le llenaron inevitablemente de lágrimas y cuando quiso darse cuenta ya le estaban resbalando por la mejilla.
El sollozo tomó de sorpresa al profesor, que se quedó parado sin saber qué decirle. ¿No le había propuesto algo bueno? Esas no parecían precisamente lágrimas de felicidad...
—Lozano...
—Soy burra. —Sentenció ella, gimiendo con las palmas en los ojos. —Soy burra, soy burra, soy burra...
Dimitri se lamió los labios, sabiendo que lo que dijera podía agraviar el llanto, y se arriesgó sin más opciones.
—Oye... no sé por qué te pones así, pero hablo en serio con lo de aprobarte. Es lo que quieres, ¿no?; luego, no veo dónde está el pro...
Maya lo hizo callar con la mirada.
—¿Lo que quiero? Tú no sabes lo que quiero. —Lo acusó. —Ni siquiera te importa. —Aunque no lo viera bien a través de las lágrimas, se envalentonó ante su silencio. —¿Crées que a estas alturas me preocupa una asquerosa nota hasta ese punto? ¡Piensa otra vez! ¡¿Por qué no bajas un poco los humos y te pones en mi lugar?! ¡No eres más que un cachondo! ¡Te has reído en mi cara desde que todo empezó!
—¡Eh! —A pesar de haberle dado algo de cuerda, no le dejó pasar los insultos. —Sigo siendo tu profesor, así que cuida esa bocaza o te abro un expediente.
Maya negó con la cabeza, curada de espanto y con más rabia que antes.
—Siempre amenazando. Eso es lo único que sabes hacer. —Le espetó con asco, antes de echarse a reír sin ganas. —He perdido el tiempo como una imbécil. Tendría que haberme pegado un tiro en cuanto comencé a sentirme así.
—¿De qué carajos estás hablando? —Dimitri ya estaba de lleno en la discusión, también enfadado. —Te he dado la oportunidad de arreglar esto como adultos y encima me...
—¡Estoy colada por ti! —Arremetió ella, haciendo que el grito resonara en toda la habitación. —¡Soy burra y no dejo de pensar en ti a todas horas!

¡Eso es de lo que estoy hablando!
Cuando se dio cuenta, ya era tarde para echarse atrás.
Dimitri había perdido por completo su rostro ceñudo y la miraba como si la "notícia" lo hubiera noqueado. Tras una breve pausa en la que ella tampoco pudo moverse, las comisuras de su boca se curvaron en una sonrisa incrédula. Aunque la abrió con intención de decir algo, no lo logró y terminó llevándose la mano a la mandíbula.
Maya, muerta de vergüenza por haberle confesado finalmente sus sentimientos, tragó saliva y bajó la mirada a sus pequeñas manos sin saber qué hacer con ellas.
Se había dejado llevar por las emociones otra vez y ahora estaba demasiado asustada como para encarar las consecuencias. Sin embargo, fue él quien rompió el silencio en primer lugar.
—¿Por qué me lo pones tan difícil...?
La pregunta no iba con rencor. De hecho, su voz había sonado tan dulce como lo es la miel en un vaso de leche. Y fue eso precisamente lo que le dio fuerzas a Maya para devolverle la mirada que tenía posada en ella. En cuanto sus ojos conectaron, supo que se había precipitado en sus deducciones.
El profesor no iba a burlarse de ella; ahora lo sabía.
A pesar de todo, apenas tuvo tiempo de secarse las lágrimas con la manga de su jersey, que la repentina calma se vio interrumpida por unas voces que llegaban del exterior.
En breve, el pomo de la puerta giró y Dimitri tuvo los justos reflejos para atrapar a Maya y arrastrarla con él hacia uno de los compartimentos. Sentado en la tapa del inodoro con los pies anclados en la puerta para evitar que lo vieran, la sostuvo a ella en brazos, apoyada en sus piernas y abrazada inevitablemente a su cuello para no caer. Ante su expresión interrogatoria, se llevó un dedo a los labios para pedirle silencio.
—Tío, estoy de las mates hasta las narices. —Uno de los chavales de cuarto abrió la puerta seguido de su compañero, quien fue directo al asunto mientras el primero continuaba hablando.
—Por cierto, Óscar, ¿vas a ir a la fiesta de Brad?
El susodicho no respondió enseguida.
—No lo sé.
—Estarán todos... —insistió su compañero, añadiendo con voz cantarina: —y todas.
Óscar gruñó, cerrando por fin la cremallera de su pantalón y se dirigió al grifo para lavarse las manos.
—Creo que paso.
—Venga, tío, te animarás. —Lo azuzó el moreno. —Puede que hasta ligues y todo.
El aludido le lanzó una mirada airada.
—¿Qué? —Su amigo se encogió de hombros. —Allí siempre hay tías buenas.
—No necesito a nadie. —Se enfurruñó Óscar. —Las chicas sólo traen problemas.
—Ya... —el otro se dio por vencido. —Bueno, tú sabrás. Yo voy a ir; y

David también. Creo que quiere aprovechar para ligarse a Jelena.
Óscar se agarró al lavabo con un sonoro estruendo y el otro se asustó.
—Tío... ¿estás bien?
—Sí... no es nada. —Respondió él, tomándose un instante para recuperar el ritmo de su respiración.
—¿Estás seguro? ¿Quieres que vaya a...?
—No. Voy a irme a casa.
—¿Eh? —Su compañero se sorprendió. —¿Vas a hacer campana? Pero si tienes todo en clase...
—Me da igual. —Con paso decidido, Óscar se apartó del espejo y se dirigió a la salida a toda prisa.
—¡Eh, espera! ¡Oye...!
Y así, tras una salida precipitada, el cuarto volvió a quedarse vacío.
Dimitri y Maya se mantuvieron unos segundos en aquella posición, completamente estáticos, hasta que las voces se perdieron en la lejanía con el riesgo a ser descubiertos.
El profesor suspiró de alivio y descendió suavemente los pies al suelo, agarrando bien a Maya para no dejarla caer. Ella, por su parte, permaneció en sus brazos sin soltarse.
Cuando sus ojos se encontraron finalmente, el silencio devino un conjunto de sonidos guturales que acabaron transformándose en carcajadas.
Parecían dos adolescentes escondiéndose de una travesura, compartiendo un secreto que los había unido hasta un límite que no sospechaban. Sólo cuando se les acabó la risa, mirándose uno al otro, se dieron cuenta de que las cosas habían cambiado.
Maya tragó saliva y decidió arriesgarse al deslizar sus pequeños dedos por la nuca de Dimitri, acariciándola con instinto y deseando que no la rechazara.
Él no movió un dedo hasta que tuvo su boca a escasos centímetros. Posando la mano en su mejilla, se dio por vencido y dejó escapar el aire atascado en los pulmones, rozando su nariz con la de ella.
—Me vas a traer problemas, Lozano... —Su voz sonó más ronca de lo que pretendía, pero logró hacerla sonreír.
—Cuento con ello, de la Vega.
Maya eliminó la distancia que separaba sus labios y lo besó, sintiéndose correspondida cuando él la atrajo hacia sí y profundizó en el contacto, dejándose llevar finalmente por el deseo de amarla.
Y aquel no fue el último encuentro.

Capítulo 9

9

Desde entonces, las visitas de incógnito a los servicios se hicieron frecuentes para Maya y Dimitri, especialmente cuando todo el mundo se iba a casa. Sin embargo, mantener el secreto era duro cuando se encontraban en clase.
Sus miradas de soslayo o las sonrisas disimuladas eran un riesgo que no podían evitar. Afortunadamente, nadie en el instituto parecía sospechar nada, aunque también era cierto que los alumnos no habían pasado por alto el cambio en la actitud del profesor. Su guerra habitual con Maya había cesado repentinamente y estaba de mejor humor, algo que les parecía extraño, pero con el paso de las semanas terminaron por acostumbrarse.
Aparte, actualmente corrían otros rumores por el instituto que llamaban más la atención. Y es que la fiesta de Brad Spencer, el guaperas más popular de cuarto, había causado furor esta vez debido al guardaespaldas de Eileen Carleton, otra perla del mismo curso, que había montado un buen marrón. Sin duda, una buena distracción, pero esa era otra historia.

****

En la última semana de Mayo, la masa estudiantil estaba más concentrada en los futuros exámenes que en cualquier otro asunto y todo parecía transcurrir con normalidad. Sin embargo, aquella calma no podía durar, y no por los suspensos que vendrían después.
Iniciado el recreo, Maya fue al baño; no para encontrarse con Dimitri, puesto que a aquella hora sería imposible estar a solas.
Pensando en sus cosillas, oyó que algunas chicas entraban en los servicios mientras charlaban en voz alta, riendo de sus cotilleos sin importancia. No obstante, la última conversación sí logró captar su atención.
—¿Al final qué pasó con Carlota? —Preguntó una rubia llamada Elle.
—Pues no lo sé. —Respondió la que llevaba el nombre de Blanca.
—Después de que eliminara el blog, nadie más supo de ella.
—Es una pena, molaba mucho. —Añadió una tercera. —Aunque me sabe mal por Evans. Y pensar que Collie lo engañó... ¿cómo se puede ser tan... arpía?
—Pues yo creo que es mejor así. —Comentó Elle. —Uno de los de bachillerato me ha dicho que el profe lo estaba pasando fatal. Creo que hasta el director había amenazado con despedirlo si continuaba dándole cuerda. Después de todo, ella es todavía una menor.
—Pero eso no es justo. Carlota tendría que haberse desenmascarado por lo menos, aunque fuera para terminar bien. Incluso si no podían terminar juntos...
—Lena, la vida no es justa. —Le respondió Blanca. —De hecho... creo que

la entiendo. A veces es mejor... olvidarse de todo y seguir adelante.
—¿Lo dices por Eric? —La azuzó Elle, recibiendo una mirada ofendida por parte de la pelirroja.
—¿Tanto cuesta ponerse en la piel del otro? —Musitó Jelena, angustiada.
—Maldita sea.
Elle también le metió baza.
—¿Óscar otra vez?
—¿Cómo lo sabes?
—Se te nota en la cara.
La muchacha suspiró.
—Sí... Ya no sé qué más hacer. No atiende a razones y empiezo a estar harta de intentar... que cambie.
—Las personas no cambian. —Murmuró Blanca, cabizbaja. —Y cuando se arrepienten ya es demasiado tarde.
De pronto, las chicas se miraron.
—Esto... Eileen también estará bastante arrepentida...
—Sí... yo también lo creo. —Secundó la rubia.
—Tendríamos que haberla apoyado en vez de enfadarnos. —Admitió Jelena. —Al fin y al cabo somos sus amigas... ¿no deberíamos...?
—Sí; deberíamos. —Asintieron las otras dos, recuperándose de la pena.
—Hablaremos con ella cuando vayamos a la cantina. —Decidió Elle.
—¿Estáis de acuerdo? —Las otras asintieron. —Ah, y tú más vale que hagas también las paces con Lara. —Le advirtió a Blanca.
—Es ella quien no quiere hablarme.
—Pues ponte las pilas de una vez.
Y dicho esto, abandonaron el baño mientras otras entraban con nuevo jaleo, empero, no se dieron cuenta de lo que dejaban atrás.
Maya temblaba como una hoja en la taza del inodoro, aterrorizada por su descubrimiento. Las palabras se mezclaban en su cabeza, dándole un nuevo sentido a lo que en un principio le parecía inocente. "El director lo había amenazado con despedirlo... ella es todavía una menor... no hubieran podido terminar juntos..."
Aunque no fuera la única enamorada de un profesor, había olvidado las consecuencias que podía acarrear su relación. En realidad no tenía porqué pasar nada si nadie se enteraba pero... ¿podrían mantenerlo en secreto? Carlota no había llegado al contacto físico con Evans; ella sí y no había cumplido aún los dieciocho. Si alguien los veía juntos se armaría una buena. Dimitri podría perder efectivamente su trabajo y ella... aparte de las burlas y los cotilleos, ¿cómo afectaría eso a su expediente? ¿Tendría que despedirse de la universidad a la que quería ir? ¿Qué fama le darían? ¿La obligarían a marchar del instituto también? Quizás tendría que ver a un psicólogo y todo...
—Calma... —Se dijo a sí misma, respirando profundamente sin inmutarse por el desagradable olorcillo del compartimento.
Dimitri también formaba parte del problema. Tenía que hablar con él y decírselo. Puede que tampoco lo hubiera pensado, más no podría hacerlo durante las próximas horas. Estaría probablemente en la sala de profesores, pero sería mejor esperar a la tarde, aprovechando que era

miércoles. Y así lo hizo.
Las clases de inglés y literatura clásica no pasaron precisamente rápido, aunque Maya no pretó atención a las lecciones, perjudicándose sin remedio. Con las inminetes pruebas de acceso a la universidad los alumnos de segundo de bachillerato eran, actualmente, los más presionados y también los que tenían que dar ejemplo. A pesar de todo, algunos habían decidido abandonar una vez se sacaran el curso y no volver a pisar una aula en la vida. Una resolución que algunos cambiarían con el paso de los años, pero los profesores no se entrometían con los de ideas fijas.
Por otro lado, ¿podía compararse el sufrimiento estudiantil al de perder a quien más se ama? Maya tenía la respuesta. Nada era peor que eso. Ni aunque la hubieran torturado no se habría sentido tan hecha polvo. Había perdido hasta el apetito y le costó trabajo terminarse las salchichas con puré de la cantina. Sin embargo, aguantó el miedo como una guerrera hasta llegar a clase de Literatura medieval.
Dimitri pasó lista como siempre, sonriéndole de refilón, y ella le devolvió el gesto lo más naturalmente que pudo, sabiendo que no le serviría disimular.
La hora transcurrió en calma, haciendo hincapié en la entrega límite de los proyectos y la fecha del examen final. En cuanto el timbre sonó, los chavales se levantaron sin demora y se fueron a casa, dejando a la pareja por fin a solas.
—¿Habéis tenido un buen día, princesa? —Él se le acercó con una sonrisa y ella se levantó de un salto para abrazarlo.
El ritual se repetía cada vez que se encontraban. Dimitri había sustituido su "abejita" por "princesa", convencido de que se ajustaba más a su realidad; y tras la misma pregunta, Maya siempre respondía "Sí, mi caballero", más aquella vez, sus palabras fueron distintas: —No, Dimitri.
—Ya me lo parecía. —Él suspiró, sentándola suavemente encima de su mesa. —Has estado muy callada. ¿Qué pasa? —Ella lo miró, a punto de estallar en llanto. —¿Maya?
—Tengo miedo. —Le confesó.
—¿De qué?
—De nuestra relación.
Dimitri enarcó una ceja sin entender a lo que se refería.
—¿Nuestra relación? ¿Lo dices por mí o...?
—No. —Maya se secó un poco los ojos para evitar que se le empañaran.
—Tengo miedo de que alguien se entere de que estamos juntos.
—Ah. —El profesor entendió entonces lo que estaba pasando por su inocente cabecita y no pudo evitar sonreír. —¿Por eso te preocupas tanto?
La muchacha levantó el rostro con reproche.
—Podrías perder tu trabajo.
—No; claro que no. —La contradijo. —Para empezar, se tendría que demostrar que estoy saliendo con una alumna. Y además, no hemos hecho nada malo.
—Soy una menor. —Insistió ella. —Podrían meterte en la cárcel.

—Maya, ni siquiera nos hemos acostado. —La tranquilizó. —A menos que me denuncies tú, nadie más tiene vela en este entierro. Es más, tus compañeros de clase pueden dar fe de que nos llevamos de maravilla ahora.
—Razón de más. —Le atrapó los brazos, estresada. —¿Qué pasará si alguien saca rumores sobre nosotros? Si se enteran mis padres podría armarse una buena. ¡Ellos sí pueden denunciarte!
—¡Maya! Mírame. —La atrapó por los hombros, obligándola a mantener el contacto visual.—No sé qué te hace pensar así de repente, pero no se enterarán. Y aunque lo hicieran, no pasaría nada. Confía en mí. No dejaré que nadie nos separe, te lo prometo. Estaré a tu lado pase lo que pase, pero tienes que calmarte, ¿de acuerdo? Lo nuestro tendría que ser un idilio, no un drama Shakespeariano.
Y tenía razón.
Maya tragó saliva, recuperando el aire y analizando sus argumentos. Quizás sí estaba dramatizando un poco. Después de todo... ¿no se había declarado Collie Carlogne a Evans, el profe de informática? No es que la relación hubiera durado mucho, pero... según tenía entendido, nadie se había opuesto en un principio. Puede que sus padres fueran bastante liberales; tenían que serlo para dejarla ir con alguien tan mayor. En cambio, los de Maya no se lo tomarían tan bien. A pesar de eso, Dimitri sería probablemente el más perjudicado y, sin embargo, no tenía miedo de nada. Tal vez sí podía confiar un poco en su suerte. Si continuaban viéndose en secreto, todo iría bien hasta que ella fuera mayor de edad.
Le hicieron falta unos minutos para calmarse por completo, pero tuvo que admitirlo; no era tan grave como parecía.
Suspiró largo y tendido, aceptando lo absurdo de su reacción, y asintió con más calma.
—Lo siento, tienes razón. Debería... ser más positiva.
—Mmh. —Él le llevó una mano a la mejilla. —Deberías preocuparte más por los exámenes y dejarme el resto a mí.
Ella le sonrió con afecto, dejándose acariciar por sus dedos.
—Lo sé.
El profesor le dedicó una tierna mirada antes de besarla. Por desgracia, la caricia fue muy breve, interrumpida de repente por un estruendo en la puerta del aula.
Héctor les devolvía una mirada atónita, más tieso que un palo, y aunque el incómodo silencio duró una eternidad, cuando pudo articular palabra, fue rápido.
—Lo siento, me he dejado el libro en... la mesa. Ya... vendré a buscarlo mañana. —Dio un paso atrás y se marchó a toda prisa.
—¡González!
Dimitri salió al pasillo, pero él ya había desaparecido escaleras abajo, y cuando se asomó a la ventana para llamarlo de nuevo, Héctor huyó sin hacerle caso.
El profesor volvió a por Maya y ésta se desesperó.
—¡Nos ha visto!
—Cálmate. —La atrapó nuevamente por los brazos. —Escucha; no pasa

nada, ¿vale? Hablaré con él mañana...
—¡No! —Ella entró en pánico. —¡Tienes que hacerlo ahora! ¡Se lo contará a todo el mundo...!
—¡Maya, tranquila! —Aunque le habría gustado mantener la calma, él mismo ya no las tenía todas consigo. —Está bien; lo llamaré, pero recuerda lo que hemos hablado. Superaremos esta prueba juntos, ¿vale?
—Le tomó el rostro entre las manos para obligarla a mirarlo y repitió:
—¿Vale?
—V-vale... —ella asintió varias veces y se dejó abrazar, más preocupada que antes.

Capítulo 10

10

Dimitri no consiguió contactar con Héctor a pesar de intentarlo un par de veces. Aunque, si hubiera sabido lo que le esperaba al día siguiente, no habría desistido con tanta facilidad.
La primera hora en el instituto fue una bendición rutinaria, hasta que los rumores se extendieron por completo. De hecho, llevaban circulando desde la noche anterior, cuando alguien había lanzado la voz a los grupos de mensajería instantánea.
Maya fue la primera en sufrir las consecuencias. Enseguida se vio asaltada por varios compañeros, y en especial chicas, que le preguntaron numerosas veces si su relación con Vega era cierta.
Ella lo negó todo, pero apenas consiguió credibilidad entre todas las burlas y cuchicheos.
Por otro lado, Dimitri no lo tuvo tampoco fácil. En cuanto la noticia llegó a oídos de dirección, la sala de profesores se convirtió en un campo de batalla gracias al jefe de estudios.
—¡¿Tú también, de la Vega?! ¡¿Qué carajos os enseñan en la facultad?! ¡No tenéis vergüenza! —Cortés estaba que se subía por las paredes.
—Es un malentendido como otro cualquiera. —Se defendió él, manteniendo la calma. —Un rumor absurdo.
—¡Absurdo; y un cuerno! ¡Ya he pasado por esto antes, no me vas a tomar el pelo tú también!
Dimitri miró a Evans de reojo, que se aguantaba la risa con mucho esfuerzo, pues conocía de sobra la experiencia, y aunque el director no parecía afectado, Cortés era una nuez dura de roer.
—Estoy segura de que no es para tanto. —Adriana Montejo, la profesora de lengua, acudió en su ayuda. —A mi edad también nos gustaban algunos profesores y no resultaba un problema.
—¿Hasta dónde has llegado con ella? —Insistió el jefe de estudios, ignorando su comentario.
—Ya te lo he dicho, Pedro, no tengo nada con Lozano. —Dimitri mintió, por supuesto, pero el otro apenas le creyó.
—Más vale que sea verdad. —Lo amenazó con el bolígrafo que tenía en mano. —Te lo advierto, Vega; si me entero de que me has mentido, te meteré una denuncia de las que hacen historia. No volverás a trabajar aquí. Y más vale que esto no llegue más lejos.
Dimitri se limitó a sonreirle y, cuando se hubo dado la vuelta, levantó el dedo anular en un gesto obsceno.
Una vez a solas con los otros dos profesores, se dejó caer en la silla.
—Voy a matar a González.
—En serio, ¿cómo os lo hacéis? —Murmuró Adriana, sentándose en frente y refiriéndose también a Evans. —¿Os gustan jovencitas?
—Es más complicado que eso. —Señaló el profesor de informática,

tomando también asiento. —Pero admito que eres el último de quien me lo habría esperado. —Le sonrió con sorna. —Me alegro de no ser el único en pasar por el aro.
—Cállate. —Replicó Dimitri, resoplando. —De esto no tendría que haberse enterado nadie.
—¿Entonces es verdad? —La profesora se interesó por la respuesta.
—Sí... por desgracia.
—Anímate. —Samuel le dio una palmadita en el hombro. —Quedan pocas semanas para que acabe el curso. El año que viene ya no se acordará nadie.
—Eso no es lo que me preocupa. —Confesó el profesor. —Maya es muy influenciable y temo que sus padres se enteren también de esto. Si se diera el caso, tendría que cortar mi relación con ella, al menos hasta que tuviera edad para decidir por sí misma. Con suerte sólo serán unos meses, pero...
—No es para tanto...
Dimitri enarcó una ceja en dirección a su compañero de fatigas.
—¿Hablamos de Silas?
—¿Silas? —Adriana abrió la boca con sorpresa. —¿Latoya Silas? Pero yo creía que...
—Dejemos el tema. —Samuel no quiso mencionar a su alumna, sabiendo que las paredes tenían orejas y que Cortés estaba al acecho. Sin embargo, no negaba que en su caso la espera duraría dos años y medio como mínimo.
—En fin, el año que viene ya irá a la universidad. —Dimitri se cruzó de brazos, convenciéndose a sí mismo de que la situación no era tan grave.
—A partir de entonces ya no tendremos que esconder nada.
—¿Y qué vas a hacer en lo que queda de curso?
La pregunta de la profesora dio en el blanco. Sabía que no tenía otra opción, pero mantuvo la sangre fría. Tenía que hacerlo por ambos, ya que su doncella no iba a tomárselo tan bien.
—Para empezar —respondió —, hablaré muy seriamente con González. Si es necesario, asumiré toda la responsabilidad, pero debo conseguir que dejen en paz a Maya.
Adriana negó con la cabeza.
—Si el rumor está tan extendido te va a costar.
Samuel suspiró.
—¿Vas a cortar con ella entonces?
—No —Dimitri se mantuvo firme —; pero tendremos que dejar de vernos hasta que termine el curso; al menos fuera de las horas lectivas.
—Igualmente la tienes en clase. —Le recordó su compañero. —Si necesitas que te eche una mano...
—Tranquilo, me las apañaré; pero gracias de todos modos. —Y dicho esto se puso en pie. —No os entretengo más. Nos vemos luego.
—Suerte. —Se despidieron ellos, dejándolo marchar.
Salió de la sala de profesores con el dilema en el corazón. No iba a separarse de Maya, pero era la única manera de mantener la discreción. Acercándose a la ventana del pasillo, echó un vistazo al patio sin

conseguir localizarla. Pensó que estaría probablemente en la biblioteca y quiso dirigirse hacia allá, pero se detuvo en seco cuando percibió la silueta de González al final del pasillo.
—Tú... —Sin darse cuenta, sus pies se pusieron nuevamente en marcha, avanzando con decisión hasta que se plantó delante de él. —Tenemos un asunto que resolver. —Musitó.
—Sí; lo tenemos. —Sorprendentemente, Héctor no se dejó intimidar por su presencia, lo que le hizo arquear una ceja. ¿Era cosa suya o le estaba plantando cara?
Dimitri caminó hacia una de las aula vacías y esperó a que entrara para cerrar la puerta tras él.
Cuando estuvo seguro de que nadie los escuchaba, lo acusó sin miramientos.
—La has liado parda. —Héctor le mantuvo la mirada en ceñudo silencio.
—¿En qué diablos estabas pensando? ¿Sabes el berenjenal en el que nos has metido?
El jóven se encogió de hombros y tomó por fin la palabra.
—Yo sólo se lo conté a un amigo. Fue él quien lo metió en el Whats.
—Pues dile a tu amigo que lo desmienta.
—¿Por qué? —Héctor no se inmutó por la mirada que le lanzó.
—¿Por qué? ¿Te parece poco el daño que le estás causando a Lozano con...?
—Estará bien. —Lo cortó. —El hecho de que se haya morreado con un profe le ha dado más popularidad. Tú eres el que tendría que estar preocupado, no ella.
Por un instante, Dimitri se quedó mudo. El niñato lo estaba toreando, aunque no podía obviar cierta lógica en su argumento. Además, se había dado cuenta de un detalle.
—¿Qué ganas tú con esto, González?
El moreno de ojos castaños sonrió levemente y el profesor supo que había hecho diana.
—Maya tendría que salir con alguien de su edad, no con un viejales que le lleva seis años.
—Te gusta Lozano, ¿verdad? —Habría tenido que imaginárselo. ¿Cómo si no iba a meterse tanto con ella en clase?
Éste no lo negó.
—La conozco desde que éramos pequeños. Tú no llevas ni un trimestre con ella.
—Eso no te da derecho a decidir quién le conviene. La estás perjudicando.
—No, tú la estás perjudicando. —Arremetió Héctor. —Tendrías que haberlo pensado mejor antes de cagarla. Yo de tí me alejaría de ella. Le estarás haciendo un favor.
Dimitri ya no aguantó más. Atrapó a Héctor del cuello de la camiseta y levantó el puño inconscientemente en el aire. Por fortuna, no llegó a tocarlo, aunque el otro sí se esperaba el golpe.
Haciendo un gran esfuerzo, reprimió las ganas de partirle la nariz y lo liberó, respirando con dificultad a causa de la rabia.

—Eres un cazurro, González. Si piensas que vas a conseguir quedarte con Maya te equivocas. Es demasiado buena para ti. Y te lo advierto, si esto continúa, me encargaré personalmente de que no vuelvas a poner un pie en este instituto.
—Cuidado, profe. —El otro se envalentonó, recolocándose la ropa. —A lo mejor eres tú quien no vuelve a pisar este instituto.
Dimitri se obligó a permanecer en su sitio. Tenía unas ganas horrendas de matarlo, pero conocía las reglas y lo que podría resultar si le ponía la mano encima. A pesar de todo, Héctor no añadió nada más. Habiendo terminado su parte, salió del aula con la cabeza bien alta y satisfecho de haberse enfrentado a su contrincante, ignorante de su propio egoísmo.
El profesor, permaneció de pie, con la sangre hirviendo y la sensación de estar jugando con fuego. Las manos le temblaban de odio, y no sólo hacia Héctor. Habría tenido que ser más cuidadoso. Maya tenía razón; las cosas no eran tan sencillas como parecían, y aunque sólo fuera cuestión de unos meses, tenía que hacerlo: tenía que alejarse de ella hasta que pudieran volver a estar juntos.
Sentado en una de las mesas, realizó un pequeño ejercicio de meditación para calmarse y se encaminó hacia la clase que le tocaba en cuanto el recreo terminó. Al final no había podido hablar con ella, pero se prometió que la buscaría en cuanto tuviera un rato libre para aclarar las cosas. Al menos, antes de que González la liara más, porque estaba seguro de que no esperaría a mover una nueva ficha. Y no iba desencaminado.

****

Héctor había evitado a Maya durante las primeras clases porque necesitaba comprobar la información que él mismo había difundido. En parte, no se sentía muy orgulloso del sucio truco que estaba usando, pero al ser consciente de la relación entre Vega y ella, no había querido alargarlo más.
Sí, le gustaba Maya; y desde hacía mucho. El problema era su ineptitud para declarársele. Para ser sincero, provocarla era la única forma que tenía de llamar su atención; y es que ella se picaba enseguida. Sin embargo, no sentía lo mismo por él. Quizás, lo que más le dolía era que Vega había comenzado de la misma forma; incluso más agresivo, y se había llevado el premio. ¿Acaso Maya era masoca? Si le gustaban los desafíos a semejante nivel, él también podía ofrecérselos. No necesitaba ser adulto para satisfacerla; o eso creía él, pero a medida que lo pensaba se iba enfureciendo más y más. No era justo que el profesor se hubiera ido a fijar justamente en la única chica que le gustaba. No podía aceptarlo sin más.
A pesar de todo, Héctor era consciente de que sí le estaba haciendo daño a ella. Se había puesto muy gallito delante del profesor, pero en el fondo se sentía como un gusano. La única forma de redimirse era dar el paso. Esperaría un poco para ver si Vega se hacía finalmente a un lado y entonces le entraría a saco. No obstante, lo haría con cabeza. Puede que

hasta pudiera usar la excusa de consolarla tras la ruptura con el profesor; porque estaba seguro de que al susodicho no le quedaba otra que dejarla.
Inspiró con determinación y se metió en la clase de inglés. Maya estaba en su mesa, cabizbaja, mientras algunas idiotas insistían en hacerle preguntas. Habría querido espantarlas con un matamoscas, pero el profesor Peterson llegó antes.
—*¡Sit down, everybody! Let's begin the lesson*.

Capítulo 11

11

Aparte de la lección de inglés, aquel jueves tocaba Filosofía.
Héctor no era un dotado para las lenguas, pero se le daba bastante bien la teoría paranoica de los grandes pensadores.
Intentó participar más de lo habitual con las preguntas de Bukowski para ver si lograba captar la atención de Maya, pero la muchacha parecía perdida en otro mundo, así que abandonó sus intentos por impresionarla a mitad de la clase. Cuando ésta terminó por fin, decidió tentar un poco a la suerte y se acercó a ella, aprovechando que los demás estaban más interesados en volver a casa.
—Hey... —la saludó.
La muchacha levantó la vista con el ceño fruncido y resopló.
—No quiero hablar contigo.
Estaba muy enfadada; y con razón, pero Héctor no desistió.
—Quería pedirte perdón. —Dijo. —Cuando os vi me quedé... de piedra. Al llegar a casa no pude evitarlo y se lo expliqué a un amigo por el chat pero... no pensaba que se lo contaría a todo el mundo.
Ella recogió sus cosas con rabia y se levantó, dispuesta a huir, pero él se lo impidió.
—Me arrepiento de habérselo dicho, te lo juro.
—Pues otro día te metes la lengua por el... —al darse cuenta de lo que iba a decir se obligó a callar. Abriéndose paso, empujó a Héctor y comenzó a caminar. Él la siguió, insistiendo.
—Sé que estás muy enojada conmigo y no te culpo, pero me gustaría compensártelo. ¿Puedo hacer algo para que te sientas mejor?
Maya se detuvo en seco y le clavó los ojos.
—¿Compensármelo? ¿Te crées que puedes lanzar un maldito rumor y actuar como si no fuera nada?
—Te he dicho que lo siento. —Y en parte sí lo sentía.
—Vete al infierno. —Maya lo dejó nuevamente atrás y esta vez no hizo ademán de seguirla. Estaba claro que tendría que esperar a ver lo que pasaba entre ella y de la Vega porque, por ahora, lo tenía vedado.
Suspiró con cansancio y se maldijo por no haber pensado mejor en las consecuencias de sus actos.
****
En cuanto a Maya, estaba que no podía más; y no sólo por el constante interrogatorio de sus pesados compañeros o el caradura de Héctor.
Necesitaba ver a Dimitri pero sabía que ya no podía escabullirse con él, porque a la que alguien los viera juntos se desatarían nuevos rumores.
Tenía que ser paciente y esperar a que todo el mundo se hubiera ido a casa; entonces lo llamaría para que pudieran encontrarse en algún rincón, lejos de las miradas inquisitivas del mundo que los rodeaba.

Esperando tener suerte, se dirigió hacia la biblioteca y dio un garbeo por sus pasillos. No había casi nadie, y cuando llegó a "la cueva", suspiró de alivio. Estaba vacía.
Tomó asiento y depositó su mochila encima de la mesa para buscar el dichoso móvil, que había terminado en el fondo del saco.
Consultó el reloj digital y buscó a Dimitri en su lista de contactos para enviarle un mensaje. Con suerte, ya habría terminado también su jornada.
"Estoy en la biblioteca, donde ya sabes. Te espero."
Y lo hizo. Esperó por lo menos media hora, aguantándose las ganas de enviarle otro mensaje y suponiendo que estaría ocupado, y cuando por fin apareció, le sonrió de oreja a oreja.
"¡Por fin!" Pensó.
—Ya creía que no ibas a venir. —Lo dijo en voz baja para no llamar la atención.
—Cortés no me dejaba salir. —Le explicó él en el mismo tono. —La que se ha armado entre el profesorado no es moco de pavo.
—Sí, ya me lo imagino. —Maya se levantó de la silla y lo abrazó con todas sus fuerzas, suspirando en su pecho. —Estoy tan feliz de tenerte aquí. El día se me ha hecho eterno.
—A mí también. —Dimitri le acarició los cabellos con ternura y los besó.
—¿Qué tal... han ido las clases?
Maya levantó el rostro con expresión triste.
—Una tortura. Los demás no dejaban de preguntarme si estamos saliendo.
Él suspiró.
—Lo siento.
—No lo sientas. —Ella lo continuó abrazando. —No es culpa tuya.
Pero Dimitri no compartía su opinión. Había tenido un buen rato para reflexionar tras la batalla con Héctor y había llegado a una inevitable conclusión: él era quien había dado el primer paso aquella tarde lluviosa, quien había puesto a Maya entre la espada y la pared, dándole esperanzas y arrastrándola a su territorio... luego, era su responsabilidad arreglarlo.
La obligó suavemente a separarse y la asió de los brazos como quien sujeta una delicada mariposa.
—Oye, Maya... tengo que decirte algo. Lo... lo he estado pensando mucho y... —ante su mirada interrogativa, habría preferido quedarse mudo, pero se obligó a seguir —creo que deberíamos dejar de vernos hasta que termine el curso.
La princesa pestañeó. No podía negarlo; ella también había pensado en esa posibilidad, pero... sólo con saber que no podría abrazarlo ni besarlo durante un mes entero se le hundía el mundo.
—Bueno, obviamente nos veremos en clase... —aclaró él, intentando lanzar un rayito de luz sobre la oscuridad —aunque será mejor que no... nos arriesguemos. —Y añadió: —Si te parece bien, podemos seguir en contacto por teléfono...
—Tan cerca y tan lejos. —Musitó ella, desinflándose como un globo.
—Eh, vamos, vamos, que un mes no es nada. —Dimitri le atrapó el rostro

entre las manos como solía hacer, intentando animarla. —Míralo por el lado bueno, es como una relación a distancia pero sin estar tan separados.
—Un mes es mucho. —Se quejó ella, dolida. —¿Cómo crées que voy a ir a clase sabiendo que no puedo ni acercarme a ti?
—Maya... —él sintió que se le encogía el corazón —lo siento, es lo único que podemos hacer por ahora. Pero en cuanto lleguen las vacaciones podremos estar juntos de nuevo. El año que viene tendrás los dieciocho y ya nadie se podrá meter en nuestra vida. Tan sólo te pido que tengas un poco de paciencia.
—¿Y tú? —Ella lo acusó con los ojos. —¿De verdad serás capaz de quedarte tan tranquilo cuando me tengas en clase?
Él sonrió sin humor.
—¿Cómo puedes preguntarme eso? Pues claro que no. —La besó una vez, largo y tendido, abrazándola con posesión. —Para mí tampoco es fácil, pero no tengo elección. Ahora mismo, soy el centro de atención en ambos bandos.
Maya apretó los labios para reprimir las ganas de llorar y se agarró a su espalda como si fuera un salvavidas. No quería perderlo, pero no le quedaba otra que aceptar su propuesta. Era la más lógica y, aunque no estaba segura de poder soportarlo, se prometió a sí misma que la recompensa valdría la pena.
—Está... bien. Lo intentaré.
—Gracias. —Dimitri le besó nuevamente los cabellos y se quedó con ella en aquel rincón, saboreando los últimos momentos de su relación antes de la pausa.
Estubo largo rato mimándola, concediéndole todo el afecto y tiempo posible, hasta que el sol llegó lo bastante bajo como para marcar el fin de aquella tarde.
Con cierto dolor en el pecho, la dejó partir primero, para que nadie los viera juntos, obligándola prácticamente a abandonar sus brazos. Un cuarto de hora después, retomó también el camino a casa y se abstuvo de enviarle aunque fuera un mensaje. Tenían que acostumbrarse y no lo conseguirían si no podían respetar las reglas del juego.
Aquella noche durmió fatal.

****

Maya lo tuvo crudo durante toda la semana. Se moría de ganas de ver a Dimitri ya incluso antes de haber superado las veinticuatro horas. Además, le sobraba tiempo libre; un tiempo que había dedicado al placer de sentirse amada en su compañía y que ahora le resultaba más inútil que un bolígrafo en el espacio. Y es que no tenía ganas de hacer otra cosa. Ni sus hobbies, ni hablar con Lara, ni siquiera salir a pasear o a tomar algo... todo era aburrido sin su caballero medieval.
Por otro lado, como que él tampoco se dejaba ver entre clase y clase, aguantaba. A duras penas, sí; pero aguantaba.
Sin embargo, la prueba de fuego tuvo lugar en su reencuentro de todos

los miércoles.
Cuando ella llegó, Dimitri ya estaba en su sitio y se forzó a no mirarlo más de lo necesario. Tenían que interpretar el papel tal y como habían acordado, más la tortura sólo había comenzado. Maya estuvo gran parte de la lección con la cabeza inclinada sobre el libro y los apuntes. Era la forma más sencilla de no dejarse vencer por la tentación de mirarlo. Por otro lado, las explicaciones del profesor parecían las mismas, pero ella no pasaba por alto los carraspeos que iba dejando salir poco a poco de su garganta o las miradas fugaces que le lanzaba disimuladamente.
Observado por todos los presentes, Dimitri tenía mucha más presión que ella y, a pesar de todo, estaba consiguiendo salvar la situación con una profesionalidad admirable; pero fue a los cuarenta y cinco minutos de clase que ese control se puso más a prueba.
Uno de los incansables mentecatos cuya presencia en clase era la misma que la de un florero en una estantería, no tenía nada mejor que hacer que dedicarse a escribir mensajitos. Y fue uno de esos papeles el que llegó hasta Maya. La chica a sus espaldas la avisó con el pie antes de pasarle la nota, que llevaba precisamente su nombre, y cuando la abrió, sintió ganas de afofetear al estúpido que había logrado cometer incluso faltas de ortografía en una cortísima pregunta: "Te lo as tirao?"
Obviando la falta de la "h", el signo de interrogación, y el vago y vulgar uso de la palabra "tirado", Maya dirigió los ojos hacia atrás en un intento por localizar al culpable. Sin embargo, ninguno tenía pinta de ser inocente. Probablemente, todos se hubieran puesto de acuerdo en transmitirle un mensaje tan irreverente, pero decidió no darles la satisfacción de responder. Desgraciadamente, el rectángulo de papel no pasó desapercibido para Dimitri, que tomó la iniciativa a pesar del riesgo que conllevaba.
Avanzó hacia la mesa de Maya como si fuera lo habitual y le preguntó por lo que tenía entre las manos. Ella dudó si enseñárselo o hacer como si nada, pero su seria mirada la convenció de que no le convenía mentir. Al fin y al cabo, tenían que aparentar ser lo que debían ser: un simple profesor y su alumna.
Tras tragar algo de saliva y otra insistencia por su parte, Maya le alargó finalmente la nota y Dimitri la leyó en menos de un segundo. Su sonrisa de dientes apretados le confirmó que el culpable no quedaría impune.
—¿Quién ha escrito esto? —Dirigió la pregunta a todos, pero no obtuvo respuesta alguna. —Lo volveré a preguntar. ¿Quién ha tenido las narices de escribir esto? —Nuevamente, nadie respondió. —Así que preferís lanzar la piedra y esconder la mano, ¿eh? Muy bien. —Rompió la nota y la lanzó a la basura. Cuando se dio la vuelta, añadió: —Más os vale estudiar, porque todos tenéis dos puntos menos en el examen final.
Hubo una exclamación unánime, pero el profesor no apagó la sonrisa cuando algunos se quejaron.
—El que calla también es cómplice. —Respondió tan tranquilo. —Además, puede que no os hayáis dado cuenta, pero gracias a los estúpidos rumores que alguien lanzó —miró en dirección a la parte donde Héctor se sentaba —, tanto vuestra compañera como yo hemos tenido muchos problemas. Si

tuvierais dos dedos de frente, os daríais cuenta de que tengo mejores cosas que hacer antes que enrollarme con una de mis alumnas; y os aseguro que a ella tampoco le estáis haciendo ningún favor.
Maya aguantó el discurso con la cabeza baja, dejando que los demás interpretaran su pose como la vergüenza de sentirse el centro de atención en vez de la tristeza que las palabras de Dimitri le estaban causando en el corazón. Aunque no fueran verdad, el "tengo mejores cosas que hacer" le había hecho daño. Con un poco de suerte, en pocos meses se reirían de esto... pero ahora era un tormento.
—Si el valiente escritor tiene la decencia de venir al despacho a decirme la verdad —les dijo él, todavía en pie —, quizás os perdone los puntos, pero os aseguro que no toleraré una más de éstas. Se supone que trabajo con chavales que van a terminar el instituto, no con niños de guardería; así que demostradme que no tenéis cerebros de mosquito. —A pesar de que quedaban aún diez largos minutos, cerró los libros y los metió en su maletín. —Se acabó la clase. —No esperó a que los chicos recogieran para irse con la cabeza en alto, y Maya tampoco.
Enfadada, lanzó una mirada airada a todos los demás, mudos como estatuas, y se fue con la carpeta en la mano para no permanecer un segundo más en aquel ambiente tan tóxico.
—Tío, ¡tenías que escribir la maldita nota! —Se quejó una de las chicas al moreno que se sentaba en la última fila.
—¡Eh, Hugo me dijo que lo hiciera! —Acusó a su compañero, quién negó con la cabeza.
—¿Y si te pide que te tires de un puente también lo harás? —Insistió la otra. —Más vale que vayas a decirle la verdad a Vega, porque si supendo te mato.
—¡Y un cuerno! Ese tío da miedo...
Y la discusión prosiguió unos cuantos minutos más sin que nadie se pusiera de acuerdo, aunque a Héctor le importaba bien poco. Se había quedado con el discurso del profesor en mente pero no había creído ni una sola palabra. Vega no había cortado con Maya a pesar del papel que ambos estaban representando y eso complicaba sus planes de acercarse a ella. En tal caso, sólo había una solución y, aunque fuera rastrera, le convenía: tenía que cargarse la relación. Si la presión de los estudiantes no era suficiente, debería echar mano de alguien más profesional. Por desgracia, Collie Carlogne ya no era la indicada debido al cambio que había experimentado poco después de su corto "noviazgo" con Evans, otro profesor, y que no había durado tampoco por varias razones. Una de ellas, el marrón sobre el blog de esa chica llamada Carlota. Al final, Evans se había salvado del Infierno con el jefe de estudios y De la Vega parecía llevar el mismo camino, por lo que habría que hacerle una encerrona de las buenas, pero... ¿quién estaría dispuesto a jugársela con un profesor?
Tras el sonido de la campana, Héctor comenzó a recoger los bártulos, harto de pensar, y entonces fue cuando oyó unas voces por el pasillo.
—Y esta es el aula donde se imparte litera... —Adriana Montejo, la profesora de lengua, se detuvo en la puerta junto a otra mujer, sorprendida por la ausencia del docente encargado. —¿Y vuestro profesor?

—Les preguntó a los pocos que quedaban.
—Ya se ha ido. —Respondió una de las muchachas que iba a salir.
—Vaya... bueno, supongo que tendré que presentártelo mañana. —Le dijo a la otra mujer. —De todas formas, darás la clase aquí. Seguramente os crucéis.
A Héctor le bastaron escasos segundos para estudiar a la acompañante de Montejo. Por la información que había podido interpretar, se trataba de una profesora nueva; aunque entrando ya en Junio no podía imaginar para qué estaba aquí. Sin embargo, era guapísima. Tenía unos cabellos color azabache que le llegaban hasta la cintura y un cuerpo de infarto, cuyas curbas no quedaban precisamente disimuladas por su ajustada blusa. Llevaba una falda estrecha hasta la rodilla, que también le marcaba las esbeltas caderas, y unos ojos tan profundos como un agujero negro. Incluso él se perdió en ellos por un instante. Y, sin saber por qué, sintió la necesidad de preguntarlo.
—Perdone, profe. —Se acercó a ellas antes de que se fueran. —¿Ha dicho que hará clase aquí?
—En efecto, González. —Montejo asintió con una sonrisa. —Clase de francés.
—¿Francés? —Héctor arqueó una ceja. —¿Y Mademoiselle Benda?
—De baja indefinida. —Resumió la profesora de lengua. —La señorita Badia la sustituirá a partir del curso que viene, así que se quedará en el instituto durante todo el mes para ponerse al día.
—Y con muchas ganas de comenzar. —La curvilínea belleza sonrió con un encanto que logró captar las miradas del público masculino presente; y fue justamente en ese instante que Héctor supo lo que tenía que hacer para llegar finalmente hasta Maya y derrotar a Vega.

Capítulo 12

12

Maya llegó a casa hecha una fiera, pero se tranquilizó antes de entrar para no verse obligada a dar explicaciones a la familia. Sus padres no se habían enterado todavía de los rumores que circulaban por el instituto y tenía la esperanza de que no lo hicieran jamás, al menos hasta que fuera mayor de edad. A pesar de todo, incluso llegados a ese punto, no estaba muy segura de si podría convencerlos de que aceptaran a Dimitri; seis años era una buena diferencia… y más cuando ellos sólo se llevaban meses.
Aprovechando que ninguno estaba por la labor de hacerle mucho caso, subió a su habitación con la excusa de los deberes y cerró la puerta mientras buscaba el perfil de Dimitri en su lista de contactos. Habían acordado que se enviarían los mensajes justos pero, tras el suceso en el aula, necesitaba hablar con él sí o sí.
Arrimó la oreja a la puerta una última vez para estar segura de que sus padres seguían ocupados y se echó en la cama justo cuando apretaba el icono de llamada.
Tres tonos más tarde, Dimitri contestó finalmente.
—Hola, princesa. —Fueron sus primeras palabras.
—Hola, mi caballero. —Respondió ella, suspirando. —Siento lo que ha pasado.
—Yo también. —Secundó él. —Normalmente no tendría que habérmelo tomado tan a pecho, pero me duele que se metan contigo por mi culpa.
—No es tu culpa. —Lo defendió. —Si Héctor no se hubiera chivado no estaríamos en esta situación. Además…
—¿Por casualidad has hablado con él después de clase?
La súbita pregunta la descolocó.
—¿Con Héctor? No… pero tampoco quiero hablarle… es un idiota integral…
—Oyó una breve risita al otro lado y añadió: —¿Por qué me lo preguntas?

—No, por si… te había pedido perdón, por lo menos. —Murmuró él.
—Lo ha hecho varias veces. —Musitó ella, molesta. —Pero no pienso perdonarlo.
Él rió por lo bajo.
—No te hagas mala sangre, cariño. —Y añadió: —De todos modos, si vuelven a enviarte notas de estas quiero que me lo digas. Mantenme al corriente de lo que pasa, ¿de acuerdo?.
—Sí… de acuerdo.
—Cuando volvamos a vernos quiero el resumen completo. —Bromeó él.
—Cuando volvamos a vernos… —Maya no lo hizo expresamente, pero su voz se volvió algo más triste.
—Maya… —Dimitri cerró los ojos con el ceño fruncido. Odiaba no poder

atraparla en sus brazos en momentos así. —Escucha, ya queda menos para los exámenes finales. Aunque sea duro, debo pedirte que dejes de pensar en esto un poco y te concentres en estudiar. Piensa que las pruebas de acceso a la universidad también se acercan, y eso es lo más importante ahora mismo...
—Para mí no hay nada más importante que tú. —Replicó ella con voz temblorosa, arrancándole una tierna sonrisa que no pudo ver.
—Tú también eres mi mayor tesoro. Aún así… —insistió Dimitri —es por tu futuro. Cuando todo haya pasado te prometo que volveremos a estar juntos. No me separaré de ti nunca más, pero ahora debes enfocar tu mente en prepararte para los exámenes y las pruebas. Prométeme que lo harás.
Ella se mantuvo unos segundos en silencio, pero tuvo que aceptar la realidad. Tenía razón, no era el momento para dejarse llevar por la melancolía cuando el fin de la secundaria se encontraba ya a la vuelta de la esquina.
—Te lo prometo. —Terminó respondiendo.
—Gracias. —El profesor dejó escapar parte del aire contenido. —Bueno… voy a tener que colgar. Tengo cosas que preparar y ya se está haciendo tarde. Nos vemos...
Ella tragó saliva.
—Sí, vale… que tengas buenas noches…
—Tú también. Buenas noches.
—Ah, y Dimitri…—exclamó antes de colgar.
—¿Sí?
—… Te quiero. —Las palabras le salieron del corazón sin querer retenerlas más.
—Y yo a ti. —Dimitri sonrió nuevamente, imaginando su dulce rostro y preguntándose al mismo tiempo si él mismo podría soportar las tres semanas y medio que quedaban para terminar el curso. —Hasta pronto, princesa.
—Buenas noches, mi caballero.
Cuando la comunicación finalizó, Maya sostuvo todavía el teléfono en las manos, mirando la pantalla. Tenía que ser fuerte… y estudiar. Lo haría sentir orgulloso de ella. Y pronto… muy pronto… volvería a estar entre sus brazos.
Por desgracia, ese era un pensamiento que Héctor no compartía con ella y se había pasado el resto de la tarde planeando una treta con la que estaba seguro de ganar.
Débora Badía era la clave. Si lograba que Vega se fijara en ella, puede que sus instintos hicieran el resto. Al fin y al cabo, Maya era todavía menor de edad y, aunque no estaba seguro de cuán lejos habían llegado en su relación, sí sabía que el profesor no tardaría en advertir la diferencia entre ambas.
Héctor no buscaba en Maya el cuerpazo o la atracción física que provocaba Badía; le bastaban sus bonitos ojos y la sonrisa de cría que tanto anhelaba ver en sus labios; salir con ella, poder besarla y descubrir lo compatibles que podían ser, reír con sus anécdotas, llevarla a algún

lugar donde pudieran estar solos, crecer juntos… su interés era romántico y puro. Imposible que Vega sintiera lo mismo; su fuerte serían los flirteos y el sexo; no le cabía duda. Con esa pose arrogante de macho dominante saltaba a la vista que le iban las emociones fuertes y, con un poco de suerte, Héctor le demostraría a Maya su otra cara y le daría razones para intentarlo con él. Tenía que funcionar porque, de lo contrario, Maya se iría a alguna universidad donde apenas pudiera verla. No; ese verano tenía que ser "su verano", no el del maldito profesor de literatura.
Con esa voluntad en mente, a la mañana siguiente, acudió al instituto con tiempo de sobra para localizar a Badía antes del inicio lectivo del día. Muchos profesores no habían llegado aún, por lo que la sala de reunión estaba casi vacía. Tampoco ella estaba presente, de modo que tuvo que aguantarse con la decepción y dio media vuelta para ir al aula de lengua. Sin embargo, al pasar por el rincón de las máquinas expendedoras, reconoció sus largos cabellos negros y el carmín de los labios que saboreaban un simple café en vaso de plástico.
Sonrió para sus adentros y se dirigió hacia la máquina como si tuviera intención de hacerse con alguna golosina. Echó un vistazo rápido y adoptó una expresión de asombro cuando sus ojos se encontraron, como si no se hubiera percatado de su presencia.
—Oh, señorita Badía, buenos días.
—Buenos días. —Ella le dirigió otra sonrisa amistosa.
—¿Está tomándose el café aquí? —Héctor adoptó un aire inocente, camuflando sus preguntas con mera curiosidad. —En la cantina son mejores.
Ella negó la cabeza.
—Demasiada gente. Me gusta relajarme un poco antes de comenzar el día.
—Ya veo. —"Encanto natural. Punto a favor". Pensó. —Por cierto, perdone que le pregunte pero… ¿ya ha conocido a Vega, el profesor de literatura?
Débora tragó el sorbo en su garganta y negó nuevamente con la cabeza con una nueva sonrisa.
—No, que va. Todavía tengo que conocer a la mitad del equipo, pero ya me han dicho que es un buen hombre.
—Oh, sí. Mucho. —Héctor asintió con otra sonrisa. —De hecho, es uno de mis profesores favoritos. —Mintió. —Y creo que todas las chicas de mi clase van por él.
—¿En serio? —Aquel comentario pareció captar su atención. —¿Por qué?
Héctor se encogió de hombros.
—Bueno… dicen que está cañón y esas cosas. Como es soltero… —añadió como si nada —pero yo lo admiro porque sabe enseñar. Sus clases son las mejores y tiene un gran sentido del humor.
—Vaya, me están dando ganas de colarme en vuestra clase. —Bromeó ella.
—Ya verá cuando lo conozca —insistió —, seguro que también le gusta… ¡oh! —se llevó una mano a la boca, como habiéndose dado cuenta de un detalle. —Perdón, soy un bocas. Seguro que tiene usted un novio ya, ¿verdad?

La profesora bajó la mirada y ladeó la cabeza mientras se mordía el labio inferior en silencio.
"Bingo."
—¿No lo tiene? —Héctor se hizo el asombrado. —¿Cómo es posible? Con lo guapa que es usted…
—Eres muy amable, em… González, ¿verdad? —le preguntó para confirmar el apellido. Cuando él asintió, prosiguió. —Bueno… lo cierto es que hace poco que lo dejé con mi antigua pareja y… em… —se llevó una mano a los aterciopelados cabellos con mirada triste, consiguiendo que se sintiera un poco culpable por haber preguntado —no me he planteado todavía lo de buscar a alguien más.
—Lo siento… —Héctor se mordió la lengua con frustración. En esta situación, sería forzado convencerla para que se intentara ligar al profesor, más no podía darlo todo por perdido, de modo que se arriesgó un poco. —Bueno... dicen que un clavo quita otro clavo… puede que el próximo sea el definitivo.
Badía sonrió con amargura.
—Sí… puede.
Un incómodo silencio se abrió paso y Héctor supo que, llegados a este punto, era mejor retirarse.
—En fin, em… me ha gustado hablar con usted. Yo no hago francés porque estoy en el itinerario socio-humanístico, pero… espero que nos veamos por aquí antes de que acabe el curso.
La profesora recuperó un poco la ternura en su sonrisa.
—Sí, yo también lo espero.
Héctor asintió para dar por finalizada la conversación y giró sobre sus talones, avanzando por el pasillo nuevamente en dirección a su clase.
"Una damisela hermosa y desconsolada en busca de un nuevo príncipe azul..." Sonrió por lo bajines y susurró: —Esto será fácil.

Capítulo 13

13

Dimitri entró en la sala de profesores media hora más tarde, con su termo de café matinal en la mano derecha, un gran clasificador en la otra y el maletín colgando del hombro a modo de bandolera. La rutina siempre era la misma: llegaba cuando la mayoría de docentes se habían ausentado a la cantina antes de comenzar la jornada, echaba unas risas con Evans y Montejo hasta que estos se iban a clase y se quedaba en la gran mesa de la sala de profesores, preparando las suyas. Su casillero estaba lleno de libros, pero esta vez no fue lo único que encontró en dicha zona caótica. Samuel no estaba, pero Adriana Montejo lo saludó junto a una joven de espaldas que miraba los títulos de los libros con curiosidad.
—Saludos, Sir Vega.
—Me gusta. Deberías llamarme así más a menudo. Me hace sentir importante. —Bromeó él.
—Más querrías. —La mujer rió. —En fin, bromas aparte; Dimitri, te presento a Débora Badía, la sustituta de Elise. Trabajará el año que viene con nosotros como profesora de Francés.
En cuanto sus miradas se cruzaron, un vago recuerdo acudió a la mente del profesor, pero fue ella quien lo reconoció primero.
—¿Mitri…?
—Deb…
—¡Oh, Dios mío! —Débora se llevó la mano a los labios, gratamente sorprendida. —¡Eres tú!
La profesora de lengua se los quedó mirando.
—¿Os… conocéis?
—Nos conocimos hace mucho, en una conferencia en la universidad, sí. —Le explicó él. —Cursábamos carreras diferentes pero las impartían en la misma facultad.
—Sí, tú estudiabas Lengua y Literatura clásicas. Yo estaba en Filología francesa.
—Menuda coincidencia… —Montejo asintió. —El mundo es un pañuelo.
—Entonces… ¿vas a trabajar aquí el curso que viene?
Débora también meneó la cabeza en señal afirmativo.
—Sí, pero estoy aprovechando este mes para enterarme de cómo funciona vuestro centro. —Le sonrió, enredando un dedo en un mechón de sus largos cabellos. —Tengo tanto que aprender…
—Sí, y ya va siendo hora de que yo también me ponga manos a la obra. —Montejo recogió sus bártulos. —Mis chavales ya deben estar en clase. En fin, nos vemos luego, chicos. ¡Ah, por cierto! —Se dirigió una última vez a Dimitri. —Evans no viene hoy por un asunto familiar. Débora se encargará también de sustituirlo. Lo digo por si puedes enseñarle el aula de informática más tarde.
—Sí, no hay problema.
—Gracias, nos vemos.

—Hasta luego.
Cuando se quedaron a solas, Débora dejó escapar una risita.
—Quién lo habría dicho… cuando me hablaron de Vega no pensé que fueras tú. Como no me sonaba el apellido...
—En realidad, ese es el de mi madre. —Le confesó él. —Cuando se separó de mi… padre —musitó con cierto desdén, rememorando aquel con quien no quería que lo relacionaran —, las cosas se torcieron bastante… Digamos que no fue una ruptura amistosa y, de no haber intervenido, probablemente le habría hecho mucho daño. Al poco después, ambos decidimos que no queríamos tener nada más que ver con él y me cambié el apellido. —Se encogió de hombros. —Así es la vida.
—Lo siento, no lo sabía… —Ella se llevó una mano al corazón. —En fin… me alegro que ahora estéis bien, por lo menos.
—Mejor que nunca. —Él le devolvió una sonrisa afable y desvió la conversación para evitar el tenso ambiente. —Cambiando de tema, y perdona mi indiscreción, pero… has perdido bastante peso, ¿verdad? Te recordaba más rellenita.
Débora le golpeó cariñosamente el brazo, interpretando el papel de ofendida.
—Tú tampoco eras un figurín entonces.
Dimitri rió.
—Sí, tienes razón. Es lo malo de picotear entre horas. ¿Recuerdas aquella vez que nos zampamos todas las bolsas de aperitivos de la máquina de la facultad?
—Nos pasamos tres pueblos. —Ella se carcajeó. —Al menos, aquí no tenéis tanto donde elegir. La maquinita estaba casi vacía cuando he ido a por el café...
—¿Te has tomado semejante potingue? —La interrumpió él. —Tendrías que haber ido a la cantina, allí sí saben hacer café.
—No eres el primero que me lo dice. —Admitió ella. De repente, su estómago se quejó y se llevó una mano al abdomen.
—¿Acaso has desayunado algo más?
—La verdad es que no… —Débora sonrió con vergüenza. —Para serte franca… esto de comenzar un trabajo nuevo me estresa un poco. No tenía ni hambre esta mañana…
—Esa no es excusa. No puedes saltarte la comida más importante del día.
—Ya… —Ante su mirada, Dimitri suspiró.
—Anda, ven conmigo. Iremos a comer algo.
—Pero… ¿no tienes tú también clase?
—A segunda hora; y todavía queda mucho, así que andando. Te enseñaré lo que es un buen bocadillo.
****
Maya corrió con todas sus fuerzas mientras maldecía su reloj, habiéndose quedado sin pilas en el momento más inoportuno. Su madre había tenido que subir expresamente a avisarla antes de que se le hiciera más tarde pero, lamentablemente, había perdido el primer autobús. Con un poco de suerte, Montejo le perdonaría el retraso, pero no se salvaría de la reprimenda, de eso estaba segura.

Conociendo un atajo, atravesó una parte del patio para colarse por la puerta de atrás, que estaba más cerca de su clase, y se escabulló por el pasillo, cruzándose con los ventanales interiores que daban a la cantina. Habría continuado su paso sin más de no ser porque sus ojos captaron el familiar rostro de Dimitri a través del cristal. Sus pies se detuvieron automáticamente para permitirle un fugaz vistazo a su caballero medieval… pero la que iba a ser una agradable visión se transformó rápidamente en una confusa mezcla de sentimientos.
El profesor estaba disfrutando de un refrigerio en compañía de una chica de aspecto bastante más maduro que Maya. Sus cabellos largos y sedosos, en conjunto con su sonrisa y su esbelta figura, componían la hermosura de una mujer hecha y derecha. Ambos reían y charlaban animosamente, dando la impresión de tener una buena relación… y eso activó un extraño mecanismo en el interior de la muchacha, mas fue el lenguaje corporal de aquella hermosura la que logró tensar sus músculos. La vio posar la mano en el antebrazo de Dimitri sin pasar por alto su coqueta mirada y el aire se le quedó atascado en la garganta cuando él le sonrió de vuelta.
¿Acaso estaba flirteando con ella? Ese pensamiento la noqueó. Sintió que se le formaba un nudo en el estómago, acompañado de una inusual presión pulmonar coordinada con los latidos de su propio corazón, y entendió que estaba sacando conclusiones precipitadas.
No; Dimitri no haría eso a sus espaldas. Además… ni siquiera sabía quién era esa mujer; puede que se tratara de una simple amiga o… incluso una pariente que hubiera decidido visitarlo en el trabajo. No sería la primera vez que pasaba con otros profesores.
Sacudiendo la cabeza, echó una última ojeada a la pareja, aliviada de que la mano hubiera regresado a su sitio, y se serenó un poco antes de continuar su camino hacia el aula. No obstante, se prometió que hablaría con él esa noche para preguntárselo, ya que tenían que mantener las distancias incluso durante el recreo.
Cuando entró en clase, Montejo la regañó severamente, aunque aceptó la excusa del autobús y se apiadó de ella sin ponerle el negativo.
La segunda hora fue más relajada con la clase de inglés pero, tras el recreo, Maya se enfrentó por fin a una realidad inquietante.
—Hola, me llamo Débora soy la nueva profesora de Francés. Hoy sustituiré al señor Evans en clase.
—¿Le ha pasado algo? —Preguntó uno de los alumnos en voz alta.
—No, tan sólo ha tenido que ocuparse de un asunto familiar y no ha podido venir, por eso estoy aquí. —Explicó ella. —Podéis utilizar la hora para terminar vuestro proyecto de final de curso y, si tenéis alguna duda, os ayudaré en la medida de lo posible… ¿Sí? —Señaló a una chica que levantaba la mano.
—¿Y qué ha pasado con la señora Benda?
—Ha pedido un año de excedencia por motivos de salud. —Débora les dedicó una sonrisa encantadora. —Por ello seguiré aquí el curso que viene.
—Entonces repetiré curso —exclamó uno de los chicos de la última fila,

haciendo estallar las carcajadas entre los demás.
Por el contrario, Maya no se unió a la buena onda que reinaba en el ambiente. No tenía ni idea de que Benda había pedido la baja antes de terminar el curso y, aunque apenas quedaban tres semanas y pico para los exámenes finales, temió que fueran a convertirse en su tortura ahora que había visto lo encantadora que era Badía. Sin duda, los chicos la adoraban de entrada.
Intentó mantener la calma durante toda la hora, pero no pudo evitar cavilar nuevas teorías sobre la relación que pudiera tener con Dimitri. ¿Por qué estaban juntos en la cantina, los dos solos, si él no iba nunca allí? ¿De qué habían estado riendo? ¿Y por qué se daba tantas confianzas con él…?
Tuvo que admitirlo, estar tan separada de él la estaba volviendo loca pero, aparte de la escenita del brazo, no había presenciado nada importante como para estar tan preocupada. Debería confiar un poco más en él, ¿cierto?
El timbre anunció por fin el cambio de clase y los chicos se levantaron lentamente, aprovechando los últimos segundos para disfrutar de las vistas que les ofrecía con su apretadita blusa. Sin embargo, Badía fue directa hacia Héctor.
—Tenías razón, González, los cafés de la cantina son mejores.
—Se lo dije. —Héctor actuó con toda naturalidad. —Y los platos combinados también están de vicio.
—Me decanto más por uno de sus bocadillos. —Le dijo ella, sonriendo.
—Aunque eso es mérito de Mitri.
Maya abrió unos ojos como platos, parando la oreja a sus espaldas mientras disimulaba, colocando sus cosas en la mochila. ¿Había oído bien? ¿Lo había mencionado con un apodo? ¡Ni siquiera ella misma lo llamaba así!
—¿Se refiere a Vega? —Héctor reparó en los hombros tensos de Maya y aprovechó la ocasión. —¿Ya lo ha conocido?
—En realidad ya lo conocía. —Respondió la profesora, ensanchando la sonrisa. —Íbamos a la misma facultad hace años pero admito que ha sido una agradable sorpresa.
—Vaya, qué casualidad. —El muchacho no podía creer su suerte. Eso simplificaba mucho sus planes, de modo que aprovechó la oportunidad con una corazonada. —Perdone que le pregunte pero… ¿por casualidad salieron juntos, por aquel entonces?
—Bueno… fuimos a tomar algo unas cuantas veces... aunque no sé si a eso se le puede llamar cita. Es cierto que en aquella época no teníamos pareja, así que... —Dejó escapar una risita y le guiñó el ojo, susurrando: —No obstante, sí tuvimos algún momento más… íntimo.
Maya ya no soportó más. Se cargó la mochila a la espalda y salió escopetada de clase sin nisiquiera despedirse de ellos, lo que no pasó desapercibido a la profesora.
—Que prisas... —Murmuró.
—Sí… Maya siempre va estresada, pobre. —Héctor sonrió para sus adentros, tejiendo nuevos hilos para su telaraña. —Aunque no me

extraña. Yo también estaría de los nervios si me hubiera colado por un profe… ¡ops! —Se tapó la boca en inocente actuación.
—¿A qué te refieres?
Héctor suspiró, adoptando una expresión dramática bien estudiada, como si se arrepintiera de haber abierto la boca, y apagó el ordenador.
—No debería echar más leña al fuego pero… si no se lo cuento yo lo hará otro. —Un segundo suspiro le dio el toque que necesitaba. —Verá, hace unas semanas, se comenzaron a oír rumores de que Maya estaba saliendo precisamente con Vega. Luego me enteré de que era ella quien había intentado ligarse al profesor. Está super obsesionada con él y, como sigue soltero, no se da por aludida. Además, Vega no quiere hacerle daño y siempre es muy amable con ella, pero si saliera con alguien probablemente dejaría de molestarlo. Claro que… el pobre ya tiene suficientes problemas lidiando con ella como para buscarse a alguien. Es una pena. Oh, pero por favor, no le diga a nadie que le he contado esto.
—Le pidió. —Se ha convertido en tabú.
—Entiendo… No… no te preocupes. —Débora se llevó una mano al mentón, pensando quizás en lo que decir después, pero Héctor le ahorró el esfuerzo.
—En fin, debería irme yo también antes de que comience la clase de Filosofía. —Se levantó de la silla con la mochila colgando del hombro.
—Que tenga una buena tarde, señorita Badía.
Y la dejó pensando mientras se escabullía, aguantándose las ganas de sonreír. El anzuelo estaba echado.

Capítulo 14

14

Maya no tuvo un ataque de ansiedad de milagro. La clase de Filosofía le resultó más larga que nunca y apenas prestó atención a los importantes apuntes que les mandó copiar el profesor. Era incapaz de concentrarse cuando las palabras de Badía no dejaban de resonar en su mente. Y en especial la última frase: "...sí tuvimos algún momento más… íntimo."
¡Intimo! ¿A qué se refería con eso? ¿Se habría acostado con Dimitri? No debería estar tan sorprendida, al fin y al cabo era de esperar… y más con ese cuerpazo. ¿Qué hombre podría resistirse? Además… nunca le había preguntado a él sobre sus antiguas novias… y puede que hubiera tenido unas cuantas…
Cerró los ojos, reprimiendo un gemido de frustración, y apretó los dientes para liberar algo de tensión.
Tenía que hablar con él; lo necesitaba con urgencia, pero aguantó hasta que el timbre anunció el fin de las clases y del antepenúltimo jueves antes de los exámenes.
Sin perder tiempo, se escapó del aula como alma que lleva el diablo y se dirigió hacia la biblioteca mientras tecleaba un pequeño mensaje, más parecido a un telegrama. "Biblioteca. Ahora."
Una vez en la cueva, apenas esperó diez minutos que Dimitri apareció con sus bártulos y expresión serena.
—A este paso nos pillarán otra vez. —Bromeó mientras se acercaba. —¿A qué viene tanta urgencia?
Maya contuvo el aliento mientras sopesaba cómo abordar el tema. En parte no quería asaltarlo con preguntas, pero necesitaba comprobar hasta qué punto era capaz de confiar en él.
—¿Qué… qué tal te ha ido esta mañana?
La pregunta eran tan sumamente simple que hasta le extrañó a él, pero le respondió sin inmutarse demasiado.
—Bien, supongo.
—¿No has hecho nada… especial?
—¿Especial? —Enarcó una ceja, percatándose de su extraña mirada.
—Bueno… he ido a la cantina, si eso es a lo que te refieres.
Bien, por lo menos estaba siendo sincero con eso. Maya tragó saliva y prosiguió con otra pregunta.
—¿Y has ido… solo?
—No, de hecho… —de pronto, creyó entender lo que pasaba —espera, ¿que me has visto?
A ella se le tensaron los músculos y él sonrió.
—Ya veo… así que estabas por los pasillos esta mañana.
—He llegado un poco tarde… —argumentó la muchacha. —Y al pasar por la cantina… he visto que estabas con… la nueva profesora.
—Ah, o sea que ya sabes quién es.
"¡¿Que si lo sé?!" Aunque tuviera ganas de gritar, no lo hizo y aguantó al

pie del cañón.
—Sí… sé quien es. —La voz le salió más ronca de lo habitual, algo que él advirtió enseguida.
—Maya, ¿sucede algo...?
—No lo sé… ¿por qué no me lo dices tú… Mitri?
Al oír el apodo, lo entendió todo.
—Vale… ya veo por dónde van los tiros. —Se pasó una mano por los cabellos mientras resoplaba. —Oye, no sé lo que estás pensando pero te aseguro que Débora es sólo una vieja amiga de la universidad...
—Pues según ella tuvisteis algo más que simple "amistad". —No pudo evitar escupir la palabra con desdén.
Él se la quedó mirando con una sonrisa sin humor.
—¿Te lo ha dicho ella?
—No… pero sí lo he oído de su boca cuando hablaba con Héctor.
—Con Héctor… —Dimitri apretó los dientes, suponiendo que ese mocoso tendría mucho que ver en el tema. —De acuerdo, mira… lo que tuve con Débora… no significó nada. Éramos jóvenes y hacíamos mucho el burro, esa es la verdad. Ni siquiera estábamos saliendo. Y si te preocupa que me dé por rememorar viejos tiempos, te aseguro que no va a pasar. Sólo estoy interesado en una chica y esa eres tú. No necesito a nadie más.
Esas dulces palabras lograron llegar hasta su corazón, pero su delicada inseguridad seguía también latente.
—Es… muy guapa. Yo en cambio…
Dimitri eliminó la distancia que los separaba y la abrazó posesivamente.
—¿De verdad crees —le susurró al oído —que me importa eso? Tú eres mucho más encantadora.
Aunque supiera que no era verdad, aquello la hizo sonreír entre sus brazos mientras inspiraba el perfume de su ropa, algo que añoraba desde que habían decidido limitar sus encuentros.
—No pienses nunca que me iré con otra sólo por el físico. —Y añadió, bromeando: —Además, es mayor que yo. No me van ese tipo de fetichismos. —Con esa frase consiguió arrancarle una carcajada por la ironía de su relación y aprovechó para besarla, permitiendo que se relajara. Luego tomó su rostro entre las manos. —¿Estás más tranquila?
Ella asintió.
—Sí… gracias.
Se miraron en silencio y Dimitri depositó un último beso en su frente.
—Hora de volver a casa, pues. Envíame un mensaje cuando llegues, ¿de acuerdo?
—De acuerdo.
Maya se apartó lentamente de él y le mantuvo la mirada hasta que desapareció tras las estanterías. Sí estaba mejor pero, en el fondo, seguía mosca por saber que hubiera habido otra antes que ella… aunque él le asegurara que no significaba nada. De hecho... ahora que lo pensaba, tras su primer beso también le había dicho que no significaba nada...
Se acarició los brazos instintivamente. ¿Quizás estaba pensando demasiado? Fuera como fuera, aquella noche tuvo un sueño horrible en la que su caballero la dejaba para irse con su antigua musa. Nunca había

agradecido tanto el sonido del despertador; ahora con pilas nuevas. Por desgracia, la pesadilla no iba a terminar ahí.
El instituto estaba lleno de gritos y jaleo como todas las mañanas, pero esta vez había algo nuevo. Nuevos rumores, para ser exacto.
Nada más tomar asiento, nuestra protagonista fue testigo de una conversación a sus espaldas entre varias compañeras que aprovechaban los cinco minutos antes de clase para ponerse al día.
—¿Te has enterado ya?
—¿De qué? —Preguntó la de piel más oscura.
—La profe nueva. Dicen que era la ex de Vega.
—¡No fastidies! ¿En serio?
—Yo he oído que están saliendo juntos otra vez. —Añadió una rubia de pelo liso.
—¿Entonces lo de Maya no era verdad?
—Eh. —La pelirroja le hizo señas a la morena para que bajara la voz, señalando a la susodicha, que se hizo la despistada a pesar de las ganas que tenía de replicarles.
—Ah…
La otra asintió y continuó expresándose más bajo, dificultando la escucha, así que Maya dio por finalizada su atención. De todos modos, ya había oído bastante. Con la experiencia anterior, sospechaba que esta vez también fuera obra de Héctor, pero eso era lo de menos. Aunque no se sintiera precisamente satisfecha con ello, se recordó a sí misma que Dimitri la quería a ella. Además, si todo el mundo se olvidaba de su relación, quizás podrían volver a verse más a menudo antes de lo previsto.
Eso la animó un poco, aunque no pudo evitar sentirse un tanto decepcionada, también. En el fondo, entendía perfectamente que Débora fuera más creíble como posible compañera de su profesor y, aunque él insistiera en que le interesaban otras cosas aparte de la guapura, no entendía cómo podía competir con esa mujer. De hecho, no sólo era sexy; tenía buen carácter y don de gentes, era dulce, amable, hablaba varias lenguas y además le encantaba el cine; algo que había descubierto durante su sustitución en la clase de Tecnología de la Información. Y eso por no mencionar que tanto alumnos como profesores la adoraban. ¿De verdad estaba Dimitri a salvo de sus encantos?
Héctor creía tener la respuesta a esa pregunta. Efectivamente, se había encargado de extender nuevos rumores y estaba preparando una encrucijada para Vega. Si bien su tiempo libre era escaso a causa de los exámenes que se avecinaban, sabía que no podía dejar pasar la oportunidad que le estaban brindando, así que investigó un poco los horarios de ambos profesores y descubrió ciertas coincidencias muy oportunas. Además, apostaría la mano a que Badía seguía interesada en él. No le resultaría difícil engañarla si metía la supuesta obsesión de Maya por medio y la convencía de que el bueno de Mitri necesitaba una nueva compañera.
Aprovechando el recreo, fue a la sala de profesores y les pidió si podía depositar una nota en el casillero de Vega. Peterson, que era el que en

aquel momento estaba de guardia, se lo permitió sin sospechar nada. Acto seguido, Héctor se encaminó hacia al patio, esperando localizar a Badía. Cuando la encontró, le pidió si podían hablar en privado, ya que necesitaba contarle algo importante. Ella accedió, preocupada por su supuesto desasosiego y terminaron en una clase vacía.
—¿Qué es eso tan importante, Gonzalez?
—Lo siento, necesitaba contárselo a alguien y he pensado en usted. —Él adoptó nuevamente su meticuloso papel, frunciendo las cejas como si estuviera sumamente preocupado. —Es que… me he enterado de algo que...
—Tranquilo, respira. —Ella le colocó una mano en el hombro para intentar ayudarlo. —Dime, ¿de qué te has enterado?
—Es Maya. —Dijo él. —Creo que va a cometer una locura de las suyas.
—¿Por qué?
—La he oído reservar una habitación en el hotel Apolo por teléfono para esta noche, a nombre de Dimitri de la Vega. —Mintió.
—¿Cómo? —Ella se sorprendió. —¿Estás seguro?
—Sí… y luego ha murmurado algo sobre una nota anónima o algo así. Sé que no debería sacar conclusiones precipitadas pero… tengo miedo de que sea otro de sus trucos para acercarse al profesor. Habría podido preguntárselo, pero… seguramente no lo habría admitido. Y aparte de mi palabra, no tengo más pruebas para delatarla…
—¿Lo sabe Mitri?
—No… —Se mordió el labio inferior, exagerando su confusa expresión de cordero degollado. —¿Debería decírselo?
—Pues… sí, claro que sí. —Respondió ella. —Tiene que saberlo.
Héctor se llevó las manos a la cara, aumentando también el temblor en su voz.
—Sí, pero… ¿y si no me cree? Maya y yo no nos llevamos muy bien… y él...
—Puedo acompañarte yo si quieres. Se lo diremos entre los dos y...
—No, no… —Héctor reprimió un chasquido de lengua. Tenía que andarse con cuidado para evitar que la profesora se entrometiera antes de tiempo.
—Puedo hacerlo solo, pero… aunque me escuche… estoy seguro de que irá igualmente.
—¿Por qué lo dices?
—No puedo asegurarlo, pero recuerdo que una vez pasaba por el pasillo y los oí hablar a escondidas en una clase. Maya le decía algo sobre unas fotografías que tenía…
Débora lo entendió al instante.
—¿Crees que le está haciendo chantaje?
—No lo sé… tal vez. —Se llevó la mano a la nuca, acariciándola nerviosamente. —De lo contrario, no tiene sentido que él esté tan pendiente de ella. Por otro lado, si me meto en medio a lo mejor empeoro las cosas… De hecho, el profesor se molesta cuando alguien le menciona a Maya… Incluso si lo intentara usted, no sé si le haría caso. Además, ella podría enterarse y quizás...
—Hum... —La profesora se cruzó de brazos para pensar.

—A veces pienso que… que bastaría con que lo viera con otra mujer.
—Musitó él. —Quizás se enfadaría, pero… tendría que aceptar que él no siente lo mismo por ella. Sería la excusa perfecta para que dejara de molestarlo…
—Francamente, González… si está tan obsesionada con él dudo que eso la detenga…
Las palabras de Badía fueron la piedra en el camino. Tenía razón, alguien con semejante estado mental no se daría por vencido tan fácilmente; es más, probablemente acabaría cometiendo un crimen… pero Héctor no podía otorgarle tanta maldad a Maya. Le interesaba que estuviera libre, no que la enviaran a un manicomio, de modo que redirigió un poco la conversación.
—Sí… pero no es la primera vez que hace algo así.
—¿No? —Nueva sorpresa para Badía.
—En realidad —prosiguió él —, le pasó lo mismo conmigo cuando estábamos en primero de secundaria. No me dejaba ni a sol ni a sombra… y se enfadaba cuando le decía que me dejara en paz. Intentó chantajearme también porque me pilló fumando...
—¿Fumando? —Ella elevó las cejas. —Espero que no te refieras a la droga.
Él dejó escapar una risita nerviosa.
—No, no, sólo era tabaco. Mis amigos lo hacían y… bueno, lo probé y ella me vio. Como sabía que mis padres me matarían si se enteraban me amenazó con contárselo si no salía con ella, pero al final, empecé a ir con una chica que me gustaba… y no me delató. Sí se puso hecha una furia, pero gracias a eso dejó de perseguirme. Según ella, no quería un chico que la engañara con otra.
—Ya veo. —Débora seguía dándole al coco mientras meditaba lo que le estaba contando y, de pronto, se le ocurrió. —En ese caso… quizás pueda ayudarte.
Él le devolvió una mirada asombrada, aunque interiormente estuviera cantando victoria.
—¿Cómo?
—Iré al hotel esta noche y me encontraré con Mitri. Me quedaré con él hasta que aparezca. Si nos ve juntos, puede que se dé por vencida.
—Esa es… ¡una idea genial! —La admiración era fácil de representar. —¡Sí, puede funcionar...!
—Entonces déjamelo a mí. —Ella le devolvió una sonrisa confiada.
—Ayudaremos a Mitri. Eso sí, luego tendré que avisar a sus padres por lo menos. Esta conducta no debería pasar desapercibida.
—Sí, claro...
Aunque no había pensado en esa posibilidad, también era un buen plan B. Si los padres de Maya se enteraban de que se veía con un profesor, a lo mejor se encargarían de separarlos. Con suerte, incluso lo expulsarían del instituto… pero mejor no complicar más las cosas por el momento. Si el plan funcionaba tal y como pensaba, Maya odiaría tanto a Dimitri que romperían enseguida y entonces ya tendría vía libre para conquistarla.
Intercambió un par de palabras más con Badía, confiándole la “misión” y

se marchó repitiéndole lo agradecido que estaba con ella. Cuando por fin estuvo a solas, estalló en carcajadas.

****

Ni Débora ni Dimitri coincidieron durante el resto del día, pero a éste no le pasó desapercibida la nota en su casillero. La letra le recordaba a la de Maya, aunque el mensaje le extrañó bastante.

"Hotel Apolo, esta noche a las 20 horas. Te espero."

De no haber sido testigo de su estrés, tal vez habría dudado… pero en aquel momento no pensó que ese mensaje no podía ser de Maya.

Capítulo 15

15

Eran cerca de las siete cuando Dimitri terminó completamente su jornada. Todavía le quedaba una buena hora antes de su supuesto encuentro con Maya en el hotel, así que decidió ir a pie, dejándose acariciar por la agradable brisa de la tarde.
Hacía calor y las calles rebosaban de actividad, por lo que un buen paseo le vendría bien antes de la conversación que pensaba tener con ella. Nunca la habría creído tan osada como para llegar hasta tal punto. ¿De verdad quería una noche de hotel con él? ¿Y de dónde sacaría el dinero? No pensaba que una joven en su condición tuviera una paga tan excepcional como para permitirse alquilar una habitación en el Apolo, porque no era de los baratos precisamente. Por otro lado, si era dinero ahorrado, no iba a permitir que se lo gastara así.
No es que le disgustara la idea de estar a solas con ella en la intimidad… es más, tras los pocos días sin pasar tiempo juntos, casi lo deseaba… pero no iba a traspasar la línea.
Si había algo que Dimitri tenía muy claro era su posición en la sociedad actual. Una menor casi adulta podía rozar un poco las reglas, pero si era él el responsable, la cosa se complicaba. No sólo lo tacharían de pervertido, incluso podrían darle el título de pederasta, aunque no se acercara lo más mínimo a semejante atrocidad. Tendría que dejárselo muy claro a Maya; hasta que no cumpliera los dieciocho, no iban a hacer nada… aunque tuviera que esperar una eternidad.
Sonrió con amargura. Hasta ahora no se había planteado alcanzar ese nivel en la relación. Para él, los encuentros en secreto y los besos robados eran mucho más emocionantes que el pensar en desvirgarla. Además, conociéndola como la conocía, estaba seguro de que la primera vez sería un desastre. Un tanto cómica también. Se la imaginaba estresadísima, no queriendo decepcionarlo pero con un miedo terrible a que le hiciera daño, imposible de relajarse.
Sólo pensar en eso le entraron ganas de reír. Maya era como un puzzle de esos que requieren mucha maniobra; un interesante reto con el que jamás podría aburrirse. No podía estar más agradecido de haberse topado con ella en la vida, pero se prometió a sí mismo que haría bien las cosas. Despacio, como cuando uno saborea suavemente un delicioso helado, haciéndolo durar en el paladar antes de que se derrita y desaparezca garganta abajo.
Carraspeó ante la comparación y se sintió un tanto culpable al dejarse llevar por su imaginación.
Por fin, tras un breve trecho de más, alcanzó el cruce donde comenzaba el parque central. Más allá, al final de un bello pasillo de platanáceas, se erguía el majestuoso hotel Apolo, con su grandiosa fuente en la entrada, acompañado por su restaurante de grandes ventanales y exquisita fachada.

Consultó el reloj en su muñeca y comprobó que había llegado pronto, así que avanzó por el túnel de árboles hasta la fuente y se sentó en uno de los bordes, depositando la maleta a sus pies y llenándose los pulmones de aire fresco mientras echaba levemente la cabeza hacia atrás con los ojos cerrados.
De repente, una voz familiar llegó hasta sus oídos y, al abrirlos, reconoció el rostro angelical de su antigua compañera de fatigas.
—Has venido.
—¿Eh? —Por un instante, su cabeza perdió el hilo.
—La nota anónima. —Especificó ella, habiéndolo comprobado de primera mano nada más hablar con Héctor. —La que te dejé en el casillero. La has leído, si no no estarías aquí.
Dimitri se permitió unos segundos para descubrir que Débora iba vestida para salir; nada comparado con su atuendo de todos los días. Un ceñido vestido rojo envolvía sensualmente las curvas de su cintura y caderas, en harmonía con el escote triangular que resaltaba la forma de su pecho. Llevaba un pequeño bolso negro y zapatos de tacón de aguja de color carmín. Su rostro, impecablemente maquillado, lucía fresco y hermoso, enmarcado por su largo pelo liso. Sin embargo, incluso con semejante belleza ante sus ojos, el profesor no pasó por alto su error.
—Entonces… ¿era tuya?
—Sí. —Débora se llevó una mano a la nuca, enroscando un mechón de pelo en su dedo índice como solía hacer cuando se ruborizaba. —Pensé que estaría bien vernos fuera del trabajo y… recordar un poco los años en la universidad. Tenía intención de invitarte a cenar en el restaurante… Espero que no te haya parecido muy atrevido.
—Em… no, tan sólo… me ha sorprendido un poco. —Se forzó a sonreír para no delatar el bochorno que sentía.
Tendría que haberlo imaginado. Maya no lo habría citado jamás de esa forma… y de hacerlo, probablemente se lo habría dicho cara a cara, para no correr el riesgo de que otros pudieran ver la nota.
Suspiró con cierto alivio, contento de no tener que hablar con ella sobre el tema, pero ahora se le presentaba otro reto.
—Esto… podrías habérmelo dicho en persona o enviarme un mensaje.
—Se levantó mientras se recolocaba la bandolera en el hombro. —Nuestra amistad no es ningún secreto.
Ella dejó escapar una risita nerviosa.
—Sí, tienes razón… pero me parecía más emocionante así.
—Ya… —Él golpeteó su propio muslo con la mano mientras buscaba las palabras adecuadas. —Mira, Deb… yo… no quiero que te sepa mal, pero… no puedo cenar contigo hoy. No estoy vestido para la ocasión y además…
—Oh, no te preocupes. —Ella le restó importancia. —Aquí viene gente de todas partes y muchos van incluso en pantalón corto...
—No me refiero a eso. —Ante su expresión confusa, inspiró aire y musitó:
—Estoy… con alguien.
—Oh. —Ella reconoció por fin el rechazo, pero no quiso darse por vencida. Probablemente era cierto que Maya le estaba haciendo chantaje.
—Eres una buena chica y te aprecio mucho, en serio —se apresuró a

añadir él —, pero de verdad que no puedo...
Débora sonrió como si la situación no la afectara.
—Bueno… no tiene por qué ser una cita. Al fin y al cabo… lo nuestro no funcionó en su tiempo. —Dejó salir una carcajada. —Sería estúpido intentarlo una segunda vez… —Su expresión se entristeció un poco.
—Aunque entiendo que quieras serle fiel a tu… a esa persona con la que estás… ¿no podrías hacer una excepción por esta noche? ¿Por los viejos tiempos? —Sus ojos atravesaron los suyos y el profesor se dejó enternecer por la culpa.
Era cierto que nunca habían llegado a nada a pesar de los encuentros que habían tenido aquí y allá… pero también sería desconsiderado por su parte no hacerle ese favor. Tenía razón, no tenía por qué ser una cita. Podían cenar juntos y luego irse a casa. Habría podido incluso decírselo a Maya… aunque descartó esa posibilidad al recordar su carita celosa. Sin duda, sería peor.
Suspiró, cansado de batallar con su conciencia, y decidió que en realidad no había nada de malo en compartir una buena comida con una compañera del trabajo.
—Está bien. Una cena rápida y a casa.
—Hecho.
Débora le dedicó su mejor sonrisa, vencedora de la batalla.

****

Maya dejó por fin el bolígrafo y el cuaderno con un buen resoplido, y estiró los brazos sin moverse aún de la silla. Tenía unas ganas enormes de terminar el curso y las pruebas de acceso a la universidad sólo para olvidarse por fin de las matemáticas y las ciencias. Tantos deberes no podían ser buenos para su cabeza.
Todavía quedaba un rato para que su madre la llamara a cenar, pero estaba tan agotada que habría podido irse a dormir sin probar bocado. Sin mucho más que hacer, se levantó para atrapar un libro de la estantería y ojearlo en la cama, mucho más cómoda.
Dos segundos después de haber encontrado la buena posición, su teléfono vibró. Cuando el perfil de Héctor apareció en la pantalla, se sorprendió, pero enseguida desconfió. ¿Cómo diablos había conseguido su número?
"¿¿¿¿Estás ahí????" Le preguntaba.
Maya suspiró y decidió ignorarlo. Cuatro mensajes después, terminó por atrapar nuevamente el teléfono y accedió a la conversación con intención de bloquearlo. Sin embargo, sus ojos captaron al instante una imagen que la dejó fuera de lugar: la figura de Dimitri a través del cristal de un restaurante frente a Débora en una mesa bien parada, con su botella de vino incluída. Debajo, las palabras de Héctor.
"Hotel Apolo hace diez minutos".
"Los he visto por casualidad pero creo que acababan de entrar".
"Estoy abajo de tu casa".

Efectivamente, el timbre sonó y, a los pocos segundos, su madre la llamó.
—¡Maya, ha venido un amigo tuyo!
—Amigo… —murmuró, incapaz de moverse por un instante. Cuando recuperó conciencia de lo que había visto, bajó a toda prisa y se reunió con él en la puerta mientras su madre regresaba a la cocina.
—Lo has visto, ¿no? —Le preguntó él, todo serio. —Creía que te interesaría saberlo.
—¿Qué pretendes con esto?
—¿Yo? —Héctor sonrió con la incredulidad pintada en el rostro. —¿Tú qué crees? Me sentía culpable por lo de los rumores del instituto pero… al verlos a los dos así, no he podido quedarme de brazos cruzados. La verdad, no me tragué lo de que habíais cortado, pero pensaba que el profe te sería fiel al menos.
Maya apretó los labios con rabia. Las palabras que Dimitri le había dicho no deberían caer en saco roto. Confiaba en él, pero… aquella foto, junto con los rumores de sus compañeras de clase… todo comenzaba a formar un tremendo lío un su cabeza. Quería creer en su profesor, en aquel a quien quería, pero…
—Esa foto no demuestra nada. —Hizo un esfuerzo por defenderlo. No podía aceptarlo así como así; debía de haber una explicación. —Se habrán encontrado por casualidad y…
—¿Con ese vestido? —Héctor elevó una ceja. —Sí, ya me imagino a Badía. —Y se puso a actuar, moviendo las manos con una voz que pretendía ser femenina. —"Oh, Mitri, qué casualidad. Justo me había puesto este modelito tan provocativo para salir a cenar sola; a ver si pillaba cacho. ¿Querrías acompañarme?" —Y bajó los brazos para dirigirle una mirada adusta. —¿En serio?
Ella reprimió un gruñido. No quería darle la razón, pero le estaba resultando difícil. Sin embargo, fue él quien tomó la iniciativa.
—He venido hasta aquí, no sólo para decírtelo. Quiero que lo veas con tus propios ojos.
—¿Y por qué querría eso?
—Para que te enteres de una vez que ese tío es un aprovechado que no te conviene. —Le soltó, agarrándola por el brazo. —Venga, aún no deben haber comenzado el segundo plato.
—¡Eh, espera! —Ella se zafó de su mano. —No tengo por qué ir. Confío en él. Además, lo que haga no es asunto tuyo.
Héctor negó con la cabeza, sonriendo sin humor.
—Lo es si tiene que ver con la chica que me gusta.
Aquellas palabras la dejaron boquiabierta; tanto que tardó varios segundos en reaccionar.
—¿…qué?
Él dejó escapar el aire por la nariz antes de encararse otra vez a sus ojos.

—Me gustas, Maya. Mucho. —Insistió. —Y sé que he sido muy burro metiéndome contigo. En el fondo… no sabía cómo decírtelo y… me frustraba. Cuando supe que estabas con Vega… sentí como si me hubieran

apuñalado. Me enfadé mucho y esparcí esos rumores. No me di cuenta del daño que te estaba haciendo hasta que fue demasiado tarde. Luego… pensé que me merecía tu desprecio por haber actuado sin pensar y lo acabé aceptando porque creía que serías feliz con él, pero… cuando veo lo que está haciendo a tus espaldas… no puedo soportarlo. Para mí… que te engañe así es… lo peor. Si fuera yo, jamás te la jugaría de esta forma.
Un poderoso silencio se abrió paso entre ambos.
Maya procesaba la información como si se tratara de una ecuación matemática llena de incógnitas. Por un lado, la confesión de Héctor había logrado descolocarla. Sencillamente, no se la esperaba; habían intercambiado demasiados insultos como para pensar siquiera que podrían llegar a ser algo más que compañeros de clase. Sin embargo, lo cortés no quita lo valiente. Aunque las intenciones de Héctor fueran buenas, ella seguía queriendo confiar en Dimitri a pesar de todo.
Era cierto que la fotografía daba bastante rienda suelta a la imaginación... pero no quería seguir sospechando de él. Había decidido creerle... aunque ahora mismo le estuviera costando horrores no ir a comprobar el encuentro de primera mano.
Inspiró hondo para calmar la ligera presión en el pecho y se abrazó instintivamente.
—Yo... creo en Dimitri. Sé que no me la jugaría con ella. —Aunque lo intentó, no sonó muy convincente y Héctor pudo apreciar fácilmente la grieta de la duda.
—Entonces ven conmigo. —Le insistió. —Si tanto crees en él, no te importará verlo con tus propios ojos, ¿cierto? ¿O acaso tienes miedo de descubrir algo que no quieres?
Ese chico sabía dónde atacar. Era cierto; en el fondo se moría de ganas de ir a comprobarlo, aunque se arriesgara a ver algo que no debiera.
La escenita de la cantina le vino de repente a la mente y supo que no le quedaba más remedio que seguir a Héctor. De lo contrario, estaría dándole a la cabeza toda la noche y terminaría probablemente llorando de impotencia por no saber si Dimitri la estaba engañando en realidad o no.
Ojos que no ven, corazón que no siente, dice la gente... pero cuando hay oídos de por medio, el corazón sí que lo siente.
Tan sólo tenía que comprobar que se tratara de una inocente cena entre compañeros de trabajo... nada más, aunque tampoco podría acercarse demasiado para no levantar las sospechas de Badía. Todavía no podía delatar su relación con el profesor a pesar de todo.
Con un movimiento rápido, atrapó su chaquetilla de la percha y dirigió una frase en voz alta hacia la cocina.
—¡Mamá, voy a salir un momento! ¡Regreso enseguida!
La mujer apenas tuvo tiempo de asomarse antes de que la puerta se cerrara tras de Maya.

Capítulo 16

16

La comida tenía un sabor exquisito, pero Déborah estaba más pendiente de su teléfono que del sabroso filete de lenguado al pil pil danzando en su boca.
—¿Estás esperando una llamada? —A Dimitri no le pasó desapercibido el detalle.
—Oh, no... bueno, sí. —En realidad no esperaba una llamada, si no un mensaje. González le había dicho que le enviaría uno cuando Maya se pusiera en camino hacia al restaurante. El plan era un poco difuso, pero Badía tenía un as escondido en la manga en caso de emergencia. —De mi madre. —Mintió. —Tengo que... acompañarla mañana a hacer unos recados y me ha dicho que me llamaría para indicarme a qué hora nos encontraremos. Eso es todo.
—Ah, de acuerdo. —Dimitri bebió un poco de vino y degustó el acompañamiento de patatas en salsa de su secreto ibérico. La verdad, guardaría la dirección del restaurante en mente. Quizás trajera a Maya un día, cuando su situación fuera más estable.
De pronto, aún teniéndolo en silencio, Déborah pudo sentir la vibración del teléfono en sus dedos y le echó un vistazo rápido para verificar que se trataba de su alumno.
—Voy un momento a los servicios. —Se levantó graciosamente y se alejó de la mesa, dejando a su compañero a solas con el segundo plato. Permaneció en un rincón cerca del baño de señoras y accedió al mensaje de González sin perder de vista la espalda de Dimitri.
“Maya viene.”
Esas fueron las dos palabras que necesitaba. Ahora sólo tenía que poner en práctica el resto del plan y asegurarse de que la chica presenciara la escena. No sería muy difícil, aunque, en caso de enfrentamiento directo, quizás fuera pertinente una “prueba” de su supuesta relación con el profesor.
Esperó unos minutos, dándose tiempo por si surgía algún inconveniente de última hora y, al ver que González no decía nada más, regresó en dirección a la mesa. No obstante, percibió que era un buen momento para poner en práctica un pequeño truco, así que se acercó, captando la atención de Dimitri con la voz para que girara la cabeza e hizo como si tropezara con los zapatos de tacón, terminado encima de él y manchándole la camisa.
Esa táctica no era muy fina, que digamos, pero el carmín en el cuello del profesor sería un oportuno detalle a remarcar por Maya si se presentaba la ocasión.
—¡Oh, Diós mío! —Exclamó, elevando ligeramente la voz. —Perdóname, he tropezado y...
—Ya, no... pasa nada. La lavaré.
En realidad, a Dimitri no le hacía ni puñetera gracia llevar la visible marca

de los sugerentes labios de Déborah en su camisa; y no sólo porque fuera una de sus favoritas. Le costaría mucho quitar la mancha... si es que lo conseguía.
—De verdad, lo siento tanto... —Ella se le acercó un poco más, atrapando una punta del cuello de su camisa para verificar el estropício. Sí, sus labios eran bien visibles. —Oye, si quieres te la lavo en casa y te la traigo...
—No hace falta, de verdad. —Dimitri se esforzó en restarle importancia al verla tan cerca. La situación se le estaba escapando de las manos y comenzaba a arrepentirse de haber aceptado cenar con ella.

****

Maya caminaba tras Héctor, repitiéndose una y otra vez que no podía ser, que Dimitri no la engañaría jamás, y menos aún con su ex... pero en el fondo dudaba. Dudaba mucho. ¿Acaso no le había dicho él que no tenía nada con ella...? ¿Qué hacían entonces cenando juntos? Y no podía ser un fotomontaje; de lo contrario no tendría sentido que Héctor la condujera hacia allá.
Llegando ya al parque, el muchacho la llevó por un atajo hasta el túnel de platanáceos frente al hotel Apolo. Allí le hizo señas para que lo siguiera y se acercaron al restaurante, manteniendo cierta distancia en la oscuridad, a la ténue luz de las farolas que ya se habían iluminado.
Maya pudo entonces reconocer con claridad las siluetas de ambos profesores. Badía estaba de pie, inclinada sobre Dimitri, que gesticulaba con las manos mientras le decía algo incomprensible.
—¿Lo ves? —Héctor no perdió la oportunidad de remarcárselo. —Ahí están los dos, cenando como una parejita feliz. ¿Necesitas más pruebas? —Y aprovechando que la muchacha estaba completamente enfocada en la ventana, usó la linterna de su móvil disimuladamente para enviarle una señal a la profesora, que captó la luz enseguida.
—Débora, en serio; déjalo ya. No pasa nada con la condenada camisa. Tengo más en casa. —A Dimitri ya le estaba cansando el numerito, sobretodo por las miradas sonrientes que les lanzaban otras personas desde las mesas contiguas.
Badía asumió la responsabilidad de lo que iba a pasar seguidamente. Seguía sujetando el cuello de la camisa de Dimitri como una lapa y sus ojos ya habían localizado no sólo la luz de la linterna de González, sino también la silueta de Maya bajo la luz lunar que se colaba entre las hojas de los árboles. La tenía justo donde la quería y tan sólo le quedaba un movimiento que hacer. Creyendo captar su mirada, se colocó un poco más de perfil, obligando al profesor a girar también la cabeza, y aprisionó sus mejillas repentinamente entre sus manos. Era ahora o nunca.
Tomándolo completemente desprevenido, atrapó sus labios con los suyos en un beso tan apasionado como le fue posible. Sin embargo, el contacto también fue extemadamente breve, ya que Dimitri se separó enseguida.

—¡¿P-pero qué…?! ¡Deb! —Se llevó la mano a los labios y la vio sonreír.
—¿D-de qué vas? ¡Te he dicho que estoy con alguien y aún así…!
—Estabas, Mitri. —Susurró ella, mirando en dirección a los árboles.
Aunque al principio no lo comprendió, el instinto lo instó a buscar el punto en el que había centrado su interés y, al girar la cabeza, sus ojos localizaron enseguida una silueta muy familiar; un rostro de ojos grandes y pelo corto, una boca medio abierta a juego con una expresión de auténtica incredulidad que, inspirando hondo, dio media vuelta para comenzar a correr.
—¡MAYA! —El grito asustó a los presentes, pero a Dimitri le importó bien poco. Se levantó de un salto, dispuesto a salir tras ella, y Déborah lo atrapó del brazo con mirada suplicante.
—Déjala ir. Ahora eres libre; ya no tienes que aparentar…
—¿¡Qué…?! ¡Vete al carajo, Deb!
El profesor reaccionó sin pensar; un tirón y quedó libre de aquellas manos, aunque preso de un terror que no había experimentado hasta entonces.
Como si lo persiguiera el mismísimo diablo, salió escopetado del restaurante, olvidando por completo sus pertenencias y desesperado por atrapar a Maya, que casi había llegado al final del paseo de platanáceos. No sabía por qué estaba allí en el momento más inoportuno, pero algo le decía que la culpa era suya, y sólo suya, por haber aceptado la invitación de Déborah en primer lugar. No obstante, jamás habría creído posible que la situación se desbordara hasta tal extremo.
—¡Maya, espera! —La llamó un par de veces más, pero ella no se detuvo. Al final, cuando iba a girar la esquina, logró agarrarle la muñeca al vuelo, forzándola a parar casi en seco.
—¡Déjame! —Ella hizo lo posible por zafarse, pero Dimitri la asió bien fuerte de los brazos, a pesar de estar recibiendo todos los empujones y arañazos.
—¡No, espera! ¡Escúchame! ¡No es lo que te piensas!
—¡He dicho que me sueltes!
Maya no se andó con chiquitas y le mordió una mano, haciendo que la soltara de un lado para poder tirar después del otro. Por fin libre, mantuvo las distancias para evitar que la volviera a aprisionar, pero no echó a correr nuevamente. Su cabeza era ahora un hervidero de emociones que amenazaban con sofocarla y tenía que dejarlas salir, aunque fuera a base de gritos.
—Maya...
—¡Ni se te ocurra decirme nada! —Lo amenazó, acusándolo con el dedo.
—¡No... digas... nada! —Tragó saliva e intentó recuperar la respiración mientras él la miraba con obvia culpabilidad.
El silencio permaneció apenas segundos hasta que Maya se llevó las manos al rostro y soltó todo cuanto quería decir.
—Tanto decirme que me querías... que esa tipa no significaba nada... Has estado jugando conmigo...
—No, eso no es verdad... —Dimitri intentó alargar la mano pero ella lo esquivó como el gato que se siente amenazado por un peligroso perro.

—¡No me toques! ¡No tienes derecho!
—Oye, sé lo que has visto, pero no es lo que piensas. Tan sólo un malentendido...
—¿Y esto? —Maya le atrapó el pliegue de la camisa con el carmín y tiró de él. —¿También es un malentendido?
—Sí; sólo estaba cenando con ella…
—Cenando con ella. —Maya sonrió sin humor. —Claro; y luego vendrían el café y los postres en una cómoda habitación. —Lo soltó, ofendida. —¡¿Te piensas que soy imbécil?!
—¿Quieres bajar la voz, por favor…?
—¡Estabas en un hotel con ella! —Pasó por alto su petición a pesar de las miradas que les lanzaban algunos transeúntes.
—En el restaurante de un hotel. —La corrigió él, intentando mantener la calma. —Y si he venido hasta aquí ha sido porque creía que eras tú la que me había citado…
Ella dejó escapar una carcajada, incrédula.
—¿No tienes una excusa mejor?
—Es la verdad.
—Oh, por supuesto. —Ironizó ella. —¿Y cómo se supone que te he hecho venir hasta aquí?
—Había una nota anónima en mi casillero en la que me pedían que viniera aquí a las ocho. Pensé que eras tú la que la había escrito.
—Tiene mucha lógica. —Ella no apagó su irónica sonrisa. —O sea, ya que no puedo verte en el instituto necesito dejarte una notita que, por cierto, no habría pasado desapercibida con mi presencia junto a tu casillero, para atraerte hasta un maldito hotel con intención de pasar un rato a solas. Como si mi DNI no demostrara que soy menor de edad. ¿De verdad te piensas que nos habrían dejado siquiera subir hasta la habitación?
Dimitri apretó los labios. No; desde luego que no... Y había sido muy burro por caer en la trampa. Quizás ... fuera por las ganas que él mismo tenía, en el fondo, de que fuera verdad.
—Me he equivocado. —Admitió. —Pero te juro que en ningún momento he pensado en pasar la noche con Déborah...
—Y, sin embargo, estabas cenando con ella a mis espaldas. —Remató la muchacha, viendo cómo se le tensaban los músculos de la cara.
Dimitri dejó escapar el aire de sus pulmones. No sabía ya qué decir. Era cierto que no tenía excusa con eso. Él mismo había decidido no contarle nada para no preocuparla... pero había conseguido justo el efecto contrario y ahora no sabía cómo escapar de la culpa.
¿Cómo había llegado a equivocarse tanto?
—Yo... no tendría que haberlo hecho, pero no creía que fuera a pasar nada. Deb es sólo una vieja...
—¿Amiga? —Instó ella, sospechosamente serena. —¿Por qué no elegimos una palabra más concreta? ¿Qué tal "ex-novia"?
Él suspiró.
—Te repito que no tuve una relación seria con ella...
—Pues deberías. —Maya asintió con la cabeza. —Hacéis buena pareja, después de todo.

Aquellas palabras lo dejaron de piedra.
—¿Qué quieres decir...?
Maya le mantuvo la mirada unos instantes, segura ya de lo que tenía que hacer.
La tristeza de verse engañada la había llevado a un estado de pura rabia, pasando por el coraje y, finalmente, el darse cuenta de que aquello no llevaba a ningún lado. Ahora sabía que no podía fiarse de él. Aunque sus sentimientos hubieran sido sinceros en un principio, esta situación le había demostrado que su relación estaría siempre llena de dudas. En realidad no conocía a Dimitri tanto como creía. No habían pasado más que unos meses juntos y en horas muy puntuales. A decir verdad, no sabía ni cuáles eran su color o grupo de música favoritos, si es que los tenía. Intimidades, habían compartido las justas y no se habían planteado ir todavía más allá. Además... lo admitiera o no, la diferencia de edad también representaba un punto clave.
Ella no tenía ninguna experiencia. Jamás antes había tenido un novio de verdad y ni siquiera sabía si compartían otros gustos que la literatura medieval y los bocadillos de la cantina.
¿De verdad podía considerarse eso una relación seria?
—Creo que... ha llegado el momento de pasar página. —Murmuró por fin, asumiendo la responsabilidad de lo que iba a decirle. —Esto... no me hace ningún bien, pero... estoy segura de que tú también te has dado cuenta de que nuestra "relación" no tiene ni pies ni cabeza. —Tragó saliva y no lo dejó hablar cuando abrió la boca para replicar. —Te he besado cientos de veces, pero si alguien me preguntara lo que sé de ti... no podría responderle. En realidad no te conozco. No he pasado contigo ni una pequeña parte del tiempo que lo hizo Badía durante vuestros años en la universidad; y apenas puedo soportarlo cuando me entero de que probablemente te acostabas con ella. ¿Cómo crées que me siento cuando nos cruzamos por el pasillo? —Se permitió una pequeña pausa, que él le respetó, y prosiguió. —Ya desde el principio hemos tenido que escondernos para que otros no supieran que estábamos juntos. Nos han puesto a prueba mil veces; hemos tenido que mentir y arriesgar tu trabajo y mi expediente para poder seguir viéndonos a escondidas... ¿Y todo para qué? ¿Para sufrir todavía más? ¿Qué clase de vida es esa? Y eso sin contar con las "necesidades" que debes de estar reprimiendo conmigo cuando podrías satisfacerlas con la profesora.
—Dijimos que sólo sería un mes. —Él intentó cambiar la dirección que estaba tomando la conversación, obviando también el último comentario.
—Cuando haya terminado el curso...
—No quiero esperar un mes. —Le cortó ella. —De hecho, ya no quiero esperar nada. Estoy harta, Dimitri. Se acabó.
Aquellas palabras fueron como un puñal, y no sólo por lo que significaban. El rostro de Maya se había vuelto tan extrañamente imperturbable que hasta tenía sus dudas de que fuera realmente ella la que hablara. ¿Dónde estaba su dulce y emocional abejita? Maya no se habría tomado jamás la ruptura con tanta frialdad... ¿o acaso... tenía razón? ¿De verdad no se conocían a pesar de todo?

Dimitri tragó saliva sin apartar la vista de aquellos ojos marrones y se oyó decir: —Entonces… ¿ya está? ¿Así termina todo?
Maya aguantó unos segundos en silencio, se lamió los labios y dictó el final de la sentencia.
—Sí. Así termina todo.
Y tras esas palabras, perdiendo de pronto el valor para mirarlo nuevamente a la cara, dio media vuelta y se despidió antes de comenzar a caminar.
—Adiós, Dimitri.
Alejándose por la calle, lo dejó atrás, en pie y totalmente quieto, como un árbol que ha echado raíces y que ya no va a moverse.

Capítulo 17

17

Fue un fin de semana muy duro para Maya. Lloró largo y tendido por la impotencia, por la rabia, por la ignorancia y por todas las esperanzas que había puesto en que su relación funcionara. Lloró hasta que no le quedaron más lágrimas y recuperó las fuerzas, tales que le dieron el coraje para poner fin definitivamente al sueño que había vivido. Un sueño que, aunque hermoso al principio, se había transformado en una pesadilla de la que ya no quería saber nada.
Entrada la noche del domingo, frente a su ordenador y con el chat abierto, sus dedos deslizaron el ratón por su lista de contactos hasta el desdichado nombre que aguardaba en la cima. Tragó saliva y respiró profundamente, sabiendo que no podría dejar las cosas atrás si se agarraba a falsas esperanzas... y todas ellas eran eso, falsas. Después de lo sucedido ya no tenía sentido pensar que Dimitri fuera inocente. Lo mirara como lo mirara, le había ocultado su cita con Badía y ya no se merecía ni su piedad. De todos modos, no creía que le importara. Probablemente ya estaría en sus brazos ahora que su libertad había regresado.
Su mente recreó la imagen de ambos en un tierno abrazo de película que hasta le habría parecido adorable de no ser porque los protagonistas la repugnaban.
Cerró los ojos un segundo, murmurando que había llegado el momento de terminar con eso... y cliqueó con el botón derecho para acceder a la opción de eliminación. Una última advertencia se presentó en forma de mensaje. "¿Desea borrar este contacto de su lista?"
La tentación de escoger el "no" era obvia... pero ya no podía más. Si quería olvidarse realmente de Dimitri, tenía que dar el paso y empezar de nuevo.
Borró finalmente su perfil y dejó escapar el aire de los pulmones, echándose atrás en la silla y tragando nuevamente la saliva acumulada en su boca. Ya no había marcha atrás y estaba segura de que él recibiría la notificación.
Se lo imaginó sentado frente a su ordenador y una parte de ella deseó que en su rostro se reflejara el dolor de haberla perdido. Sonaba egoísta y cruel... pero de verdad quería que sintiera lo que ella había sentido en todas esas horas que se había pasado en la habitación, deseando morir por pena.
Se abrazó a sí misma y esperó sin saber exactamente el qué. Quizás una señal de que estaba haciendo lo correcto... pero esta no llegó.
Sin embargo, al otro lado de la red, una silueta sumida en la penumbra de un apartamento sencillamente elegante, lleno de estanterías de libros y papeles en el escritorio, levantaba la cabeza que tenía apoyada en los brazos, prueba de una larga e interminable noche de insomnio y estrés.
Dimitri atrapó su teléfono y accedió a la sección de favoritos entre sus contactos. Su dedo posaba a escasos milímetros de la pantalla, sobre el

nombre de Maya, soportando las ganas de llamarla, pero el miedo siempre lo echaba para atrás. No podía. No debía. Era cierto que le había mentido y se sentía como el mayor canalla del mundo. Tras la ruptura había regresado a casa como lo haría un zombie, sin percatarse de su alrededor ni de los peligros de la ciudad que, afortunadamente, no habían causado más estragos en su vida. Y luego, sentado en su pequeño sofá, se había dejado hipnotizar por su propio arrepentimiento sin ver pasar las horas, pensando una y otra vez cómo había podido suceder todo... y tan rápido. Su rostro, ahora con barba de dos días, se veía cansado y apagado, pero le daba igual.

El sonido de una notificación del chat llamó su atención, consiguiendo que una chispa de esperanza iluminara su corazón por un segundo.

Cuando sus ojos leyeron el mensaje, todo atisbo de ilusión que hubiera podido salvar terminó de derrumbarse. Maya lo había borrado y bloqueado de sus contactos. Un hecho que ponía punto y final a la relación y que le confirmaba que ya no había vuelta atrás.

En sus labios se dibujó una sonrisa de labios apretados que dejó entrever los dientes mientras soportaba las nuevas sensaciones que se le extendían por el cuerpo. Levantándose de un salto, sabiendo que tenía que deshacerse de la presión que le oprimía el pecho, atrapó un par de libros de los que tenía en el escritorio y los lanzó contra la pared sin inmutarse por el estropicio. No fue suficiente y tuvo que echar mano de la papelera que guardaba bajo la mesa. La estrelló contra el suelo y se dejó caer finalmente, resbalando por la madera hasta quedar sentado en una posición que ya le era familiar. Aquel momento le recordaba a la perfección la etapa que había pasado junto a su madre tras el divorcio. La frustración, la impotencia de ver cómo se torcían las cosas sin poder hacer nada... de niño había llorado mucho a escondidas para que los mayores no lo supieran, pero su forma de lidiar con los problemas había conseguido fortalecerlo. Cualquiera que lo conociera pensaría que era casi de piedra, con nervios de acero y estricto carácter... y esa coraza nunca había sido tan fácil de romper... hasta ahora. No se había dado cuenta de lo que significaba tener a Maya a su lado. Al principio parecía simplemente una relación que le gustaba, que le hacía sentir satisfecho y en paz... pero al parecer era más que eso. Aún sin haber llegado a los placeres más allá de los simples besos, la pequeña había logrado hacerse un hueco en su vida sin ni siquiera darse cuenta. ¿Cuándo había comenzado a sentir que la necesitaba tanto? ¿Y el adulto imperturbable que era capaz de comerse el mundo? ¿Dónde estaba esa confianza que lo caracterizaba...? De repente, lo vio claro. Abandono. Soledad.

En el fondo formaba parte de su vida, y no sólo por su padre. Siempre había estado solo y se había acostumbrado porque no conocía nada más. Sus “amistades” de crío se habían roto precisamente porque muchos se sentían violentos con su situación; y en la universidad ni siquiera se había molestado en hacer amigos. Déborah era quizás la única con la que había hecho buenas migas y sólo porque se atraían físicamente... Maya, en cambio... le había dado su corazón desde el principio. Le había declarado sus sentimientos sinceramente y no buscaba en él más que el hecho de

que la correspondiera. Era tierna y espontánea, como un conejillo que busca las carícias y la seguridad de unos brazos entre los que sentirse protegido. Y él... él la había dejado caer.
Hundiendo la cabeza en los brazos que reposaban en sus rodillas, se maldijo nuevamente y se quedó ahí quieto, dejando pasar las horas y sabiendo que tardaría unas cuantas más en recuperar la serenidad. Si es que podía hacerlo esta vez.

****

Lunes de nuevo. Ambos sabían que un posible encuentro era inminente, pero habiendo llegado a este punto, sólo les quedaba encararse a dicho "peligro" sin ir más lejos.
Maya ascendió por las escaleras como cada mañana hasta el segundo piso y giró por el pasillo en dirección a su clase con la mirada fija en el horizonte para evitar los ojos de cualquiera que pudiera notar el estrés que burbujeaba en su sangre.
Cuando sus pasos llegaron a la siguiente esquina, viró nuevamente y se detuvo frente a su clase. La primera parte del día ya estaba superada, pues le esperaban dos largas horas de Inglés y Filosofía antes del recreo. Transcurrido ese tiempo, y tras el inesperado trabajo que Bukowski les había puesto para asegurarse un par de puntos extra en la nota final, se vio obligada a cambiar su ruta hacia la cantina para ir a la biblioteca.
La bibliotecaria no le prestó demasiada atención, así que pasó de largo y se dirigió silenciosamente hacia la sección de Filosofía. Estuvo algunos minutos buscando hasta que localizó un libro que podía resultarle útil y caminó inconscientemente hacia la cueva. Por fortuna, unos metros antes de llegar, retomó consciencia y sus pies se clavaron en el suelo. ¿Qué estaba haciendo? Ese era precisamente el peor lugar a donde ir. ¿Qué pasaría si se topaba con él...?
No pudo evitar que la visión de un encuentro frente a frente se expandiera entre sus pensamientos. Una situación tan violenta emocionalmente como aterradora. Y no sólo porque no se sintiera todavía capaz de mirarlo a la cara. De hecho, sabía que el tiempo apremiaba y que el miércoles estaba a la vuelta de la esquina como quien dice. Tarde o temprano tendría que enfrentarlo... ¿o no? Se planteó el hecho de faltar a las clases. Después de todo... ¿no era él quien le había propuesto al principio que lo dejara en paz a cambio de un aprobado? Sí... aunque tampoco estaba segura de que se lo perdonara en estas condiciones.
Pero eso daba igual ahora. Lo mejor sería dar media vuelta y largarse de allí cuanto antes. Y eso hizo... o, al menos, lo intentó.
Sus ojos se agrandaron al reconocer el rostro que se había acercado por detrás y el instinto la empujó a retroceder. Un movimiento que la hizo tropezar contra la estantería, dejando caer algunos libros.
Pasado el susto inicial, se quedó petrificada mientras él se acercaba. No estaba preparada; no sabía qué decir ni qué hacer, así que se limitó a

bajar la mirada y se dio cuenta de que Dimitri se agachaba. Lentamente, lo vio recoger los tres libros del suelo y su rostro se elevó por encima de ella, bloqueando su punto de mira con el pecho sin llegar a tocarla.
El profesor elevó el brazo para depositar dos de los libros sin inmutarse por lo acorralada que se sentía ella y colocó el último a la altura de su pequeña cabeza, detrás de su hombro izquierdo.
Su mano restó en la estantería unos segundos, resistiendo quizás las ganas de deslizarse hacia abajo, y se imaginó por un segundo que la tomaba en sus brazos nuevamente.
Maya mantuvo la mirada en su pecho todo el rato, negándose a levantarla porque sabía que se toparía con la de él, y sintió su respiración en la frente.
Cerró los ojos en el silencio de aquella escena, que estaba resucitando algo que no quería sentir, e inspiró su perfume al intentar recuperar algo de aire.
Su olor le removió las entrañas y apretó los labios para reprimir las ganas de mordisquear lo que tuviera delante.
Sentía la presencia de Dimitri tan cerca que casi habría creído que sus narices se tocaban. Para ser sincera, habría jurado que sus labios estaban a milímetros de distancia, pero no quería comprobarlo. No quería abrir de nuevo los ojos y redescubrir la peligrosa tentación que la había llevado a enamorarse de él en primer lugar.
Con toda su fuerza de voluntad, giró la cabeza hacia un lado por si acaso, aguantando como una estaca, apretando los puños y, por primera vez, sabiendo lo que era realmente desear el roce de una mano en su piel.
Sin embargo, todo pareció regresar a la calma en cuestión de segundos. El ambiente se enfrió como por arte de magia y, al recobrar la fuerza para abrir los ojos, se dio cuenta de que Dimitri ya no estaba ahí. Fue tal el alivio, que sus rodillas cedieron y terminó en el suelo, respirando al ritmo de una locomotora, como si hubiera estado aguantando el aire durante horas. Y es que esa era la sensación que tenía.
Cuando el timbre sonó para anunciar el final del recreo, aún estaba en la misma posición, perdida en el recuerdo del descontrol que había experimentado su cuerpo. Si el profesor le provocaba todavía semejante efecto... ¿Cómo sería el miércoles, cuando tuviera que soportar su presencia durante una hora...? Sí, es cierto que no estarían solos, pero... ¿acaso podría esquivar su mirada durante sesenta minutos seguidos sin sucumbir a la tentación? En el fondo era natural que no hubiera superado todavía esa etapa de la ruptura, pero... ¿cómo iba a hacerlo si cada vez que se encontraban sentía que le faltaba el oxígeno?
"No... esto no puede seguir así...". Se dijo a sí misma, sabiendo que sólo había una posible solución.
Levantándose con pesadez, retomó finalmente su camino hacia la siguiente clase y se sorprendió cuando vio a sus compañeros saliendo por la puerta. La oportuna ausencia de Dolors Capdevila, la profesora de literatura contemporánea, representaba una oportunidad idónea para aprovechar el tiempo en cosas más "útiles". Entre ellas, devorar un bocadillo de jamón en la cantina o escaparse al patio a disfrutar del

solecito casi veraniego. Más Maya no tuvo ocasión de decidir puesto que Héctor la interceptó antes de que lograra siquiera entrar.
—¿Podemos hablar?
Su rostro emanaba empatía, pero Maya no sabía ya lo que pensar de él. Héctor había sido, de algún modo, el detonante del fin. Puede que la relación con Dimitri estuviera condenada al fracaso desde el inicio, pero ese muchacho, aunque fuera con buenas intenciones, era el responsable de acelerar el proceso. Además, se había pasado los últimos años metiéndose con ella y eso denotaba una falta de seguridad enorme en sí mismo. De hecho, y a pesar de la previa declaración de sus sentimientos, Héctor no era su tipo ni alguien que le inspirara confianza. Puede que sonara cruel... pero Maya no podía corresponderle porque en realidad no sentía el más mínimo afecto por él. Mucho menos lo que había llegado a sentir por Dimitri... y eso ya eran palabras mayores.
A pesar de todas las razones que tenía en su contra, no podía negar, no obstante, que había intentado prevenirla contra el profesor. Al menos, merecía un poco de reconocimiento o... por lo que intuía, conversación; así que Maya aceptó su petición, pensando que eso le daría la oportunidad también de responder a su confesión.
Esperaron a quedarse a solas en clase y se sentaron tranquilamente en un par de sillas para iniciar el tema en cuestión.
—Cuando vi que te marchabas, quise seguirte —empezó él —, pero Vega salió corriendo también y no tuve oportunidad de alcanzarte. Menos aún de... acompañarte a casa. —Al ver que ella no decía nada, prosiguió. —Lo que sí pude ver... oír, más bien... fue la discusión que tuviste con él.
—Maya apretó los labios y él se apresuró a suavizar la tensión en el ambiente. —N-no quiero que pienses que intento echártelo en cara. Tan sólo... bueno, supongo que estarás bastante... afectada todavía y... quería que supieras que estoy aquí si necesitas hablar.
—¿Hablar? —Ella sonrió sin humor. —No tengo nada que hablar, Héctor. Lo mío con el profesor se acabó, así que no voy a añadir más leña al fuego.
—Lo entiendo, pero... —Héctor se acercó un poco más con la silla, cauteloso —en momentos como estos es cuando más necesitamos a alguien que...
—Héctor. —Ella lo detuvo al ver que su mano intentaba tocarla. —Te agradezco todo el esfuerzo que has puesto en ayudarme, pero me temo que vamos a dejarlo aquí.
—¿Qué quieres deci...?
—No siento lo mismo que sientes tú por mí. —Lo cortó.
El silencio se abrió paso por unos segundos y el viento que entraba por la ventana les acarició la cara.
—Maya...

Capítulo 18

18

Héctor no se esperaba una respuesta tan directa, pero se esforzó por no demostrar su estupor.
Con una sonrisa que pretendía ser afable, lo intentó de nuevo.
—Entiendo que todavía no hayas superado lo que...
—No tiene nada que ver. —Lo interrumpió ella, manteniendo la serenidad.
—Simplemente, no quiero salir con ningún chico. Seas tú o cualquier otro.

Él dejó escapar una risita sin humor.
—Mujer, ¿me vas a decir que te has vuelto de "la otra acera" sólo por una relación que no ha funcionado...?
—No, no me he vuelto de "la otra acera", pero aunque así fuera tampoco cambiaría nada. —Replicó con cierta molestia. —Simplemente estoy harta. No quiero saber nada más del amor... al menos por una temporada.
—Puedo esperar. —Insistió él. —Ahora lo ves todo negro, pero estoy seguro de que tarde o temprano cambiarás de opinión. Y yo estaré ahí, esperándote...
Ella sonrió con amargura.
—No lo hagas.
Aquellas palabras le bajaron un poco las esperanzas. Era la primera vez que mantenían una conversación tan... tranquila, donde apenas pudiera ver las emociones en ella, y eso no era buena señal. ¿De verdad estaba Maya oficialmente fuera de su alcance? ¿No le despertaba ni siquiera un poco de... compasión por haberla "salvado" de una relación destructiva? No; eso no era posible. No después de todo lo que había hecho para llegar hasta ahí.
—Escucha, aunque me digas eso, no voy a dejar de...
—No lo entiendes, ¿verdad, Héctor? —Ella le dirigió una mirada serena que, por alguna razón, consiguió dejarlo sin aliento. —No me gustas ni me gustarás nunca de ese modo. Hemos tenido muchos roces y a menudo me he sentido humillada por tus chistes.
—Eso... fui un imbécil integral, sé que...
Maya levantó la mano para hacerlo callar y prosiguió con la misma voz neutral que había adoptado.
—Lo siento, pero jamás podré verte como algo más. Para mí siempre serás... un compañero.
"Compañero..." Ni amigo, ni confidente. Sólo un compañero. Una palabra tan punzante como definitiva. Héctor había entrado en una zona que no alcanzaba ni siquiera el nivel de mínimo afecto. ¡¿Cómo era posible?! ¡Se había mostrado amable y considerado con ella desde hacía semanas! ¡Le había pedido perdón mil veces y hasta le había confesado lo que sentía! ¡La frialdad de Maya no era simplemente un efecto de su ruptura con Dimitri; de verdad sentía completa indiferencia por él!
Darse cuenta de ello lo noqueó tan fuerte que habría podido caer al suelo.

Maya, por su parte, decidió que había llegado el momento de poner el punto final a la conversación, así que se levantó con calma y le dijo las últimas palabras.
—Espero que encuentres a alguien que te haga sentir tanto o más de lo que sientes por mi. Gracias por todo.
Se dio la vuelta para caminar hasta la puerta y, de repente, oyó que él se levantaba con rapidez, siendo consciente después del tirón en su muñeca.

Héctor la detuvo en el acto y la atrapó por la espalda con la mano libre, atrayéndola hacia él. Maya se encontró entonces en un fuerte abrazo que contrastaba con la expresión atormentada en el rostro de él.
—No me hagas esto, por favor. —Le oyó susurrar. —No te alejes de mí. Haré lo que me pidas, pero por favor...
Ella negó con la cabeza y el muchacho se lo jugó todo a una última carta. Sus labios se posaron sobre los de Maya con la esperanza de penetrar en sus sentimientos. Un golpe a ciegas, un intento desesperado por defender sus últimas esperanzas, mordiendo lo que quedaba de ellas con posesión, aferrándose al cuerpo que tenía en sus brazos como a un salvavidas.
Aquel contacto logró sorprenderla, pero también le recordó inevitablemente a Dimitri. Héctor y él no se parecían en nada, pero no podía negar que la pasión de aquel beso era admirable. Sin embargo, tampoco podía pasar por alto lo evidente. Por mucho que Héctor se esforzara en demostrarle sus sentimientos, su cuerpo no se estremecía como cuando había estado con Dimitri. Y ya no lo soportaba más.
Obligándolo a finalizar el beso, lo empujó suavemente pero con firmeza, despegando sus labios y dedicándole una última mirada, una que reflejara lo que iba a decir. Y cuando sus ojos se encontraron, Maya abrió la boca.
—Lo siento.
Apartándose, dio media vuelta sin añadir nada más y se marchó por la puerta como si allí no hubiera pasado nada.
Héctor se quedó de pie, mirando su figura hasta perderla de vista, estupefacto y consciente de que había agotado su último cartucho.
Casi sin darse cuenta, sus piernas cedieron para dejarlo caer lentamente en una silla y se dio cuenta, muy a su pesar, de que todo lo sucedido no había servido para nada.
Con las manos en la cabeza y el aire atascado en la garganta, se desplomó en la mesa mientras, al otro lado de la pared, Badía reposaba la espalda contra el muro, meditando sobre lo que acababa de oír y ver, aliviada de que Maya no se hubiera dado cuenta de su presencia al salir.
Su mente comprendió enseguida la verdadera naturaleza de la situación y, aunque habría podido contentarse con observar, se dijo a sí misma que el problema necesitaba intervención profesional, así que se alejó por el pasillo, estructurando ciertas posibilidades en su cabeza y musitando que alguien debía aprender una lección.

****

Tras ese encuentro, Héctor no fue capaz de volver a mirar a Maya a la cara pero, a pesar de todo, cuando llegó el miércoles tuvo que hacer de tripas corazón y cambiar su expresión de corazón roto por el de alguien con suma confianza en sí mismo. No iba a permitir que Vega reparara en su dolor.
Y así fue como se encontraron a la hora establecida. Como siempre, los alumnos puntuales, sentados en sus respectivos lugares y esperando a que el profesor hiciera acto de presencia.
Dimitri entró con su característica rapidez, también simulando una tranquilidad que no sentía, más cuál fue su sorpresa al reparar en que Maya no estaba en clase. Su rostro dejó entrever un fugaz rastro de sorpresa, pero se recuperó pronto y sin levantar sospechas, a excepción de Héctor, que también se había dado cuenta del detalle.
La clase transcurrió como si nada, tan tranquila que hasta resultaba extraño. Dimitri no se molestó en levantar la voz ni una sola vez a pesar del barullo en algunos instantes porque su mente estaba ocupada pensando en las ganas que tenía de atrapar a Maya y traerla a rastras a clase. Puede que no tuviera derecho a reprocharle ciertas cosas, pero seguía siendo el profesor. Con lo poco que quedaba para los exámenes finales, faltar a clase era lo último que debería haber hecho... aunque en el fondo lo entendiera.
Cuando sonó el timbre, despachó rápidamente a sus alumnos y se apresuró fuera con intención de llamarla. Estaba seguro de que no descolgaría, pero tenía que intentarlo.
Tras más de cuatro tonos sin responder, saltó el contestador. Lo intentó una segunda vez, también sin éxito, y hasta una tercera. Nada.
Reprimiendo un gruñido, caminó hacia la sala de profesores y dejó sus cosas a buen recaudo.
De rebote, sus ojos se cruzaron con los de Déborah, pero le dio la espalda al instante, simulando tener prisa. Sabía que lo sucedido en el restaurante no era sólo cosa suya y que González había tenido mucho que ver, pero no podía perdonarla por haberle parado semejante trampa. Su vida amorosa no era un juego que ella pudiera manipular a su antojo y la confianza que se tenían ya no valía ni un céntimo.
Miró su reloj al salir. Si se apresuraba, tal vez lograría atrapar el primer metro en vez de esperar el autobús quince minutos.
Necesitaba descargar algo de adrenalina, así que ¿qué mejor forma que una buena carrera? Y si no lo lograba, al menos habría hecho algo de deporte; que ya le hacía falta.

****

Maya suspiró mientras descendía las escaleras. Se había pasado toda la

hora en la biblioteca en vez de regresar a casa porque no quería tener que mentir a sus padres al llegar pronto a casa. Aunque... pensándolo bien, tampoco les había dicho ciertas verdades últimamente.
Esperó en el andén hasta que llegara el vagón. Habría podido irse en autobús, pero tenía miedo de toparse con alguien que le preguntara por su ausencia en clase de Literatura. No se sentía precisamente orgullosa por haber hecho campana... pero al menos había evitado reencontrarse con Dimitri. Sabía que a menudo tomaba también el autobús, de modo que el metro era otra forma de evitar un posible choque.
Mientras esperaba, contemplaba la poca gente que había a aquella hora, pues la mayoría de viajeros se apilarían a partir del siguiente metro.
En un rincón al otro lado de la vía, había una supuesta madre con su pequeño. Luego, más a su derecha, una pareja que se susurraban palabras melosas al oído. Un detalle que la hizo sentir un tanto violenta por su situación, pero no podía culpar a los demás de su mala suerte.
Algún que otro transeúnte también se paseaba por el andén y había hasta uno de esos músicos que se ganan limosna entre paradas. Una visión rutinaria y, a la vez, tranquila.
Sin embargo, en el de Maya se hayaba un grupito de cinco chicos, quizás de su misma edad o un poco mayores, con pinta de macarras y algún adulto perdido al final del todo.
Rezando interiormente para que no se fijaran en ella, se arinconó en la pared hasta que el maldito metro llegó. Esperó pacientemente a que se apearan un par de personas mayores y entró a paso ligero. El vagón no iba lleno del todo, pero había bastante gente, así que respiró tranquila y se agarró a la barra central por falta de asiento. Segundos después, alguien más entró en el vagón corriendo, pero por las siluetas que se interponían en su campo de visión no pudo saber si lo conocía. Por si acaso, se dio la vuelta y se preparó para unos largos veinte minutos de recorrido.
Las puertas se cerraron y el vehículo se puso finalmente en marcha. Aparte de otro músico que rasgaba el silencio con su triste violín, todo transcurrió sin percances durante un par de paradas. Al llegar a la segunda, la mayoría de pasajeros descendieron y el vagón se quedó casi vacío a excepción del grupo con pinta de gamberros, tres o cuatro personas más y...
Los ojos de Maya se agrandaron cuando la mirada de Dimitri cruzó la suya.
—No es posible... —El susurro escapó de su boca.
La primera vez que se dignaba a tomar el metro por propia voluntad, exponiéndose al asfixiante calor humano y el olor a cerrado de sus sucios túneles, sólo para no encontrarse con el profesor... ¡y este había decidido también cambiar de transporte!
Aunque no pensó que fuera, quizás, por la misma razón por la que ella había evitado el autobús, supo que no podía quedarse ahí parada. La distancia que los separaba no era suficiente y no quería encararse a él, que ya había tomado la decisión de interceptarla.
Actuando rápido, se dirigió hacia los cinco chicos con intención de

rodearlos y esfumarse por el otro vagón. Con un poco de suerte, Dimitri desistiría de atraparla si había más gente de por medio.
No obstante, en sus planes no contó con el balanceo del vagón. Uno de esos cambios de dirección logró hacerla tambalear, con tan mala pata que terminó chocando contra uno de esos tipos. Éste llevaba gafas de sol, peor sintió su mirada en cuanto pudo recuperar el control de sus piernas.
—L-lo siento. —Hizo ademán de irse, pero el otro la agarró del brazo.
—Eh, espera un momento. Tengo algo que preguntarte.
Habría podido zafarse y salir corriendo, pero temía que el siguiente vagón tampoco estuviera lleno y, a decir verdad, las piernas le temblaban. Su captor no reconoció las señales y continuó sin más.
—Vas al instituto cerca del parque del Sol, ¿verdad?
Aunque la pregunta la sorprendió, el miedo no la dejó hablar más que con monosílabos.
—S-sí.
—Bien, entonces conocerás a un tipo que se llama Óscar.
—¿Óscar? —Su mente buscó rápidamente entre sus recuerdos. No había ningún Óscar en su clase... pero sí le sonaba que hubiera uno o dos en otros cursos. No obstante, en casos como este, era mejor hacerse la longuis. —N-no... no conozco a ningún Óscar, lo siento.
—¿Estás segura?
El otro frunció el ceño. ¿Quizás sospechaba?
Maya asintió con nerviosismo y el otro terminó por dejarla ir; momento que aprovechó al máximo para escabullirse hacia al otro vagón. Efectivamente, no estaba lleno. Es más, habían sólo un par de personas. Miró disimuladamente hacia atrás y se dio cuenta de que Dimitri se había quedado junto al poste central, mirándola sin moverse. No iba a ir tras ella, ahora lo sabía.
Suspiró para sus adentros y continuó caminando un poco más para calmar su desbocado corazón. El viaje se estaba haciendo eterno. ¿Por qué tenía que vivir tan lejos del instituto?
De repente, oyó un canturreo desafinado y se percató de un hombre que venía por el otro lado, tambaleándose al ritmo del traqueteo del vagón y con una botella vacía en una mano. No era la primera vez que se topaba con uno de esos en la vida. De hecho, en el autobús también había visto gente bajo los efectos de alguna droga, pero éste era particularmente desagradable por su aspecto súcio y demacrado, barba de una semana y el asqueroso perfume del alchool mezclado con una buena dosis de tabaco.
Maya se hizo a un lado para dejarlo pasar y evitar el contacto, pero éste captó su presencia por el rabillo del ojo y, en vez de continuar su camino, se le acercó como si se tratara de un imán; cosa que la repugnó bastante al ver aquella sonrisa de dientes picados y amarillos.
—Hola, gapa. ¿Quédad zenes?
Maya giró la cabeza sin responder, dándole a entender perfectamente que no estaba interesada ni por asomo, pero éste no se dio por aludido.
—¿De a gomido lalengal gado? —El pestazo de su hebrio aliento la obligó a contener la respiración. —¿Borqué no sponds? ¿No quirs psar n uen

rado? —Traspasando ya la línea, el borracho la agarró del brazo y ella tiró para zafarse, sorprendida por su fuerza.
—¡Suéltame!
—¡Vamos ns lo psarems ben! —Insistió este, tirando más de ella.
Maya pensó si debería morderle el brazo para que la liberara, pero sólo pensar en hincar los dientes en aquel infecto trozo de carne la estremeció. La opción más rápida sería quizás la de una buena patada en las espinilla y, de nuevo, salir corriendo; pero no llegó a propinársela.
Una sombra la cubrió de repente al tiempo que una mano la separaba brutamente de aquellos mugrientos dedos. Otra la obligó a girar y, en menos que canta un gallo, quedó protegida contra la puerta del metro, con el cuerpo de Dimitri por encima, sin ni siquiera tocarla pero lo suficientemente cerca como para sentirse cubierta.
Oyó su voz a sus espaldas y sintió que el corazón volvía a desvocársele.
—La señorita le ha dicho que la deje tranquila, así que mejor quédese quitecito en un rincón o tendré que llamar a la policía.
—Vale, vale, nay que boners asssí. —El borracho no quiso vérselas con el profesor y emprendió la retirada sin molestar más.
Y en ese instante, el silencio regresó al vagón.

Capítulo 19

19

Maya mantuvo la mirada fija en el cristal, petrificada, deseando que su propio reflejo no traicionara la dirección en la que miraban sus ojos y sintiendo el aliento de Dimitri por encima de su cabeza.
Lo tenía justo detrás, con una mano apoyada en la ventanilla y la otra reposando en la cintura, quizás para evitar que se sintiera acorralada, aunque ya era tarde para eso.
Inspiró, intentando encontrar una vía de escape, pero sabía que no podría huír ahora que ya no había barreras que la protegieran de él.
Mordiéndose el labio inferior, cerró los ojos un instante, soportando el temblor en todo su cuerpo y deseando que el profesor desapareciera tal y como había pasado en la biblioteca, pero, en vez de ello, fue su voz la que hizo nuevamente acto de presencia.
—¿Por qué no has venido hoy a clase?
Aunque se esperaba la pregunta, oírla en aquel tono tan suave cerca de su oído la estremeció. Aún con su seriedad, era como una caricia que le recordaba a los susurros que habían compartido a solas. Y pese a todas las ganas que tenía de ser valiente y encararlo, nunca se había sentido tan vulnerable. Simplemente, no podía; no mientras sus entrañas le suplicaban que se rindiera a él como si nada hubiera pasado; así que se quedó tal y como estaba, muda todavía, con los nudillos apretados contra el cristal mientras intentaba concentrarse en la oscuridad del túnel en vez del irreprimible deseo de mirar su reflejo.
Dimitri sabía que estaba aterrada y eso le dolía quizás más que el hecho de que siguiera enfadada con él. Haciendo uso de toda su paciencia y autocontrol, pues tenerla en esa situación también le provocaba ciertos anhelos, insistió con una pequeña provocación.
—Evitándome así no vas a conseguir olvidarme. Lo sabes, ¿verdad?
Asediar su orgullo; eso era lo que mejor funcionaba con ella y también lo que mejor sabía hacer él. Y, al parecer, dio su fruto, porque Maya volteó la cabeza en su dirección. No mucho, pero lo suficiente como para percibir sus hermosas pestañas y la punta respingona de su naricilla. Un simple gesto que casi lo hizo sonreír.
—¿Q-qué te hace creer que sigo pensando en ti? —Logró musitar ella.
—Para empezar, si no lo hicieras, no necesitarías faltar a mis clases o tomar el metro por miedo a encontrarte conmigo.
La oyó respirar con fuerza y supo que había dado en el clavo cuando sus hombros se tensaron y volvió a quedarse muda. Sonrió sin poder evitarlo y se lamió los labios. Desde que habían roto no había vuelto a tener la oportunidad de meterse con ella... y lo echaba de menos; tanto como el tacto de sus manos, sus abrazos, sus besos...
Cerró los ojos un segundo para serenarse y tragó saliva antes de abofetearse mentalmente.
"Céntrate. Ahora ya no estáis juntos; no deberías ni tocarla. Ni siquiera

estáis a solas.”
Miró disimuladamente a su alrededor y comprobó que el grupo de chavales se preparaba para bajar en la siguiente parada. De los demás pasajeros, nadie parecía tampoco interesado en sus quehaceres, así que relajó un poco la tensión en sus hombros, dispuesto a probar un segundo asalto con Maya, mas fue ella la que habló esta vez.
—Haga lo que haga... es cosa mía. No deberías entrometerte... profesor.
Dimitri no cedió a esa provocación a pesar de su repentino deseo de hacerla girar y obligarla a mirarlo a la cara. ¿Profesor? Maya estaba intentando construir una muralla tan inestable como el agua. La conocía bien como para saber que se estaba aferrando a un clavo ardiendo, quizás tanto como él estaba intentando controlar sus propios deseos, pero tenía que respetarla.
Sin embargo, esa actitud también despertó en él un pequeño atisbo de terquedad. Quizás había llegado el momento de tomar las riendas y terminar con tanta tontería.
—Tienes razón. —Murmuró. —Tu vida es tu vida y yo no soy más que tu profesor... —Y acercándole los labios al oído, añadió: —Por esa razón, no pienso aprobarte a menos que pases el examen final.
Maya encontró en ese momento el valor que necesitaba para darse la vuelta. En su rostro, una expresión de estupor se mezclaba con el repentino coraje que brillaba en sus ojos. Dimitri sintió que el aire se le atascaba brevemente en los pulmones, pero no demostró compasión. De hecho, sus labios se curvaron en una sonrisa de satisfacción al comprobar que había logrado hacerla reaccionar y ella no pudo evitar molestarse por su arrogancia.
—La primera vez que me besaste —masculló, usando toda su fuerza de voluntad para no recordar el momento en cuestión —quisiste comprar mi silencio con un aprobado.
—Mh. —La sonrisa de él se ensanchó. —Es cierto, pero tú misma rechazaste la oferta, así que...
—Pues ahora quiero aceptarla. —Se apresuró a decir.
Él dejó escapar una risita contenida y le clavó la mirada.
—Es una lástima... porque yo he cambiado de idea.
A Maya se le agrandaron los ojos al darse cuenta de que Dimitri había aparcado su consideración. De alguna forma, volvía a ser el mismo que al principio, cuando se habían conocido. Y eso, aparte de irritarla, la hacía sentir de nuevo como una muñeca de trapo. Nada que ver con la princesa que había estado enamorada de su caballero medieval.
A pesar de todo, decidió que no valía la pena jugar a su juego. Sabía lo que él pretendía y no iba a dejarse arrastrar a su terreno. Apaciguando su orgullo, se tranquilizó e intentó iniciar la negociación.
—Si lo que quieres es una prueba de lo que he aprendido en tu clase, puedo realizar un proyecto de todo el temario aparte del que tengo que entregarte y enviártelos por e-mail. Te aseguro que...
—No será suficiente. —La interrumpió él, acorralándola finalmente con ambos brazos cuando el metro se detuvo y los pocos pasajeros, incluido el borracho, abandonaron el vagón. —Además, estaría incompleto porque

has faltado a la clase de hoy.
—P-puedo pedir apuntes a algun compañero. —Insistió ella, intentando mantener la serenidad a pesar de lo cerca que estaban sus rostros.
—Incluso me he leído los libros que recomendaste. Préguntame algo si no me crées.
—Vaya, señorita Lozano, ¿me está pidiendo que la someta a un examen oral... aquí y ahora? —La malícia y siginificado en aquellas palabras lograron sonrojarla, pero Dimitri le ahorró el bochorno por compasión.
—Hablemos claro. No se trata de lo que sepas o no. Nadie se salta mis clases sin justificación y no pienso permitir que uses la excusa de evitarme para no asistir. —Se enserió. —Comprendo perfectamente que lo que tuvimos pese en tu conciencia, pero deberías aprender a separar la vida privada de la profesional. Sobretodo ahora que vas a empezar a ir a la universidad. Sé que no es fácil y puede que pienses que soy un insensible al decirte esto, pero lo hago por tu bien; lo creas o no. Así que acéptalo de una vez y vuelve a ser la alumna ejemplar que querías ser cuando nos conocimos.
Las luces parpadearon un instante en el vacío del vagón y Maya sintió que se le humedecían los ojos. Dimitri hablaba como si ya hubiera superado la ruptura; y de eso no había pasado ni una semana. Aunque sus palabras tuvieran realmente una intención noble, no podía negar lo evidente. ¿Ya se había olvidado de sus sentimientos? ¿Tan fácil le había resultado? ¿Significaba eso que en realidad no la quería como ella había creído...?
Aquellos pensamientos fueron los que la hicieron llorar finalmente. Y aunque también interpretó erróneamente la expresión imperturbable de él, intentó apelar a su compasión por última vez.
—Dimitri... si de verdad lo nuestro significó algo para ti... apiádate de mi y apruébame, por favor. No puedo soportarlo más. Déjame libre; te lo ruego...
El profesor suspiró y retrocedió por fin, dejándole espacio, pero su respuesta fue rotunda.
—No, Maya. No voy a hacerlo. —Y aunque le dolió en el alma, lo dijo con convicción.
Las lágrimas se transformaron en odio. Maya seguía enamorada de él pero, llegados a este punto, ya no quería seguir siendo la débil. Estaba harta de sentir que era la única víctima. Puede que Héctor tuviera razón y que Dimitri hubiera estado jugando con ella todo el tiempo. No se merecía que siguiera pensando en él, ni todas las lágrimas que había derramado; ni siquiera merecía su atención y eso fue lo que la convenció a dictar su sentencia.
—Entonces... —le dijo, secándose las lágrimas con la manga de la chaqueta —esta es la última vez que nos vemos.
Dimitri perdió todo atisbo de serenidad en el rostro, pero mantuvo la calma.
—¿Es... definitivo?
—Sí. —Tras un breve silencio en el que él apretó los labios, ella añadió:
—Ya no quiero jugar más a este juego. Estoy harta de ti y de tu ego. No pienso darte también lo que queda de mi orgullo. No cuando has estado

burlándote de mi. — Sonrió con amargura. —Así que suspéndeme y disfruta con mi sufrimiento, porque está claro que eso es lo que más deseas.
Una extraña sonrisa se curvó también en los labios de Dimitri. Cuando la voz del interfono anunció su parada, se le acercó una última vez y le agarró el mentón para susurrarle las palabras que luchaban por salir de su boca.
—Si pudiera hacer lo que más deseo... te estaría besando ahora mismo.
Con esa frase, la dejó sin aliento. Y habría podido demostrárselo, pero prefirió retirarse antes de que sus meras palabras se transformaran en un hecho.
Dándole la espalda, abrió las puertas y descendió del vagón sin mirar atrás, dejando a Maya tan confundida, que la pobre apenas pudo reaccionar cuando llegó su parada.

Capítulo 20

20

Los días que siguieron resultaron un tanto confusos para Maya. Ya en la primera noche desde el incidente del metro, su cabecita volvió a llenarse de dudas. Por mucho que se hubiera hecho la valiente delante de Dimitri… la verdad es que habría dado lo que fuera por ese beso que él había preferido ahorrarse. Muy duro de admitir, pero lo echaba tanto de menos que el estúpido muro que había intentado construir estaba prácticamente hecho añicos.

Una semana no era suficiente para olvidarlo; ni siquiera con todo el rencor que le guardaba por la escenita en el restaurante del Apolo. Sin embargo, tampoco podía obviar el hecho de que tenía la sartén por el mango y le había dejado muy claro que no iba a compadecerse de ella.

Maya dudaba de que una sola asignatura de un trimestre fuera suficiente como para bajarle demasiado la nota. A lo máximo, con un cero le caerían unas décimas… y, de hecho, ni siquiera podría ponerle un cero cuando le entregara el trabajo final. Un tres o cuatro sobre diez caería seguro. Eso si Dimitri no hacía trampa, y tampoco lo creía tan bellaco ahora que lo conocía mejor. ¿O puede que sí lo fuera?

Cubriéndose la cara con la almohada, dejó escapar un grito de frustración. Tanto pensar la estaba volviendo completamente loca, pero era inevitable. Las palabras del profesor seguían resonando en su cabeza… "Si pudiera hacer lo que más deseo, te estaría besando ahora mismo."

¿Cómo había tenido las agallas de decirle semejante mentira si se había besado con Badía? ¡Valiente sinvergüenza! ¿Al final sería verdad que iba repartiendo besos por vicio?

La muchacha se dio la vuelta, usando la almohada como si fuera un mimoso oso de peluche, y se ruborizó al recordar sus verdes ojos. Estaba segura de que la acecharían toda la noche, sino toda la semana, hasta que tomara una decisión.

¿De verdad valía la pena suspender la asignatura o… debería presentarse al examen aunque significara encararse a él por última vez? Ah, y eso sin contar la entrega de notas de la última semana, a la que tampoco debería asistir por el bien de su salud mental.

A pesar de todo, una vocecilla interior le decía: ¿y si esas insignificantes décimas… no le permitían entrar en la carrera que quería? A menudo sucedía con las notas de corte; estudiantes que debían conformarse con sus segundas y terceras opciones porque las primeras no alcanzaban por los pelos con sus puntuaciones. No obstante, esto sonaba a excusa para dejarse vencer por el miedo de ver nuevamente a Dimitri.

Por otro lado… ahora que lo pensaba, el profesor no podría hacerle ni decirle nada mientras durara la prueba y en medio de todos los demás alumnos. Si se lo montaba bien, entraría y saldría de la clase antes que él para evitar otra confrontación. Y así también podría entregarle el trabajo casi en mano sin tener que hacerlo en sus ratos libres como habían hecho

otros compañeros.
Lo meditó a conciencia. Sí… no era mala idea. Y el día de las notas no necesitaría ni presentarse, ya que le llegarían en un sobre de la mano de su tutor.
Sintiéndose valiente, y quizás como un último y nostálgico reconocimiento a los bonitos momentos que habían compartido, decidió que iría al examen; y lo resolvería tan bien que Dimitri se vería obligado a aprobarla con nota. Puede que hasta un sobresaliente. Y con ello, finalizaría toda esta historia, demostrándole que no necesitaba su apoyo para conseguir sus objetivos. Al fin y al cabo, ahora estaban tal y como habían empezado. Ya era hora de retomar las riendas de su destino.

****

Y así, durante los días que siguieron, aunque pareciera increhíble, Maya no se topó con él ni de refilón; lo que también propició su fin de semana. Ni siquiera se cruzaron el lunes por la mañana, cuando sabía que él acudía a la cantina para buscar el almuerzo. En parte, fue una suerte, pero, por otro lado, extraño. Si bien ella no había hecho ningún esfuerzo por evitarlo, se preguntaba si no lo estaría haciendo él.
A pesar de todo, aprovechando los ratos que ya no gastaba a su lado, pudo meterse de lleno en el trabajo sobre Erec y Enid, acaparando cada día durante el recreo uno de los ordenadores de la biblioteca. Y lo que orgullosamente no hizo, fue acercarse de nuevo a la cueva. Esa sí era una zona a evitar de momento, y aunque le habría gustado ir a verla una última vez antes de despedirse definitivamente del instituto, temía que ya no podría hacerlo, pero no importaba. Tenía que seguir con su vida y eso no era más que una minucia.
El martes por la tarde, confirmando la decisión tomada y con el proyecto por fin terminado, regresó a casa tras la última clase y una breve conversación con Lara para ponerla al día, lo que también le costó una reprimienda por no haberle contado antes la verdad. ¿Para qué son las amigas si no para apoyarse cuando más se necesitan?
Una vez en su habitación, se mentalizó y se preparó para el esperado momento. Aún con el dolor que seguía sintiendo, sumado a las paranoicas fantasías que la atacaban de vez en cuando en sueños desde la escena en el metro, se sentía lista para afrontar al profesor. Se comportaría como una chica madura por una vez, como si hubiera superado la ruptura, y se despediría de él con la cabeza bien alta. Por mucho que le faltaran sus besos, por todos esos momentos que la hundían en la miseria al recordarlos… precisamente por todo eso, concluiría sus últimos días en el instituto con una sonrisa. Un punto final más que merecido y una nota de positivismo para su futura vida, lejos de Dimitri y de todo lo que le recordara a él.
Esa noche durmió como en muchas de las anteriores, y cuando la alarma sonó, sacándola oportunamente de otra fantasía, se levantó de un salto y

respiró hondo. Había llegado el día.
La mañana fue dura a causa de otras pruebas que también cayeron en la jornada. Filosofía fue la peor; cuya esperanza recaía sobretodo en el trabajo entregado más que en el examen. Bukowski ya les había dejado claro que el temario sería un tormento en sus vidas... y no mentía.
En cuanto a Inglés, no hubo demasiados reparos con la prueba. Y el de Lengua fue tan fácil como la asignatura misma.
Cuando llegó la hora de la verdad, Maya recogió sus bártulos y se encaminó aprisa hacia la clase de Literatura. No se percató de que Héctor la seguía de cerca, pero tampoco habría sido de extrañar, ya que ambos debían asistir al examen.
Se instaló tranquilamente y preparó el bolígrafo que iba a usar. No necesitaba nada más, y no porque éste fuera de esos que se borran con una simple goma. En realidad se sentía cofiada.
Sin embargo, no fue tan sencillo controlar los latidos del corazón cuando Dimitri entró finalmente en clase. Sus miradas se cruzaron, algo que sólo Héctor supo interpretar, y luego el profesor se dirigió a su mesa con su imperturbable expresión; más no pudo evitar un carraspeo que lo delató.
—Bueno... llegó la hora. —Anunció, atrapando los fólios de su maletín.
—No quiero ver ni móviles, ni estuches, ni nada que no sea un bolígrafo encima de la mesa. —Y comenzó a repartir los exámenes, evitando los ojos de Maya al pasar por su lado.
Ella no quiso darle importancia. Recordaba sus palabras en el metro. "Comprendo perfectamente que lo que tuvimos pese en tu conciencia, pero deberías aprender a separar la vida privada de la profesional... así que acéptalo de una vez y vuelve a ser la alumna ejemplar que querías ser cuando nos conocimos."
Por mucho que le fastidiara... tenía razón. No quería arrepentirse en el futuro, por poco que significara aquella asignatura, de haberse dejado llevar por la pena en vez de mirar a la vida de frente.
Cerró los ojos un instante, respiró hondo, tomó su bolígrafo en mano, el papel, y comenzó la prueba, enfocándose sólamente en ella.
Dimitri se pasó la hora vigilando a los alumnos desde su mesa, levantándose cuando le parecía ver movimientos extraños en ciertos sujetos. De hecho, a pesar del calor que hacía, algunos llevaban manga larga y ya había pillado a un par con creativas chuletas escondidas en el dobladillo de sus camisetas, pero se reservaba la venganza para más tarde. Ahora, sus ojos vagaban de un lado a otro, intentando evitar a Maya, que se había sentado en los asientos libres de primera fila porque los demás preferían la discreta retaguardia de la clase.
A pesar de todo, era inevitable mirarla, aunque fuera de reojo. La muchacha estaba completamente concentrada y eso le despertaba cierto orgullo. Para ser sincero, lo había sorprendido al aparecer, pero demostraba tener más agallas de las que él creía… Eso, o su numerito en el metro había surtido efecto... Y mentiría si dijera que él no se sentía también abrumado por la situación.
Desvió la mirada hacia la ventana un minuto para calmar su propio ritmo cardíaco y avistó nuevamente a otro listillo echando mano de un truco

barato en la manga de su jersey.
Suspiró.
—Aquellos a los que he visto hacer trampas, que sepáis que tenéis dos puntos menos. Y si os quejáis os quito otro más. —Añadió cuando uno abrió la boca para protestar, suficientemente ignorante como para dejarse pillar por segunda vez.
Maya, por su parte, atacaba las preguntas como una cazadora tras su indomable presa; con ferocidad y determinación. Había estudiado las lecciones al dedillo a pesar de no tener todos los apuntes y, de momento, estaba respondiendo a todo sin dificultad. Si no sacaba un diez, por lo menos no bajaría del excelente; de eso estaba segura.
En ciertas ocasiones de pausa mental, espantó de su cerebro todos los pensamientos que le recordaban a Dimitri y que representaban las peores distracciones; más teniéndolo casi en frente, porque no le había pasado por alto las miradas que él le lanzaba de vez en cuando, aunque las ignoraba lo mejor que podía.
A pesar de todo, estaba orgullosa del progreso que había hecho respecto al control de sí misma. Y tras cincuenta minutos de arduo escribir, alcanzando tres páginas redacadas por ambos lados, terminó la última pregunta y recogió sus bártulos antes de levantarse. Llegados a este punto, ya rozando nuevamente la ansiedad, supo que no quería permanecer un segundo más de lo necesario en aquella clase. Sin embargo, quedaba una prueba final antes de que Dimitri desapareciera definitivamente de su vida.
Cargada ya con su pequeña mochila en la espalda, inspiró hondo antes de acercarse a la mesa del profesor y encararse por última vez a sus ojos. Acto seguido, le entregó las hojas y el trabajo de Erec y Enid en mano. Aunque podría haberlo dejado simplemente a un extremo del escritorio, se sintió lo suficientemente valiente como para hacer eso.
Dimitri aceptó la entrega intentando captar sus ojos, pero le decepcionó la falta de sentimiento que creyó captar en ellos antes de que la chica girara sobre sus talones para escapar.
No pudo mencionar palabra antes de que se escabullera y supo, con pesar, que había perdido la oportunidad de decirle lo orgulloso que estaba de ella, aún sin saber el resultado de la prueba. También de decirle adiós, porque sabía que no volvería a verla ahora que todo había terminado.
Maldijo mentalmente el campus digital del instituto porque Maya ya no se vería obligada a regresar para obtener la nota final, ya que todo quedaría registrado en línea, y suspiró mientras ojeaba su examen. Nada más leer las primeras respuestas, supo que Maya estaba aprobada.
Se llevó una mano a la frente y dejó los papeles en la mesa para ojear también el trabajo que le había presentado. En parte, se sentía un poco como Erec, quien había dejado de ser él mismo al casarse con su Enid... con la diferencia de que él ya no tenía con quien compartir su vida. Quizás fuera también por todo el ajetreo que llevaba arrastrando durante el curso, pero el caso era que se sentía vacío y cansado. Muy cansado.
Dejó el dossier a un lado y se frotó los ojos justo cuando el timbre sonaba.

No hizo falta que dijera nada. Los chavales se levantaron y le entregaron los folios que se convertirían en su pasatiempo durante el fin de semana. Sin embargo, se sorprendió cuando el último alumno no soltó los papeles enseguida. Al levantar la mirada, se topó con Héctor.
Restaron en silencio hasta que todos los demás hubieron abandonado el aula y éste habló primero.
—Maya me ha rechazado. —Dimitri le mantuvo la mirada sin decir nada.
—Creía que bastaría con quitarte del medio para que comprendiera lo feliz que podría ser conmigo... pero no es así.
—¿Y qué esperabas? —Ahora, el profesor le quitó los papeles con un rápido tirón.
Héctor inspiró hondo mientras el otro guardaba los documentos en una carpeta.
—¿Por qué no puedo competir contigo? Le hacías la vida imposible y aún así se enamoró de ti. ¿Qué tienes tú que yo no tenga, aparte de la diferencia de edad?
Dimitri sonrió sin humor.
—¿De verdad quieres saberlo? —Ante su silencio, lo miró directamente a los ojos. —Esto es lo que tengo. Nada. No tengo nada que sea mejor, igual o inferior a ti. Soy quien soy; y a pesar de todos los errores que he cometido en mi vida, no me avergüenzo. Es cierto que me equivoqué al no contarle a Maya mi cena con Déborah en aquel momento... pero jamás, JAMÁS se me habría ocurrido hacerle tanto daño como el que le hice gracias a vuestro numerito. —Se le acercó un poco más, encarándolo.
—Puede que sea un simple profesor que no merece una segunda oportunidad, pero te aseguro que me enorgullece saber que los tramposos como tú sí reciben lo que se merecen. Tan sólo espero que guardes esta lección de vida bien cerca; quizás te sea de utilidad en tus futuros intentos por "seducir" a alguien especial.
Y dicho esto, Dimitri recogió sus cosas y se marchó.
Héctor mantuvo los puños cerrados sin decir nada.
Nada de nada.

Capítulo 21

21

Maya caminó por el pasillo con una deliciosa sensación de triunfo. Había asistido al maldito examen y había sido también capaz de dárselo al profesor como si la ruptura estuviera más que superada. No obstante, no podía negar que le temblaban un poco las piernas.
La corta mirada de Dimitri había sido suficiente como para acelerarle el corazón, y eso que había intentado disimular... pero, por lo menos, estaba satisfecha. El tormento había terminado. A partir de ahora, se aseguraría de no volver a verlo ni por casualidad. ¡Por fin sería libre!
Así veía Maya su futuro. E iba caminando tan feliz cuando, de repente, casi a la altura de la sala de profesores, sintió la urgencia de ir al baño. Se coló en el más cercano, aprovechando que no había nadie haciendo cola y, sentada finalmente en el retrete, se permitió un escaso minuto de tranquilidad antes de que alguien más entrara.
Encerrada en el compartimento, obviamente no pudo ver de quién se trataba... hasta que distinguió las dos voces al otro lado, consiguiendo que se le tensaran los músculos.
—Esto es un no parar. Aún no has visto nada porque has llegado a final de trimestre, pero te aseguro que yo agradeceré cada segundo de mis merecidas vacaciones. —Montejo abrió el grifo y se lavó la cara, masajeándose los ojos con cansancio.
—Sí, pero te recuerdo que todavía queda poner las evaluaciones y preparar el programa del próximo curso. Aunque sea sustituta no voy a librarme de eso. —Añadió Badía, acercándose al espejo contiguo.
—No me lo recuerdes. Vamos a tener que quedarnos haciendo horas extra hasta agosto... y luego siempre viene el graciosillo que te dice lo afortunada que eres por tener taaaaantas vacaciones. ¡A ese me gustaría verlo yo, comiéndose todo el mes de julio en la sala de profesores con el calor que hace!
Déborah dejó escapar una risita comprensiva mientras se retocaba ligeramente el maquillaje y la profesora de Lengua supuso que era la oportunidad perfecta para preguntarle sobre cierto asunto.
—Oye... ahora que estamos solas, tengo una duda que comentarte.
—Dime. —La invitó la belleza de pelo azabache.
—Bueno... sé que Dimitri y tú ya os conocíais pero... corre por ahí el rumor de que estáis saliendo. —La otra no la miró siquiera, terminando de repasar sus labios con el carmín. —La verdad, no se lo he preguntado a él porque parece un tanto deprimido últimamente... —prosiguió Adriana —pero no puedo evitar preguntarme si es cierto.
Badía guardó el pintalabios en el bolso y le dirigió finalmente una mirada serena.
—No te ofendas por lo que voy a decir, pero creo que lo que pueda pasar entre Mitri y yo no es cosa de los demás. No obstante —añadió cuando la otra se dio por aludida —, para que te quedes tranquila, te diré que no

hay nada entre nosotros.
Montejo no se dio por satisfecha a pesar de la advertencia. Necesitaba saber más.
—Pero bien que os fuisteis a cenar, ¿no?
—¿Acaso no pueden cenar juntos dos viejos amigos?
—No me malinterpretes —Montejo se mordió la lengua, ya que estaba al caso de lo que había pasado con Maya y no quería meter más baza —, lo que quiero decir es...
—Sé lo que quieres decir. —La cortó ella. —Y sea lo que sea lo que te hayan contado, quédate con mi versión, por favor. Hubo un gran malentendido aquella tarde en que fuimos a cenar y ciertas personas, a quien no voy a mencionar, acabaron tremendamente heridas. Dimitri salía con alguien y yo me entrometí, pensando que le estaba ayudando a escapar de una relación no deseada. Cometí el error de creerme la mentira de una tercera persona en vez de escuchar su versión. De haberlo hecho, las cosas habrían sido muy diferentes. Y lo único de lo que me arrepiento ahora mismo es de haber permitido que me usaran como cebo para terminar una relación que tenía todos los números de ser duradera. Así que, si me preguntas si estamos juntos, la respuesta es "no". Y no creo que lo estemos jamás, puesto que él sigue enamorado de esa chica y sé que no la olvidará por mucho que lo intente.
Tras sus palabras hubo un incómodo silencio. Montejo se quedó muda, pero Maya casi agujereó la taza del retrete con las uñas. No sabía qué le sorprendía más, si el haber descubierto la verdad o el hecho de que fuera por parte de Badía.
—En fin, espero que eso responda a tu pregunta. —Concluyó la susstituta de Francés con una sonrisa tranquila.
—Sí... gracias. —La otra profesora apretó los labios en otra leve sonrisa, forzada pero cordial.
Segundos después, recogieron sus bolsos y salieron del baño sin añadir nada más.
Maya también salió entonces de su compartimento... con la mirada perdida y su cabeza llena de nuevos pensamientos. Sin embargo, de todos ellos, había uno que sobresalía: Dimitri... le había dicho la verdad. No negaba que había ido a cenar con la profesora a sus espaldas... pero no quería engañarla. Y si la misma Déborah había sido víctima del engaño, entonces... sólo le quedaba un nombre en la lista de sospechosos.
—Héctor... —Pronunció las dos sílabas con dientes apretados, sintiéndose la mayor estúpida del mundo por haberse creído el numerito. Jamás lo habría creído capaz de montar una escena tan retorcida... pero era el único interesado en que ella rompiera con Dimitri, y también se llevaba muy bien con Badía. Tenía que ser él por narices; y Maya ya estaba deseando descargar su rabia contra su maldita cara de mentiroso.
No obstante, el descubrimiento daba paso a una urgencia mayor. Si todo había sido un engaño, eso significaba que...
—Dimitri.
Miró el reloj. La clase había terminado, pero quizás no estuviera todo perdido. Atrapó su mochila tan rápido como pudo y salió escopetada del

baño de regreso al aula de Literatura. Tenía la esperanza de que él no se hubiera marchado aún... pero ésta se esfumó cuando llegó a la puerta. No había nadie y la clase estaba cerrada con llave, lo que le hizo pensar que el profesor habría ido a llevarla a la sala de profesores antes de irse.
Corrió de nuevo por el pasillo, escaleras arriba y jadeando por el esfuerzo. Todos sus sentidos estaban puestos en esa pequeña carrera contra reloj. Si Dimitri se iba, debería esperar hasta la semana siguiente para volverlo a ver... y eso si venía, porque Maya desconocía realmente su horario. Para ser honesta, no sabía ni su dirección y había borrado el número de teléfono de su móvil. ¡Y todo por culpa de Héctor!
Alcanzó los últimos peldaños y se precipitó por el último pasillo hacia la sala de profesores. Le faltó poco para abrirla de par en par y gritar su nombre, pero se controló. Sin embargo, una vez dentro, su estómago se encogió. Aparte de Samuel Evans, el profesor de Informática; y James Peterson, el de Inglés, no había rastro de nadie más.
—Hello Lozano. ¿Need something? —Le preguntó éste último.
Ella tardó un par de segundos en responder.
—Buscaba... a Vega.
—Ya se ha ido. —Le dijo Evans, levantándose. —Lamentablemente, no volverá hasta la semana que viene. ¿Es algo urgente...? —Remarcó el brillo de tristeza en sus ojos y se le acercó. —Oye, ¿estás bien?
Maya sonrió débilmente, consciente de que sus ojos iban a descargar las lágrimas en cualquier momento, y retrocedió para alejarse.
—Sí... no es nada. Ya... volveré si de caso... gracias, profesor.
No esperó respuesta de ninguno de ambos hombres y se fue. No obstante, antes de permitir que la tristeza la superara, echó un vistazo a la parada de autobús por si acaso. Lo peor fue cuando vio partir al vehículo frente a sus narices. Si Dimitri iba en él, ya se había escapado. Chequeó entonces su reloj y concluyó que, de haber usado el metro, éste también había pasado. Fuera cual fuera la ruta que hubiera escogido... ya no podía atraparlo.
"Maldita sea..." Pensó, dejando escapar finalmente las lágrimas de rabia antes de repetirlo en voz alta.
—¡Maldita sea!
Pasó un buen rato hasta que el siguiente bus se dejó caer; rato en el que Maya no dejó de pensar en todas las estupideces que había cometido por ignorancia. Y eso por no mencionar la falta de confianza. En el fondo, todo había sido por su ego, por infravalorarse creyendo que el profesor no podría estar jamás satisfecho con alguien como ella. De haber creído un poco más en sí misma, quizás se habría visto capaz de luchar por él. Pero ahora ya era tarde para echarse atrás y se odiaba por ello. Odiaba su falta de osadía, de madurez, de sentirse útil y valiosa...
Suspiró largo y tendido hasta que logró recuperar algo de compostura. Y cuando sus ánimos se enfriaron, se dio cuenta de que tal vez no estaba todo perdido.
Evans había dicho que Dimitri regresaría la semana siguiente para la entrega de notas. Aunque la clase podría cancelarse si la mayoría de alumnos decidían no asistir, él tendría que venir igualmente; y esa era su

última oportunidad. Aunque tuviera que esperar, puede que lograra verlo una vez más antes de terminar el curso.
Se levantó al ver cómo se aproximaba el autobús, que iba casi vacío, y se sentó al fondo. Tras algunos minutos de meditación, tomó una decisión. Pasara lo que pasara, no se despediría del instituto sin ver a Dimitri. Aguantaría pacientemente hasta el miércoles siguiente y lo buscaría por todo el edificio si era preciso; más iba a aclarar las cosas y confesarle lo ciega que había estado. Se lo debía.

****

Y así, comenzó la última semana de su vida en el instituto. Aunque muchos alumnos decidieron faltar desvergonzadamente, ella asistió a todas y cada una de las asignaturas; aprovechando los minutos libres y el recreo para echar un vistazo a los pasillos y a la sala de profesores desde cierta distancia. Incluso acudió a la biblioteca para comprobar si estaba en la cueva... pero no halló rastro de Dimitri por ningún sitio. En determinadas ocasiones le preguntó a algunos profesores por su presencia, pero ninguno pudo darle una respuesta clara sobre su paradero. No obstante, Dimitri vino el martes. Lo supo al ver una nota suya en el tablero de anuncios, donde mencionaba una exposición interesante sobre la época medieval que tendría lugar días después de que terminaran definitivamente las clases. Se saltó una de las clases para deambular por los pasillos y espiar las clases ajenas, pero tampoco hubo suerte. Sabiendo las veces que se habían encontrado por casualidad en el pasado, no podía creer que le estuviera resultando tan difícil, pero al final tuvo que resignarse. Por suerte, el miércoles estaba a menos de veinticuatro horas de distancia.
Cuando amaneció, se preparó en un tiempo récord para ser de las primeras en llegar al instituto. Fue directa a la sala de profesores, esperando por fin encontrarse con él, pero tuvo que soportar una nueva decepción en su lugar, ya que Dimitri llegaría a partir de las diez como mínimo. Pensó seriamente en saltarse la clase que le tocaba, pero prefería no tentar a la suerte con el profesor de filosofía. Bukowski no perdonaba puntos a los alumnos que hacían campana, y a ella tampoco le sobraban, precisamente.
Esa fue la peor tortura del día; tanto que apenas pudo concentrarse en la corrección del trabajo que estaban corrigiendo en Filosofía.
Cuando la hora terminó por fin, salió disparada de nuevo hacia la sala de profesores. ¿Podríais creerme si os digo que volvió a fallar? Dimitri acababa de irse con Evans, apenas un cuarto de hora antes, para almorzar. Maya maldijo su mala suerte por enésima vez. Parecía que el destino la estaba forzando a esperar y esperar hasta el momento de la verdad, de modo que inspiró hondo y aceptó el concepto. Si tenía que

aguantar hasta la hora de Literatura, lo haría. Y así fue.

****

Dimitri, por su parte, aprovechó el único momento de calma que había tenido en toda la semana para desahogarse un poco con Evans.
—¿Por qué no me lo dijiste entonces? —Quiso saber éste, habiendo escuchado la historia tras los rumores de él y Déborah.
—¿Tu crees que me sentía de humor para contarle esto a alguien?
—Dimitri resopló. —Llevo semanas queriendo pasar página y no puedo. Cada vez que pienso en Lozano me siento como el mayor imbécil del mundo.
—Pues es curioso que me hayas hablado de lo mucho que te odia, porque justo el otro día estaba buscándote.
El comentario logró llamar su atención.
—¿Qué has dicho?
—Que Lozano vino a la sala de profesores la semana pasada, buscándote. —Repitió Samuel, incándole el diente a un delicioso croissant de la cafetería donde se habían sentado. —Y a juzgar por su expresión, le dolió no encontrarte.
Dimitri no supo muy bien cómo tomarse el comentario.
—Define "expresión".
—Bueno, no la conozco lo suficiente... —musitó el otro —, pero por la experiencia que he tenido con cierta persona... creo reconocer la tristeza cuando la veo en el rostro de una chica.
Aquello lo confundió todavía más.
—¿Tristeza? —Una sonrisa irónica se curvó en sus labios. —Maya no se pondría triste por mí. Ya no.
Evans ladeó la cabeza.
—Eso no lo sé, pero te juro que preguntó por ti y que sus ojos brillaban más de la cuenta. Tal vez sucedió algo entre el momento del examen y el final de las clases...
—¿En diez minutos? —El otro enarcó una ceja y el profesor de informática se encogió de hombres.
—Cosas más raras han pasado en este mundo. Podría ser casualidad.. o quizás un milagro.
Dimitri negó con la cabeza y sorbió su café de un trago.
—No existen las casualidades, Sam. Y créeme. Los milagros... tampoco.
Milagro o no, el destino tenía reservada una última jugada en esta historia; y el momento de la verdad había llegado.

Capítulo 22

22

Maya caminó con toda la determinación posible, imaginando en su cabeza lo que le diría o cómo evitaría que se escapara antes de que pudieran quedarse a solas. Y cuando se sentó en clase, se llevó una mano al corazón desbocado por el estrés, esperando la llegada del profesor. Dimitri apareció a su hora, llenando el ambiente con su presencia y sorprendiéndose nuevamente al ver ese rostro tan conocido. Maya había venido a la última sesión incluso cuando habría podido recibir las notas directamente por internet. ¿Tantas ganas tenía de saber si estaba aprobada?

Él sonrió sin poder evitarlo. Jamás dejaba de sorprenderlo, pero en el fondo se sentía feliz de verla una última vez... aunque ya se hubiera hecho a la idea de que había llegado la hora de decirle adiós definitivamente.

Sin atreverse a mirarla, pasó por alto el brillo en sus ojos y dejó sus pertenencias en el escritorio.

Con la carpeta en mano, extrajo los exámenes corregidos y se dirigió a toda la clase.

—Bien, chicos, aquí tengo vuestra sentencia. —Sonrió un poco, levantando los papeles. —Os llamaré por el apellido y vendréis a buscarla. Y antes que alguien lo pregunte, no; no voy a cambiar las notas de los que han suspendido, así que ahorradme saliva. Veamos... —Empezó la lista por arriba. —Ávila. Buenaventura. Colleman. Deville...

Los alumnos fueron acercándose a la mesa para atrapar el papel y hubo varios murmullos malsonantes entre los que regresaban a sus mesas. Por otro lado, cuando Dimitri llegó a la L, saltó a Maya; algo que no les pasó desapercibido a ella ni a Héctor, que ya había ido a recoger su nota, curiosamente alta. Finalmente, la llamó.

—Y Lozano.

Maya se levantó con cierta rapidez y se acercó al escritorio, más Dimitri simuló estar repasando la lista y le entregó el papel sin prestarle atención.

“Mírame, por favor.” Pensó ella, quedándose un par de segundos más delante.

El silencio fue claro. Regresó a su puesto y se sentó con un suspiro antes de echar un vistazo a su nota, aunque ya le daba igual. Sin embargo, se quedó muy extrañada cuando reparó en el detalle. No había nota. Su examen estaba corregido, con muy pocos errores, pero no había rastro del número por ninguna parte.

Confundida, miró en dirección del profesor, pero éste no se dignó a devolverle el gesto. Es más; elevando nuevamente la vista hacia su público, tan sólo comentó: —Apuntaos los fallos que tengáis y devolvedme el examen cuando hayáis terminado.

—¿Entonces ya podremos irnos? —Preguntó alguien en la última fila.

—No. —Dimitri le sonrió con expresión imperturbable. —Si os dejo salir antes de tiempo no cuenta, así que os váis a quedar aquí quietecitos hasta que suene el timbre. Podéis leer un poco, para variar.
—¡Venga, Vega! ¡Enróllate por una vez!
—Lo haré el día en que mi clase esté llena de excelentes. —Replicó él. —Y a los que habéis elegido Historia para las pruebas de acceso, os recuerdo que saldrá parte de lo que hemos dado este año, así que aprovechad este ratito de estudio en vez de quejaros tanto.
Más resoplones, pero se terminaron enseguida, intercambiados por conversaciones banales en voz baja que nada tenían que ver con el consejo del profesor.
Dimitri se sentó en su silla y se dedicó a leer un libro mientras esperaba el regreso de todos los exámenes a su mesa sin añadir nada más. Pretendía terminar el curso tal y como había comenzado; sin miramientos ni emociones. Y Maya lo vio claro. Si esperaba a que él diera el paso, se largaría de allí sin haber conseguido su propósito.
No podía permitirlo. Y sólo le quedaba un movimiento que hacer, así que atrapó su bolígrafo verde y escribió unas palabras en el encabezado del examen. Esa era su última jugada. Sin embargo, para evitar que el mensaje se perdiera bajo otros papeles, esperó a que todos los demás entregaran de nuevo las pruebas al profesor.
Cuando estuvo segura de ser la última, quedando ya cinco minutos para el final de la clase, se levantó lentamente sin llamar la atención de sus compañeros y se plantó delante del escritorio para depositar el papel en frente de Dimitri. Tal y como esperaba, no obtuvo respuesta visual, así que regresó a su lugar y aguardó pacientemente a que él lo percibiera. No sabía si lo haría antes de irse, pero confiaba en que tarde o temprano se fijaría en las letras, ya que las correcciones estaban hechas en rojo.
Dimitri consultó su reloj de pulsera y se apiadó finalmente de sus alumnos. Un par de minutos no eran mucho y también él quería recuperar su libertad, así que se levantó de la silla.
—Bueno, ya que no me habéis dado problemas, creo que ha llegado el momento de deciros... —sus ojos captaron entonces las letras en verde y levantó automáticamente la mirada en dirección a Maya.
Ella apretó los puños en su falda, consciente de que ya no había marcha atrás.
—¿Profe? —Dimitri oyó la palabra por parte de uno de los chicos y se dio cuenta de que todos se habían quedado mirándolo.
Carraspeó un momento y releyó el mensaje en verde. Una sonrisa extraña se curvó en sus labios y, inevitablemente, se le escapó una carcajada de incredulidad. Tomando el papel en mano, y aún bajo la mirada de los confusos alumnos, caminó lentamente hacia la mesa de su objetivo.
—Maya Lozano...
Ella se quedó de piedra. ¡¿Qué carajos estaba haciendo?! Se suponía que podrían hablar del tema una vez estuvieran a solas. ¿Qué pretendía con todos esos ojos mirándolos?
La sonrisa de Dimitri se ensanchó cuando depositó el papel delante de ella.

—¿Tienes algo que decirme?
Ella clavó las uñas en su asiento. ¿Iba en serio? ¡¿Pretendía que se confesara delante de toda la clase?!
—Eh... yo... —no sabía cómo salir de esta y empezaba a arrepentirse de haberle dado una oportunidad para dejarla en evidencia. Sin embargo, Dimitri no le dio tiempo a buscar una respuesta.
—Yo sí tengo algo para ti.
Y antes de que pudiera darse cuenta, el profesor se inclinó hacia delante y le tomó los labios delante de todos los presentes.
Héctor se quedó alucinado, pero los que más sorpresa se llevaron fueron sus compañeros. A más de uno se le quedó la boca abierta y a otros les faltó tiempo para sacar el móvil.
Maya notó finalizar el beso y, cuando abrió los ojos, se topó frente a frente con el sonriente rostro de su amado, que le dijo simplemente:
—Estás aprobada. Sobresaliente.
El timbre sonó, anunciando el fin del curso y de la vida de instituto para todos los de segundo de bachillerato. Y en ese momento, olvidando por completo dónde estaba, Maya se levantó de un salto para abrazarlo, con los ojos bañados en lágrimas. Él la recibió con todo el cariño que había estado deseando darle y ambos se fundieron en un momento tan tierno como familiar. Felices.
No importaban ya los problemas pasados, las discusiones o las mentiras y verdades. Nada de eso podía compararse con la sensación de estar juntos y ambos se prometieron mentalmente que no volverían a separarse.
Sin embargo, Dimitri también se tomó unos segundos para aclarar una cosilla ante sus alumnos. —Si a alguien se le ocurre colgar algo de esto en la red lo mato.
Quizás fuera por su fama o por el tono de su voz, pero el caso es que todos bajaron sus aparatos casi al instante.

****

Más tarde, tomados de la mano, profesor y ex-alumna se alejaron del instituto bajo las miradas curiosas de aquellos que los reconocían y finalizando la dura prueba a la que se habían enfrentado.
Desde lejos, Déborah y Héctor los vieron marchar, silenciosos por un instante hasta que los perdieron de vista.
—Bueno... —musitó él, sabiendo que la profesora conocía por fin la verdadera historia —ahora sí puedo decir que ya no tengo nada que hacer.
—Eso te pasa por no pensar bien tu jugada. —Replicó ella, tan tranquila.
Él la miró de reojo y sonrió con amargura.
—Mi plan era perfecto, pero sobrestimé mis posibilidades con Maya...
—Te equivocas. Tu fallo fue que te enfocaste en ella en vez de provocar la ruptura a través de Mitri.
Héctor elevó una ceja.
—¿Qué quieres decir?

Déborah suspiró.
—Tu plan era brillante al principio, pero forzar a Maya a romper con él tenía muchas más posibilidades de fracasar. Si hubieras hecho que fuera Mitri, quien rompiera con ella, no habrían vuelto juntos.
—¿Y eso por qué…?
—Porque él es más maduro que ella, cabeza de chorlito. —Le espetó.
—Tiene más experiencia y sabe cómo tratar a una chiquilla indecisa. Maya, en cambio, lo tendría muy difícil para volver a ganar su confianza. Además, la situación no me benefició en absoluto a mí tampoco. Aún me pregunto por qué acepté seguirte el juego.
Héctor cabiló sus palabras y se percató de un detalle.
—Espera... ¿sabías que te estaba mintiendo cuando...?
Déborah dejó escapar una sonora carcajada.
—Por favor, González; ¿qué te crees, que soy tan inocente como para tragarme tus historias? Todavía te queda mucho para llegar a mi nivel. En aquel momento pensé que podría sacar tajada de esto, pero con lo enfadado que se puso Mitri conmigo salí perdiendo. Es mi culpa por dejarte el trabajo a ti aunque... admito que en ocasiones tenías buenas ideas.
Héctor apretó los labios, avergonzado por no haber visto que también estaba siendo manipulado, aunque en el fondo fuera por la misma causa. Reprimiendo un gruñido, preguntó: —¿Por qué no me lo dijiste entonces? Entre los dos podríamos haber ideado un plan mejor.
Badía le sonrió con picardía.
—Me gusta trabajar sola. En especial cuando trato con novatos.
Aquellas palabras le hirieron en el pundonor, pero el muchacho prefirió no demostrárselo. Giró la cabeza nuevamente hacia el horizonte y añadió:
—Bueno, eso ya da igual. De todas formas no puedo hacer nada más para recuperar a Maya, ahora que hemos terminado el curso.
—Tú mismo, pero yo no daría todavía por terminada la batalla.
—¿A qué viene ese positivismo? Aunque me encuentre con ella en las pruebas de acceso, no cambiará nada.
—No…. pero puede que aún tengas una oportunidad en un futuro no muy lejano. ¿Quién sabe?
—¿Eh?
—Nada. —La profesora se echó el pelo hacia atrás en un gracioso gesto y se alejó mientras musitaba... —Mantendremos el contacto.
Héctor la vio partir, pensando quizás si esa mujer no sería una especie de psicópata emocional o algo por el estilo. Lo que sí tenía claro era que, si en algún momento tuviera realmente una segunda oportunidad, la aprovecharía. Pero ésta vez... lo haría bien.

Fin.

¡Gracias por haberla leído! ¡No olvidéis puntuarla y seguirme para futuros proyectos! También estoy en Wattpad como @EstherQuesada.